



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)  
SEDE ECUADOR**

**PROGRAMA DE ESTUDIOS POLÍTICOS  
MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES CON MENCIÓN EN CIENCIA  
POLÍTICA**

**CONVOCATORIA 2005 – 2007**

**ECOS DE REVUELTA.  
HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA DINÁMICA CONFLICTIVA  
CÍVICO-ARMADA DE ORIGEN POLÍTICO EN QUITO, ENTRE LOS AÑOS  
1931 Y 1932**

**PATRICIO LÓPEZ B.**

**QUITO, NOVIEMBRE DE 2009**



**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)  
SEDE ECUADOR**

**PROGRAMA DE ESTUDIOS POLÍTICOS  
MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES CON MENCIÓN EN CIENCIA  
POLÍTICA**

**CONVOCATORIA 2005 – 2007**

**ECOS DE REVUELTA.  
HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA DINÁMICA CONFLICTIVA  
CÍVICO-ARMADA DE ORIGEN POLÍTICO EN QUITO, ENTRE LOS AÑOS  
1931 Y 1932**

**PATRICIO LÓPEZ B.**

**ASESOR  
CARLOS DE LA TORRE ESPINOSA**

**LECTORES  
HERNAN IBARRA  
SIMÓN PACHANO**

**QUITO, NOVIEMBRE DE 2009**

**Para la memoria futura.....**

Agradezco ante todo a mi familia, especialmente a Annie, por haber compartido pacientemente desvelos, preocupaciones y pequeños triunfos. De igual manera a FLACSO, espacio particular de creación de ideas, y en ella especialmente a Carlos de la Torre y Simón Pachano, dilectos catedráticos y profesionales, y mejores personas

## Índice

	Pág.
Resumen	6
Introducción	7
Capítulo 1. Bases para una relectura	
1.1 Insumos historiográficos e interpretaciones tradicionales	9
1.2 Una panorámica de la conflictividad a inicio de los años 30	14
1.3 Definición, corte y fundamentos del presente estudio	17
1.4 Coordenadas conceptuales	19
1.5 Coordenadas metodológicas	26
Capítulo 2. El escenario y los actores	
2.1 El contexto en mutación	30
2.2 El paisaje social en panorámica	43
2.2.1 Visiones de cambio social	43
2.2.2 Los actores sociales en perspectiva	51
2.2.3 El campo simbólico-político a la época	62
Capítulo 3. De la caída de Ayora a la descalificación de Bonifaz	
3.1 La caída del gobierno ayorista	65
3.2 Hacia el caos. Del interregno larreísta al ascenso bonifacista	74
3.3 Contra los votos: la lucha post electoral de 1932	
Capítulo 4. La Guerra de los Cuatro Días	
4.1 La batalla de Quito	112
4.2 Luchas simbólicas y violencia	124
4.3 La secuela de la violencia	133
Capítulo 5. Análisis conclusivo	
5.1 Conclusiones analíticas	138
5.2 Reflexiones de corte histórico	156
Referencias bibliográficas	159

## **Resumen**

Históricamente, el bienio 1931 – 1932 es uno de los periodos más inestables de la historia política de Ecuador, y particularmente de Quito, escenario pivotal en este campo. En términos procesuales, esta época determina el fin del proyecto modernizante del julianismo, encarnado en Isidro Ayora, y el paso hacia el velasquismo, o predominio de la figura populista de Velasco Ibarra, que dominará el escenario político durante los próximos 40 años.

A partir de los aportes conceptuales del análisis de movimientos sociales, este trabajo apunta a mostrar que los diversos episodios de violencia política, especialmente aquellos en los que existió participación civil y militar, son en el fondo manifestaciones de un mismo ciclo de acción colectiva, con características y raíces vinculadas y en evolución.

Los episodios estudiados corresponden a la caída del régimen de Ayora, las manifestaciones públicas en contra del estanco de fósforos, la intentona de autogolpe de Luis Larrea Alba, la agitación política alrededor de la elección de Neptalí Bonifaz, y por último, la mini-guerra civil de los cuatro días.

Para el análisis de estos episodios se ha privilegiado la revisión de materiales primarios, en forma de prensa contemporánea, memorias de protagonistas y hojas volantes; a ello se ha sumado la revisión de mapas, y sobre todo, un levantamiento exhaustivo de materiales historiográficos pertinentes.

Entre las conclusiones alcanzadas destaca la caracterización del ciclo conflictivo, basado en la continuidad de actores clave, la continuidad evolutiva de argumentos emblemáticos y la continuidad de repertorios sociales característicos. Se prueba además un modelo sencillo de interpretación que incorpora la evaluación de cambios o tensiones estructurales, procesos de enmarcamiento interpretativo, presencia de factores detonantes, impulsores y equilibrantes, además de la caracterización de los repertorios sociales correspondientes.

## **Introducción**

Época de asombrosa inestabilidad, caos económico e institucional, los 30s conllevaron también, paradójicamente, instantes de alumbramiento, creación y utopía: golpes militares y congresiles, autocracias, dictaduras corporativistas, caudillismos socialistas y conservadores, cuasi-fascismo, legislación obrera, aseguramiento pensional, Código del Trabajo, sindicalización y organización popular, literatura originalísima ... y en medio de semejante tapiz, un fenómeno recurrente, no nuevo pero nunca antes tan frecuente hasta entonces: la conflictividad pública, la intervención multitudinaria en el suceso político.

¿Acaso la intensa conflictividad política de los tempranos años 30 fue resultado de la permanente conspiración partidista-militar?; ¿fueron las multitudes masas útiles?; de hecho, ¿existieron multitudes realmente?. Según la historiografía tradicional, la grave inestabilidad política que consumió la primera mitad de la década de los 30 es fundamentalmente explicada por luchas partidistas y militares, en las que las masas fueron protagonistas secundarios. ¿Fue acaso tan así?

Sin embargo, como fuera, ¿cuán útil es, para el hoy, el estudio del pasado?; ¿vale la pena volver la vista atrás?. No sólo el hecho histórico por sí mismo reclama una validez injustamente escamoteada, sino que es vital recordar que la sociedad ecuatoriana actual se ha construido a partir de aquella desgarrada de inicios de siglo, y entender la dinámica que aquella hubo de afrontar es una forma de afrontar la nuestra propia. Por otro lado, preguntarse acerca de cuáles fueron las dinámicas sociales que llevaron a una nación entera a efervescer y sobrevivir parecería no ser una pregunta poco relevante.

El presente trabajo parte, pues, de preguntas concretas: ¿cuáles fueron las características básicas de la agitación social que se multiplicó entre 1931 y 1932?, ¿qué factores explican la movilización social de aquella época? A su vez, ambas preguntas remiten una íntima hipótesis: la inestabilidad política fue apenas el reflejo concreto de un estado de tensión social crítico y creativo que marcó la entrada de la sociedad “civil” en la arena política institucional; caracterizar tal momento, y detectar

las dinámicas sociales generadas entonces, son los principales ejes de esta investigación.

Para desarrollar este trabajo, se propone un ejercicio de relectura en torno a los procesos de conflictividad socio-política vividos entre 1931, año marcado por la caída del gobierno del Dr. Isidro Ayora, y fin de una breve pero fundamental etapa de gobierno civilista, autoritario y modernizante, y 1932, momento crítico del conflicto social, simbolizado por el enfrentamiento civil de los “cuatro días”.

Sin embargo, antes de buscar repuestas, es necesario hacer preguntas pertinentes: ¿qué acervo conceptual puede aportar nueva luz y nuevos enfoques a este momento histórico?; ¿cuán profunda es la historiografía de esta época?; ¿cuál es la orientación que tales estudios han tenido?

## Capítulo 1. Bases para una relectura

### 1.1 Insumos historiográficos e interpretaciones tradicionales

La década de los 30, y su etapa inmediatamente previa, el julianismo, han sido objeto de un relativo énfasis en los estudios históricos ecuatorianos. Pese a ello, pocas personas podrían afirmar que ese conocimiento sea abundante ni suficiente. Desde una perspectiva historiográfica cabe preguntarse qué enfoques han predominado el estudio de esta época. Para responder, puede usarse un sencillo marco propuesto por Agoglia, 1985 y que resume los principales enfoques de estudio histórico: a) crónica o historia documental; b) estudios descriptivos; c) estudios explicativos; d) estudios comprensivos; e) estudios interpretativos.

Estas categorías historiográficas no son aisladas ni exclusivas, y en mucho implican, más que criterios diferenciadores, niveles de análisis. Así, todo tipo de estudio requiere de un amplio acervo descriptivo de los sucesos históricos (crónica y descripción histórica); de allí, el nivel explicativo procura ordenar tales eventos en secuencias lógicas vinculantes (relaciones causa-efecto, por ejemplo), que a su vez adquieren sentido sólo cuando son contrastadas con su contexto histórico – social (nivel comprensivo). Por último, estos mismos contextos históricos podrían estar vinculados a grandes dinámicas históricas de largo plazo, cuya configuración sería el reto del nivel de análisis interpretativo. En base a esta diferenciación, se propone un listado mínimo de fuentes y autores que tocan la época en cuestión, y que son al mismo tiempo más conocidos y disponibles para la investigación:

Nivel historiográfico	Obras / Fuentes
Documental	Arcos, 1940; Barrera, 1950; Garcés, 1933; Muñoz, 1988; Ortiz Bilbao, 1989; Suárez, 1934; Trabucco, 1968; Troncoso, 1958; Uzcátegui, 1975; Fondos documentales del Banco Central del Ecuador (Jijón, Barrera, Bonifaz, documentos consulares y diplomáticos); Centro de Documentación de Diario El Comercio; Colección de Periódicos de la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit; Hemeroteca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana
Descriptivo / explicativo	Llerena, 1959; Pareja Diezcanseco, 1986; Reyes, 1949; Norris, 2005
Comprensivo	Bustos L., 1991; Bustos L., 1992; Luna Tamayo, 1987; Luna Tamayo, 1988; Luna Tamayo, 1991; Maiguashca, 1991; Marchán R., 1991; Ycaza, 1988
Interpretativo	Alexander Rodríguez, 1992; Cuvi, 2004; Deler, 1987; Fischer, 1983; Ibarra, 1984; Cueva, 1983; Cueva, 1988; de la Torre E., 1993; Hurtado, 1993; Maiguashca, 1992; Maiguashca, 1994; Maiguashca and North, 1991; Moreano, 1995; Ortiz Villacís, 1977; Salvador Lara, 2005; Ycaza, 1988; Quintero, 2005; Quintero and Silva, 1998

No es sorprendente el que el acervo bibliográfico se concentre en los dos extremos de la escala analítica: por un lado, los eventos históricos generan registros testimoniales a una velocidad mayor que la de su procesamiento y explicación; y por otro, muchas veces el investigador se acerca a los eventos desde una perspectiva interpretativa predefinida, en busca de confirmación o contraste; el resultado es el posicionamiento y la importancia relativa asignados a un momento o evento preciso, dentro del devenir histórico en conjunto.

En este sentido es importante revisar algunas de las principales y más comunes interpretaciones históricas disponibles acerca de los años 30 en general, y de sus años iniciales en particular, para entender su posición e importancia históricas en general, y el peso específico atribuido a la conflictividad política en particular.

→ Cueva, 1983 resume los años treinta como una etapa de crisis hegemónica propulsada por los devastadores efectos de la crisis económica internacional; toma en cuenta la conflictividad política de inicios del periodo, pero en tanto efecto resultante de la “explotación del descontento” popular por parte de los terratenientes conservadores, lo que devendría en la formación de la Compactación Obrera, “movimiento de corte fascistoide” que sirvió como base de “huestes civiles” de aquellos. Menciona específicamente a la guerra civil de los “cuatro días” como resultado de la manipulación conservadora y clerical de la tropa, que al fin resultaba ser “una prolongación de los famosos ‘compactados’” (pg. 99).

→ En consonancia, Moreano, 1995 percibe a la época como resultante del sordo enfrentamiento entre la fracción agroexportadora burguesa, urgida de medidas de “socialización de la crisis” como la devaluación generalizada, y los grandes propietarios latifundistas serranos, que habrían captado el control de instituciones como el Banco Central, cerrando el paso a los primeros. En medio de esa lucha quedaban desguarnecidos los pequeños productores urbanos, comerciantes y artesanos, es decir, “aquella masa inscrita aún en el útero medioeval, atada umbricalmente a la Santa Madre Iglesia y la Colonia” (pg. 126) y que darían pie al Compactismo que propulsó la victoria política de Neptalí Bonifaz. La conflictividad cívica de la época es vista por el autor como “una complicada gama

de juegos políticos, movimientos callejeros, rebeliones militares” que empezaron con la caída de Isidro Ayora y terminaron con la escuálida victoria burguesa en los “cuatro días”.

- En la misma línea, pero con un mayor énfasis en los mecanismos políticos específicos, Quintero, 1989; Quintero, 2005 vincula la inestabilidad de esta época a la lucha de poder impulsada especialmente por un Partido Conservador “nada endeble, sino en proceso de robustecimiento (...) un elemento moderno” en un Estado en transición (Quintero, 1989: pg. 170). Esto se habría reflejado en los cambios institucionales resumidos en la Asamblea Constituyente de 1928-29 (formada con una clara mayoría conservadora, según el autor), el armaje de apéndices marginalistas dedicados a captar electores y fuerzas de choque a nivel popular (la Compactación Obrera) y por cierto la hábil “manipulación moral” realizada por terratenientes y clero para triunfar en el voto popular de la época.
- En otra línea de análisis político, Hurtado, 2006 califica a esta etapa más bien como una de declinación partidista generalizada, coincidiendo -salvando las distancias- con Salvador Lara, 2005 quien incluye a los años 30 como parte de un largo proceso de decadencia del partido liberal que abarca desde 1925 hasta 1944. Respecto a la conflictividad política de inicios del decenio, este último autor se centra en el affaire bonifacista y su secuela trágica: “Don Neptalí pudo haber sido un signo de cambio profundo, pero esto mismo explica la reacción del conciliábulo que hizo posible su descalificación. Un alzamiento en su favor del pueblo de Quito, apoyado por algunos batallones, es ahogado trágicamente en la sangrienta ‘guerra de los cuatro días’” (pg. 457).
- Desde otra perspectiva, las tesis de Manguashca (1991, 1992) abren una brecha diferente al cuestionar que la dinámica política de los 30 proceda sólo desde las élites políticas partidistas, asegurando la existencia de una reacción propia desde los sectores subalternos, artesanos y pequeños propietarios en especial, afectados por la crisis de un esquema de convivencia social, económica y moral (la autoridad paternal), causada por la irrupción de las formas de trabajo capitalista, a su vez agitadas por la crisis internacional. Además, esta matriz de conflicto estaba atravesada por el enfrentamiento “macro” entre fuerzas sociales “centrípetas” (orientadas a la consolidación de un proyecto nacional alrededor de un Estado nacional unitario) y centrífugas (orientadas hacia la consolidación de poderes regionales precisos).

Precisamente los estudios de corte comprensivo y explicativo podrían corroborar o cuestionar estas interpretaciones marco, profundizando en el análisis relacional y causal al interior de los fenómenos o etapas estudiadas. Sin embargo en este caso no existe un enganche claramente definido, excepto entre el marco propuesto en general por Maiguashca, y los estudios de Bustos Lozano y Luna Tamayo. De la misma manera, en los estudios de corte más explicativo / descriptivo, cabe notar que los principales son de factura anterior a los años 80. En términos particulares, el grueso de estos análisis observa a la conflictividad política de estos años como síntoma o expresión de macroprocesos históricos, o como resultado de la interacción violenta de líderes o corrientes políticas precisas; generalmente no se concibe al fenómeno de la movilización colectiva, fuera de lo episódico o espasmódico.

Lo anterior no aplica por cierto a los aportes de Luna Tamayo, 1988; Maiguashca, 1991 y Bustos L., 1991. Tanto en Luna Tamayo como en Maiguashca, a partir de una reflexión basada en el materialismo metodológico y la historiografía materialista inglesa, se reconoce la ideología “popular” detrás de la protesta, como objeto histórico real, no sujeto a la usual dicotomía de “ideologías” hegemónica y contra-hegemónica (criticada también en Rudé, 1981), así como la “des-sustancialización” del concepto de clase, asumiéndola como una “faceta identitaria” generada a partir del conflicto o la contraposición de intereses, y no como un hecho pre-existente a la espera de “engancharse” en la lucha, y, sobre todo, el crucial concepto de “economía moral”, que vinculó los cambios en las condiciones productivas “objetivas” con rupturas en el *corpus* ideológico y cultural de los grupos sociales marginados (E. P. Thompson).

En el caso de Maiguashca, la conflictividad de esta época respondería tanto a la multiplicación de agentes o partícipes del sistema político (subproletarios urbanos, jornaleros, obreros industriales), cuanto al “vacío creciente” sentido por grupos “tradicionales” como los artesanos urbanos, testigos del derrumbe gradual de su “economía moral” (expresada en el mutualismo inter pares y el paternalismo desde las clases acomodadas), ante el embate de nuevas relaciones capitalistas. Esto, sumado a la presencia de una creciente organización laboral, movimientos políticos “alternativos” (como el partido Socialista a la época) y generaciones militares

progresistas, explicarían tanto las dinámicas de conflicto abierto, cuanto la fortaleza de propuestas políticas “masivas” y ambiguas, como el velasquismo (Maiguashca, 1992), cuya oferta implícita habría sido “garantizar” el orden paternal en declive.

Por su parte, Luna Tamayo, respecto a los conflictos urbanos, diferencia a sus actores como “artesanos, estudiantes, intelectuales y fundamentalmente soldados”, aunque hipotetiza sobre la preponderancia de la presencia de la tropa como factor crítico para la formación de “multitudes” contenciosas, en las que la presencia de factores de identificación étnica o sentimientos de ruptura al pasar de la lógica rural a la urbana, eran grandes hilos conectores. Aunque se delinea los grupos que conformaron las multitudes, no existe una aproximación a los mecanismos, propiedades y factores que los convocaron y reunieron.

Una pista en la búsqueda del por qué de la conflictividad en sí misma, la proporciona la perspectiva contextual y sociológica de Carlos de la Torre E., cuya argumentación, conectada con las líneas de estudios regionales presentes ya en Maiguashca, asume conexiones con las modernas teorías de acción colectiva, aunque sin explicitarlas:

(...) no hay una correlación entre grupos organizados o desorganizados y formas de acción colectiva (...) estas acciones ocurrieron junto a formas más elaboradas de protesta política y social. Los grupos organizados de estudiantes y trabajadores sindicalizados protagonizaron paros, manifestaciones y conspiraciones cuyo objetivo fue la toma del poder estatal como el primer paso para moralizar a la nación. (de la Torre, 1993: pg. 76)

Cuestiones interesantes se desprenden de esta visión: a) los fenómenos de conflictividad se diferenciarían más por su grado de elaboración que por el grado de organización de sus protagonistas, y b) los grupos organizados, a pesar de utilizar diversas formas de contestación, se caracterizarían por comunes pretensiones políticas y “morales”.

Algunas consecuencias son inmediatas: a) la conflictividad se transformó en una forma de expresión y participación política de grupos organizados y no organizados; b) los grupos organizados habrían sido impulsados por un proyecto trascendente, “moral”.

Estos aportes, por cierto, apuntan a entender el conflicto social como algo más que actos de “chusmas” enfervorizadas. Sin embargo, tienden hacia la explicación de la conflictividad, en función de macro procesos históricos particulares, como la consolidación capitalista o el surgimiento del populismo. Quizá es necesario detenerse en el fenómeno conflictivo mismo, desde una perspectiva propiamente descriptivo / explicativa.

## 1.2 Una panorámica de la conflictividad a inicio de los años 30

Entendemos como conflicto político<sup>1</sup> al enfrentamiento público, más o menos violento y explícito, entre dos o más colectivos sociales, que reivindican posiciones e intereses contrapuestos, aunque comúnmente referidos a temas o prácticas que implican relaciones de poder. Vale precisar más aún que en adelante entenderemos este “conflicto político” como un fenómeno concreto de acción colectiva con expresión y realización material en un espacio y tiempo precisos. En este sentido, el periodo de los años 30 en Ecuador resulta ser de extraordinaria fecundidad. Diferenciamos aquí varios criterios de caracterización de este tipo de conflictividad:

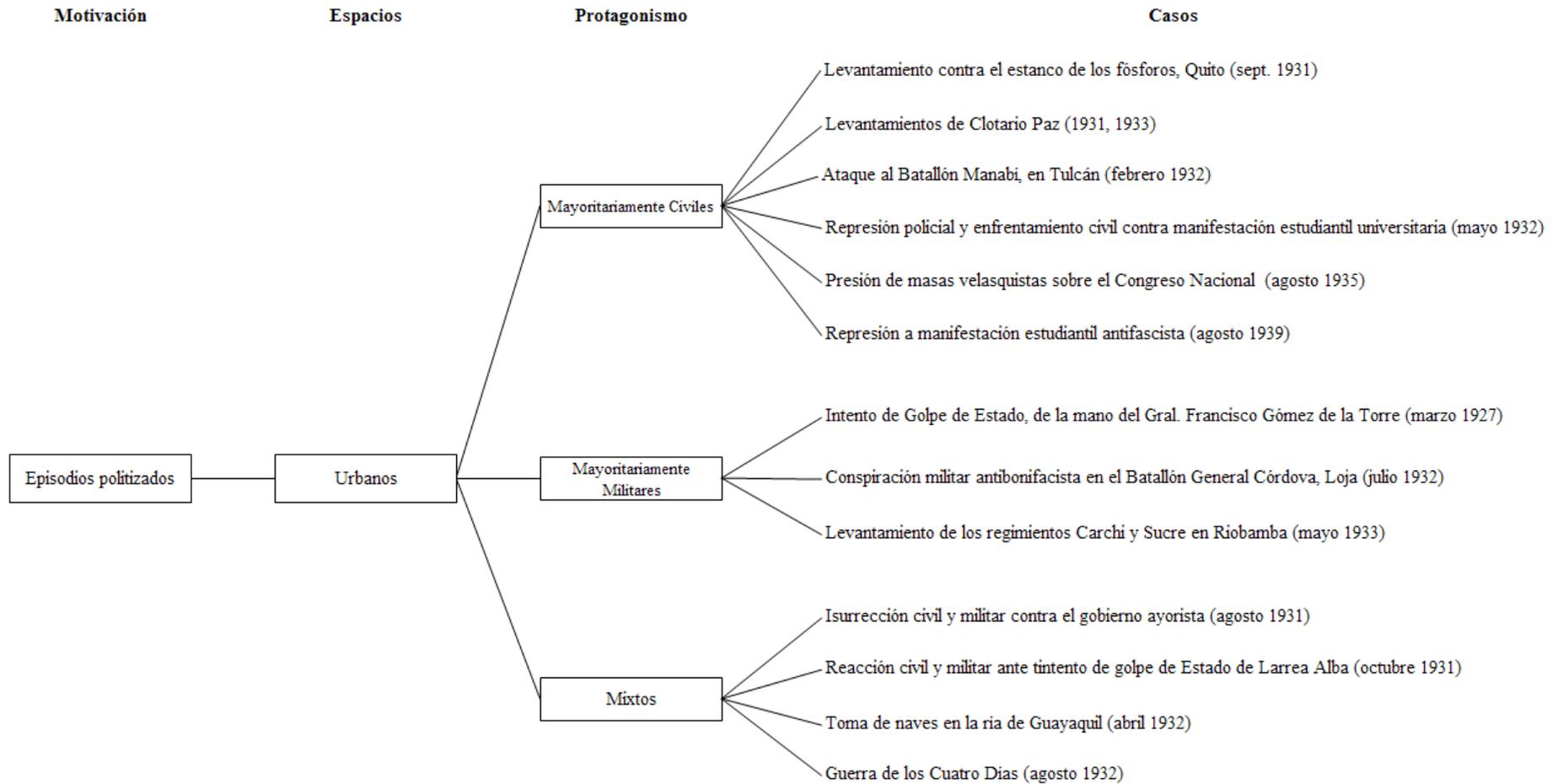
- la *motivación* públicamente argumentada, que podría ir desde una reivindicación específica y concreta (mejoras de condiciones salariales o laborales, por ejemplo), hasta una referida a las instituciones o condiciones generales de acceso al poder político (acceso al voto, o limpieza de sufragios, por ejemplo);
- el *escenario físico* de expresión del conflicto (que acá simplificamos a los entornos urbano y rural);
- las *características de los protagonistas* directos del hecho conflictivo. En este caso, diferenciamos entre actores civiles y militares, dado el peso e importancia relativa de éste último sector.

En base a estos criterios, se realizó la siguiente propuesta de clasificación:

---

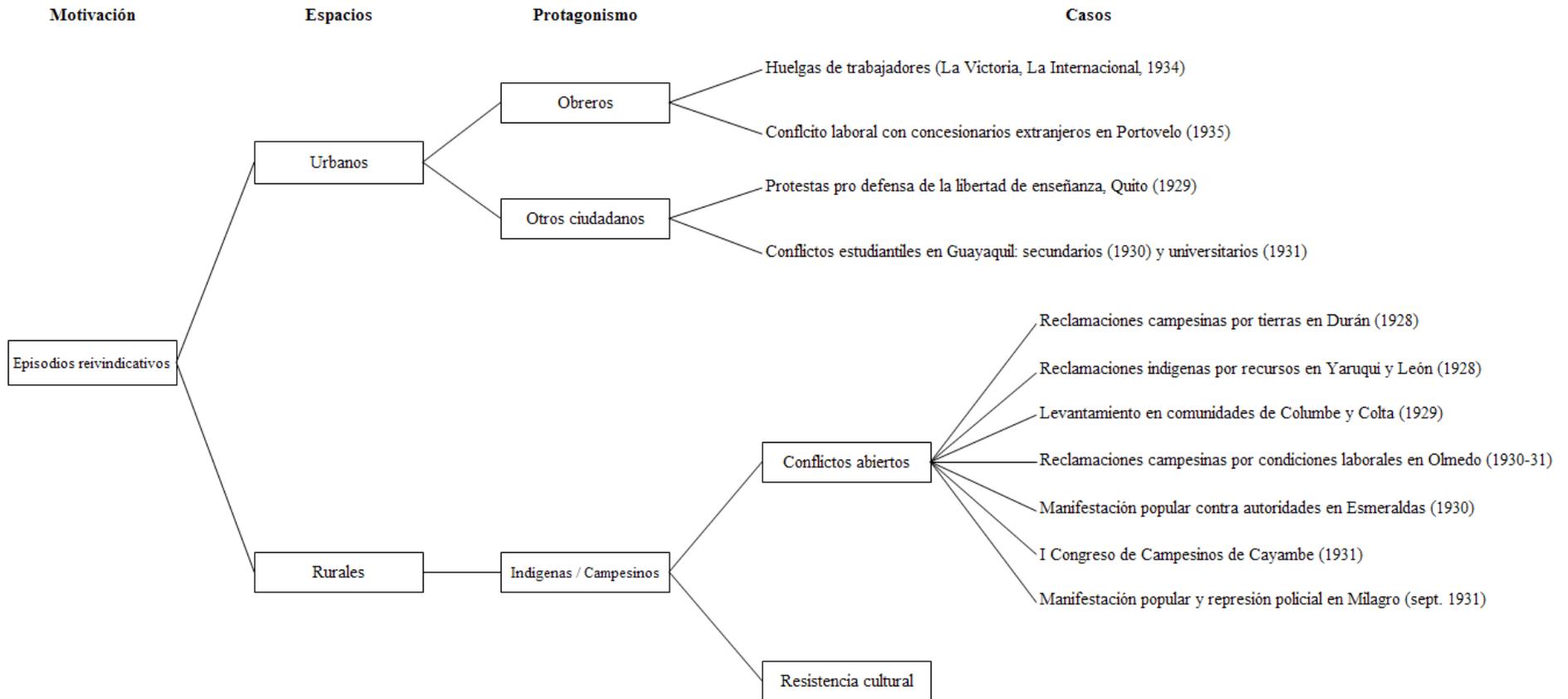
<sup>1</sup> Al respecto puede consultarse la entrada correspondiente en Gallino, 1995.

Gráfico 1  
Ecuador. Episodios de conflictividad en la década de los 30 (I)



Elaboración: Autor

Gráfico 1  
Ecuador. Episodios de conflictividad en la década de los 30 (II)



Elaboración: Autor

El listado, por supuesto, no es exhaustivo y se basa únicamente en los acontecimientos referidos en las fuentes bibliográficas antes mencionadas. Algunas observaciones surgen rápidamente:

- El panorama mostrado cuestiona, por su mera multiplicidad, las interpretaciones que concentran el conflicto político a la lucha partidista, directa e indirecta, y a eventos aislados, como la Guerra de los Cuatro Días; es claro que los episodios son diversos, muestran el peso de actores clave, como el Ejército, y además la presencia de actores civiles precisos (como estudiantes) o ambiguos (“protestantes” en los diversos episodios callejeros); además, sorprende la frecuencia y la cantidad de eventos, repartidos en diversas zonas del país, aunque con una clara concentración en Quito.
- El número, importancia y ámbito geográfico que cubren los episodios de conflictividad reivindicativa rural, y especialmente campesino – indígena, no tienen relación con la densidad de estudios realizados al respecto. En este sentido, éste es precisamente un campo de urgente trabajo de investigación.

No es ésta última, sin embargo, la opción de presente estudio, al que ahora se le puede ya definir con mayor precisión.

### **1.3 Definición, corte y fundamentos del presente estudio**

Esta investigación se entronca con las reflexiones propuestas por Maiguashca, Luna y de la Torre; es decir, aquella que interpreta el cambio político de estos años como bastante más que el resultado de la lucha partidaria o caudillar, y que convoca a una reinterpretación de la dinámica social subalterna. En este sentido, creemos que la conflictividad politizada de esta época es una buena pista de acercamiento, aún parcial, a esa dinámica. ¿Cómo precisar este acercamiento?

Los episodios de conflictividad política reflejaron no sólo la participación interesada de líderes y cuadros partidistas, sino que muestran también la de aquellos actores anónimos e invisibilizados, disfrazados en las figuras de la “masa”, “multitud” y “pueblo”; y esa participación puede contarnos indirectamente sobre cómo la lucha política era percibida y vivida por actores colectivos de los que apenas quedan rastros,

jirones de datos y testimonios dispersos. Recuperar esta faceta del conflicto puede aportar con nuevas perspectivas, con una re-lectura de esta época de cambios y mutaciones vertiginosas.

Nuestra propuesta es definir como *objeto general de investigación* a los episodios de conflictividad política cívico – militar acaecidos en el contorno urbano de la ciudad de Quito, al inicio de los años treinta. Esto por varias razones. Primero, la conflictividad de tipo político, al girar sobre las diferentes posiciones e intereses cruzados entre diversos grupos y colectivos respecto a temáticas o recursos de acceso al poder, también refleja de manera parcial pero pública las posiciones y definiciones de y entre esos colectivos, sus percepciones respecto a un proyecto nacional más o menos claro, sus agendas de interés, sus diferencias. Esto a diferencia del conflicto reivindicativo, que si bien está preñado de significados políticos, construye un discurso muy diferente.

En segundo lugar, la concentración de la mira en el entorno de Quito responde al reconocimiento de que el escenario espacial es una parte constitutiva del fenómeno mismo; la capacidad de impacto y la intensidad de los episodios conflictivos están en relación proporcional al entorno espacial de contexto; en este caso, los episodios más dramáticos y trascendentes de los antes citados se desarrollaron especialmente en la ciudad de Quito, dada la concentración en ella de actores, instituciones y recursos vinculados al poder político. Como vimos también, en el caso de los episodios reivindicativos, su contexto espacial preponderante es el rural, y su estudio requiere de significativos esfuerzos particulares.

En tercer lugar, la mira temporal se ajusta también para referirse a un periodo muy ajustado: 1931 a 1932. Esto porque en el tiempo histórico, 1931 marca el final de la etapa boyante del julianismo, con la caída de su mayor realizador político: Isidro Ayora, y desde allí hasta 1932 se abre una etapa tan corta como intensa etapa de construcción y enfrentamiento de propuestas políticas nacionales cuyo enfrentamiento radicalizado dará pie precisamente al corto baño de sangre de los Cuatro Días.

Sin embargo, es necesario también precisar el *objeto específico de análisis*: ¿Qué observamos y analizamos específicamente al acercarnos a la conflictividad política

descrita?. Al hablar de conflictividad hablamos de un fenómeno de acción colectiva que por sí misma no genera registros ni testimonios; desde allí está claro que, sobre todo al hablar de hechos pretéritos, cualquier acercamiento será necesariamente indirecto y referencial. En el presente caso, la base de tal acercamiento es triple: la crónica de prensa de la época, registros testimoniales de protagonistas o testigos, otras publicaciones de época. Naturalmente está claro que estos materiales reflejan una imagen subjetiva y posiblemente interesada de los hechos, por lo que en realidad el objeto específico de observación es precisamente este conjunto de imágenes y percepciones particulares más que los hechos por sí mismos.

En este sentido, el *objetivo central* que impulsa a esta investigación es claro: realizar una relectura explicativa de los principales episodios de conflictividad socio-política de carácter cívico-militar en Quito, en el periodo 1931-1932, a partir de registros primarios de la época.

Disciplinariamente, este trabajo se ubica en la orilla fronteriza entre la sociología política y la historiografía, en tanto y en cuanto procura “releer” hechos políticos, contextos históricos y la dinámica de actores sociales en un momento preciso del pasado ecuatoriano. Y lo hace con una intención de fortalecer en primera instancia una perspectiva descriptivo/explicativa, partiendo de la revisión de algunos detalles de los sucesos concretos de conflictividad entre 1931 y 32. En segundo lugar, de aportar algunos elementos a una interpretación más amplia y flexible de los hechos históricos referidos. Y por último, se propone trabajar algunos aportes conceptuales para el análisis relacional y procesual de la acción colectiva política.

Tal ejercicio requiere de herramientas conceptuales y metodológicas particulares.

#### **1.4 Coordinadas conceptuales**

El conflicto social violento es una de las formas más llamativas y caracterizadas de la acción colectiva que, en tanto concepto y campo de trabajo sociológico y e histórico, ha recibido una apreciable atención teórica, desde las más diversas orillas, y con desigual énfasis en distintos momentos del tiempo. En general, la acción colectiva presenta dos grandes cursos: aquel en el que ésta se canaliza a través de mecanismos

institucionalizados y más o menos formales (como la votación o la representación corporativa), y el otro, en el que tal acción asume derroteros no institucionales ni organizados, y por tanto sus pautas de desarrollo y evolución son poco predecibles o determinables. En ésta última variedad se concentra el presente trabajo, centrando la mira conceptual en un tipo específico de acción colectiva no institucionalizada, como el conflicto violento de corte político. En este caso los insumos teóricos requeridos son múltiples, aunque podrían resumirse a partir de ciertas tendencias explicativas seminales, de las cuales por lo menos cuatro son claves:

- la tradición durkheimiana, para la que el conflicto responde a los cambios drásticos, desgarres y diferenciaciones sociales que se suceden sobre la historia. Interpretaciones como las de las masas anómicas (Kornhauser), el desfase de desarrollo institucional frente al cambio social acelerado (Huntington, 1968), o las de la privación relativa y desajuste de expectativas de bienestar como fuentes o causas del conflicto social, representan una evolución de este enfoque, que bien podría entroncarse con perspectivas crecientemente individualistas y “micro” más cercanas a la psicología social (Smelser, 1959 y Granovetter, 1978) o relativamente convergentes con los análisis estructurales de corte marxista (Collins, 1975).
- la tradición weberiana por su parte asume la importancia explicativa de los sistemas de creencias sociales, especialmente cuando se “condensan” a través de las posibilidades del liderazgo carismático. Su herencia es aún detectable en los trabajos tempranos en torno a movimientos sociales, en los que la presencia de “ideas-fuerza” es a veces lo suficientemente capaz de movilizar a los miembros de un movimiento (Tilly, 1978), aunque la derivación más llamativa está en la construcción de conceptos como los marcos interpretativos o identitarios que permiten a los actores sociales interpretar su contexto y respectivos roles, así como definir sus problemáticas y contrincantes.
- la tradición marxista, dentro de la cual la conflictividad social es parte y reflejo de una dinámica de tensiones estructurales vinculadas a la fricción de clases y posiciones sociales específicas, dentro del contexto de relaciones de producción material particulares. Las líneas investigativas en este caso han sido particularmente diversas: además de la “ortodoxia” que vio en la acción colectiva un reflejo de la lucha clasial en la que adquieren particular importancia el

liderazgo revolucionario (en la visión leninista) y el trabajo “ideológico” e intelectual (en la perspectiva gramsciana), la visión estructural halló un fértil campo de desarrollo en la investigación histórica europea del temprano XX (Hobsbawn, Rudé, E. P. Thompson), y en parte de la sociología americana posterior al enfoque de recursos y oportunidades (Charles Tilly, Doug MacAdam y Sidney Tarrow), para la que el conflicto socio-político aparece como una dinámica socio-histórica compleja que requiere un enfoque analítico relacional apreciable.

→ la tradición racionalista/utilitaria, que explica el conflicto como resultante de un comportamiento primordialmente racional que procura optimizar beneficios y logros de actores sociales, en un marco de interacción competitiva, ya sea como un mecanismo estratégico para evidenciar la posición individual frente a actores corporativos o frente al mercado (Coleman, Hirschman), como una dinámica vinculada al acceso o producción de bienes públicos o comunes (Mancur Olson), o un mecanismo para lograr objetivos en función del grado de acceso a recursos clave, a partir de las oportunidades sociales existentes (Mayer y Zald)

Algunas observaciones son necesarias. Si miramos más de cerca, las tradiciones conceptuales deben distinguirse entre sí a partir de su énfasis explicativo; algunas enfatizan el origen y causas de la acción colectiva, otras se concentran en entender y describir el proceso en sí mismo, su *cómo* más que su *por qué*.

### ***El ocaso relativo del análisis causal***

Las primeras pueden reagruparse en dos grandes campos: aquellas que ubican las causas primariamente en el contexto histórico-social y sus rupturas y cambios, ante los que los actores de un espacio social dado se acomodan y adaptan (las teorías de la modernización acelerada, el shock cultural e incluso las de desajuste de expectativas podrían ubicarse en esta categoría); y aquellas que las ubican principalmente en la dinámica interna de y entre actores del espacio social (las teorías de privación relativa, la de “agravios”, e incluso las teorías utilitarista y marxista ortodoxa entrarían aquí).

Sin embargo, múltiples razones han determinado que estas explicaciones teóricas hayan sido gradualmente sobrepasadas: la incapacidad de enumerar y ordenar sin ambigüedad todos los factores causales relevantes en el campo social, el riesgo de obviar la existencia de procesos históricos de largo aliento dentro de los que se insertarían los episodios de conflicto social; la discrecionalidad relativa al ubicar los momentos de inicio o arranque del mismo. Similar cosa con las proposiciones que ubican las causas del conflicto en las masas anómicas y manipulables gracias al pulso carismático o a la indignación frente al agravio colectivo. De igual manera respecto a las propuestas teóricas de causación estructural más ortodoxas: actualmente la definición de divisiones clasiales en función estricta de la posición frente a los medios productivos ha sido bastante matizada gracias a las propias críticas de la historiografía inglesa o las modernas teorías de la acción colectiva. También las explicaciones más vinculadas a las visiones del rational choice han derivado generalmente en posiciones de corte individual-metodológico más proclives a complementar explicaciones más complejas y abarcales, que a buscar una capacidad explicativa excluyente.

Como fuera, la herencia conceptual permite, no tanto hablar de causas u orígenes estrictos, cuanto de factores impulsores importantes, parte de procesos históricos mayores, en los que interactúan creativa, racional y estratégicamente los diversos actores del contexto social en cuestión. Con esta salvedad, nada impide que algunas ideas centrales mantengan plena validez y se preserve la importancia de factores como los shocks culturales o los cambios estructurales súbitos en las condiciones históricas.

En todo caso, creemos que estos factores impulsores podrían agruparse en tres grandes categorías:

- a. cambios y oportunidades no previstas de acceso a recursos o beneficios para actores particulares o específicos en la dinámica social.
- b. cambios drásticos en las coordenadas y elementos de construcción identitaria y cultural entre actores sociales colectivos.
- c. cambios no previstos en la estructura de relaciones estructurales de poder entre actores sociales también colectivos.

### *La potencia del enfoque procesual*

Al analizar en cambio la dinámica del fenómeno colectivo violento, dos propuestas son claramente identificables. Por un lado está la de Smelser, y su secuencia de condiciones o factores de la acción colectiva conflictiva, y por otro, la visión dinámica relacional del conflicto político de McAdam, Tilly y Tarrow. Revisemos ambas brevemente.

Para Smesler, la acción colectiva violenta sigue una secuencia de seis pasos:

- a. presencia de proclividad estructural social, es decir, la presencia de ciertas condiciones y características sociales que facilitan la acción colectiva (como la densidad y extensión de las redes sociales)
- b. la presencia de tensión estructural, causada por desequilibrios o shocks que afectan el funcionamiento social. Entrarían aquí los fenómenos de privación relativa, los desequilibrios en los balances de poder, etc.
- c. surgimiento de una creencia generalizada, en tanto interpretación diagnóstica y propuesta de manejo generalizadas de las tensiones estructurales; en otras palabras, cuando aparece una ideología o una interpretación generalmente aceptada de aquellas.
- d. presencia de factores desencadenantes, en tanto hechos o hitos que “gatillan” la acción colectiva, cebada a través de los factores previos
- e. movilización de actores, o la ejecución concreta de la acción colectiva.
- f. operación de mecanismos de control social, en tanto “reacción” del entorno institucional, ya sea para prevenir, reprimir o procesar las reivindicaciones colectivas

El esquema presenta ciertamente limitaciones; por ejemplo, la secuencia sirve más como un esquema explicativo ex post de fenómenos colectivos, y corre el riesgo de “funcionalizar” las situaciones y contextos sociales a tales interpretaciones (una especie de lectura de los procesos sociales macro en función de los fenómenos de acción colectiva). Sin embargo presenta también elementos importantes, como la valorización de los marcos ideológicos e interpretativos, o la diferenciación entre proclividad y tensión estructural (permanente y profunda la primera, coyuntural y

eventual la segunda), a partir de la cual puede derivarse también la diferenciación entre factores impulsores (tensiones estructurales que englobarían las antiguas “causas” de la acción colectiva) y factores desencadenantes (“gatillos”) de la misma.

La propuesta de Tilly, McAdam y Tarrow responde más directamente a la tradición estructural en general, y a la perspectiva de oportunidades y amenazas desarrollada más específicamente por Charles Tilly, a la que se sumaron los aportes de Doug McAdam y Sydney Tarrow. En una versión ajustada de su propuesta, los tres autores identificaron los siguientes elementos dentro de un fenómeno conflictivo:

- a. Los fenómenos de cambio social que inician mutaciones en los campos social, económico y especialmente político.
- b. La percepción de oportunidades y amenazas por parte de los actores oponentes (retadores y detentadores de poder político)
- c. La creación, adaptación o apropiación social de las estructuras o redes organizacionales que facilitan la movilización de los actores en conflicto
- d. La dinámica de enmarcamiento o interpretación que provee formas de definición, legitimación e identificación entre los actores en conflicto.
- e. Las diversas formas de acción colectiva innovadora que concretan la práctica la acción colectiva, y que constituyen o aprovechan repertorios históricamente formados.

Dos conceptos constituyen los bloques analíticos básicos de este enfoque: *mecanismos* y *procesos*. Los primeros son tipos de acción que alteran las relaciones entre determinados actores, y que podrían clasificarse en diversos tipos: ambientales (shocks externos que afectan la dinámica social “normal”), cognitivos (basados en alteraciones de las percepciones individuales y colectivas) y relacionales (que alteran las conexiones o redes de inter-relaciones sociales). Algunos mecanismos definidos son:

- *Intermediación*: formación de mecanismos o agentes de conexión entre actores sociales.

- *Formación categorial*: Creación o reconstitución de conceptos o ideas entre actores, a fin de delimitar una realidad o replantear identidades.
- *Certificación*: mecanismos en los que determinados actores “reconocen” o validan a otros.
- *Cambio objetual*: mecanismo en el cual el objeto de demandas por parte de un grupo contencioso cambia.
- *Cambio identitario*: Cuando unos actores de una situación conflictiva presentan transformaciones en su autodefinición frente a otros.
- *Radicalización*: Cuando el rango de reclamaciones en un contexto conflictivo tiende a radicalizar los planteamientos extremos.
- *Convergencia*: A partir de un mecanismo de radicalización, las reclamaciones intermedias tienden a juntarse.

Tales mecanismos se interconectan hasta formar *procesos*, conjuntos de mecanismos ordenados en cadenas causales o secuencias; por ejemplo, la combinación de mecanismos de cambio identitario e intermediación, generarían procesos políticos nacionalistas; o la combinación de radicalización y convergencia, generaría procesos de polarización política. La presencia de procesos conflictivos determina un “estado social” de agitación, de enfrentamiento, un *episodio* contencioso; a su vez, la secuencia vinculada de episodios contenciosos genera un *ciclo de protesta* (McAdam, 2001).

Afincado en esta visión del conflicto, Javier Auyero (Auyero, 2003a; Auyero, 2003b; Auyero, s/f), replanteó la secuencia de análisis de la siguiente manera: a) la identificación de los grandes cambios estructurales que han modificado la configuración social, creando “oportunidades” de cambio (mecanismos ambientales y cognitivos, en lenguaje previo); b) la aproximación a las características, propiedades e identidades de los colectivos sociales partícipes de la acción colectiva (mecanismos relacionales); c) la caracterización de los “repertorios insurgentes” como expresión visible de este fenómeno; considerando los aportes antes mencionados, esta caracterización consistiría precisamente en la observación de los mecanismos y procesos antes definidos.

Esta visión de proceso resulta especialmente fortalecida si se recogen diversos aportes en torno al análisis de formación y aprovechamiento de marcos interpretativos, especialmente en las líneas desarrolladas por William Gamson y David Snow, y su síntesis trabajada en Rivas, 1998. Combinando ambas perspectivas, puede decirse que un marco interpretativo reúne siempre por lo menos tres elementos clave: a. la *problematización*, o definición del problema convocante, sus causas, contexto y responsables; b. la *identificación* contrapuesta, la autolegitimación de un “nosotros” cargados de valores y características diferentes a las de un “ellos”, los causantes o responsables del problema; y c. la *propuesta de acción* o cambio, el conjunto de objetivos y estrategias de acción correspondientes definidas como la alternativa y la solución frente al problema existente.

### **1.5 Coordenadas metodológicas**

Al tratar sobre acontecimientos pretéritos, sobre los que se ha realizado ya sendos ejercicios descriptivos, comprensivos e interpretativos, el hecho mismo se confunde con su análisis y reconstrucción posterior, que viene prácticamente a “sumarse” al objeto investigado. De alguna manera, el objeto hoy es un reflejo o imagen del hecho de antes, y por tanto su “carga subjetiva” es parte constitutiva de sí. Por tanto, un análisis científico requiere gestionar y aprovechar precisamente ese “objeto subjetivizado”.

En este sentido esta investigación adscribe a la visión metodológica cualitativa, que precisamente parte de admitir la irreductible subjetividad de la realidad, y por ende, la necesidad de caracterizarla y gestionarla adecuadamente, más que negarla.

Cabe sin embargo recordar los riesgos o susceptibilidades de este enfoque. Quizá el más claro es el de la intersubjetividad del propio investigador, es decir, el reflejo de los propios intereses, perspectivas y contextos del investigador en momentos tan susceptibles como la definición del propio objeto de estudio (qué periodo o casos se seleccionan, y sus fuentes respectivas), de los marcos conceptuales pertinentes, y los correspondientes métodos y herramientas investigativas a utilizar.

Frente al sesgo en la definición objetual, cabe primero reconocer que toda delimitación o corte temático, cronológico o conceptual parte necesariamente de un criterio particular del investigador, y quizá lo que cabe para “equilibrarlo” sea contrastarlo con otros criterios relacionados. En este caso particular, la definición de los años treinta como un “momento” muy caracterizado en la historia ecuatoriana es común a casi todas las perspectivas historiográficas antes señaladas; el centramiento en un periodo tan específico como 1931 a 1932 se vincula más precisamente al interés de la investigación por centrarse en fenómenos de acción colectiva relacionados con el grado de politización de la época.

Lo anterior también recorta o delimita la selección de fuentes básicas. Dado que el objeto a investigar resulta ser el comportamiento colectivo, más que ninguna actuación individual, se procuró ubicar u aprovechar fuentes que lo reflejaran o registrasen de la manera más directa posible, en este caso, prensa y testimonios de época. Respecto a prensa, se ha preferido concentrar el rango en aquellos medios impresos de mayor importancia relativa de la época, a saber los Diarios El Día y El Comercio. En general. El uso de prensa de época tiene dos finalidades específicas: primero, proveer una fuente de información para la reconstrucción de los hechos sucedidos, y segundo, como objeto de análisis de discurso e ideas vinculadas a la coyuntura. Sobre estos argumentos, dos razones sustentan la preferencia relativa hacia Diario El Día:

- a. En términos absolutos, las crónicas periodísticas y relatos de sucesos muestran un mayor nivel de detalle y extensión de relato, en comparación con los textos de El Comercio, que sí destaca claramente en su soporte gráfico o visual. En este sentido, El Día es un referente importante para la reconstrucción y descripción de sucesos.
- b. En términos relativos, siendo El Día un periódico claramente identificado con la línea política liberal radical, que no dudó en tomar posiciones de activismo político en la coyuntura, su perspectiva es especialmente rica para el análisis de una época en la que muchas interpretaciones históricas coinciden en atribuir un apreciable cariz conservador. Posee por tanto, un peso importante como “testigo interesado” que podría resaltar aquellas “influencias conservadoras”, pero también

provee información que sabemos no pretende “beneficiar” a sus contrincantes, lo cual puede aumentar su valor testimonial.

De todas maneras, no dejará de aprovecharse la riqueza del material de Diario El Comercio, en tanto contraste ideológico y sobre todo como base de triangulación o contrastación a las versiones de El Día.

La otra base material lo constituyen los testimonios personales de época, que internamente se han reunido en dos tipos: a) testimonios de actores y testigos, b) piezas literarias clave. Los principales documentos del primer tipo han sido mencionados ya en el anterior listado de referencias bibliográficas; el criterio básico para su selección es que sean memorias de actores y testigos contemporáneos a los hechos investigados, sin importar su filiación o preferencia política, y que giren específicamente en torno a la conflictividad colectiva referida<sup>2</sup>. Se utilizarán básicamente como medios de triangulación o contrastación de información, así como objetos de análisis de discurso. En el caso de las piezas literarias clave, se ha identificado dos: *En las Calles*, novela publicada por el autor quiteño Jorge Icaza en 1935 (Icaza, 1985), y *El aire y los recuerdos*, novela también, publicada por Alfredo Pareja Diezcanseco en 1959 (Pareja Diezcanseco, 1959). En ambos casos, estas obras serán utilizadas para ambientar y contextualizar los hechos<sup>3</sup>.

En cuanto al sesgo de selección de los marcos teóricos relevantes, aspiramos a transparentarlo manifestando claramente el enganche con las interpretaciones historiográficas antes descritas de Maiguashca, Bustos, Luna Tamayo y de la Torre, que a su vez marcan claros compromisos con enfoques teóricos procesual – relacionales, que beben de los aportes neomarxistas. Esto por cierto no obsta para utilizar en algún momento conceptos o marcos analíticos distintos, para profundizar, contrastar o enriquecer el análisis.

En cuanto a las herramientas metodológicas a utilizar, éstas se diferencian a dos niveles; a uno general se utilizará primordialmente el marco analítico sintetizado a

---

<sup>2</sup> Se matiza por tanto el uso de memorias que giren más en torno al pensamiento específico de uno u otro actor, como el caso de los archivos personales del mismo Neptalí Bonifaz, por ejemplo.

<sup>3</sup> Queda pendiente sin embargo, el aprovechamiento de estas obras como testimonios fundamentales de la interpretación contemporánea de los hechos.

partir de Auyero (final de la sección 1.4), es decir la caracterización del escenario y los actores (cambios estructurales y contexto espacial y social); y la evaluación de los mecanismos y procesos detrás de los repertorios y eventos de acción colectiva. A nivel particular, precisamente en esta evaluación de repertorios y eventos, y por tanto en el manejo de las fuentes primarias de información, se aplicará fundamentalmente técnicas de análisis de documentos y discurso.

## **Capítulo 2. El escenario y los actores**

Las coordenadas contextuales de la época las sintetizaremos en dos niveles. Primero, el contexto institucional - material, haciendo un breve recorrido por las condiciones económico-políticas nacionales, y el escenario específico de la ciudad de Quito. En segundo lugar, se realizará un ejercicio interpretativo para caracterizar el escenario social que configuraba a la ciudad de Quito en los albores de los treinta.

### **2.1 El contexto en mutación**

#### *Babel política e Institucionalidad*

La polaridad partidista ha recibido tradicionalmente un fuerte acento explicativo al mirar esta coyuntura histórica. Quizá demasiado, considerando las circunstancias. Nadie puede discutir la gran importancia y el trasfondo ideológico que representó la revolución de 1895, ni el peso decisivo de la política partidista por acceder al poder en un Estado más bien tierno. Nadie tampoco puede obviar la significación de la lucha partidista, al menos hasta la consolidación de las reformas liberales durante el segundo placismo. Sin embargo, para esta época (fines de los veinte, inicio de los treinta), las cosas no eran como antes. Por un lado era evidente el crecimiento de la base política, la polity, o conjunto de agentes interesados en el proceso político: las generaciones formadas por más de veinte años de educación laica, los sectores beneficiarios de las sucesivas oleadas de progreso generadas por el ferrocarril, y por el reciente aumento de la demanda interna de productos agrícolas y textiles; el conjunto poblacional asimilado por el Estado en sus cuadros burocráticos, y en el caso de Quito particularmente, el amplio sector de inmigrantes (como veremos adelante) que, aunque no tuvieran interés directo en los sucesos políticos, sabían bastante sobre sus implicaciones hacia su vida cotidiana.

Ampliación de una polity que, por supuesto, mantenía un apreciable nivel de exclusión: las restricciones directas e indirectas al ejercicio político ciudadano se mantenían aunque disminuidas (la inhabilitación del voto de analfabetos se mantendría de hecho hasta mucho después), al tiempo que las prácticas de

manipulación del voto, aunque “usuales”, nunca dejaron de ser observadas y criticadas por múltiples sectores.

Pero no sólo era esto. Por otro lado podía apreciarse también la mutación dentro de las agendas temáticas y las organizaciones partidistas<sup>4</sup>. Ya en 1916, Alfredo Espinosa Tamayo cuestionaba amargamente la esclerosis de las propuestas partidarias, su reducción al caudillismo y la nula diferenciación ideológica, más allá del tema religioso:

En el estado actual la mayoría de los conservadores ha adoptado como programa las declaraciones hechas durante la convención de 1884 y el ideal de los liberales consiste en el mantenimiento de la constitución de 1907 y de las leyes de reforma expedidas en 1898. La lucha pues prosigue alrededor de los mismo tópicos que hace treinta años servían para diferenciar a los unos de los otros (...) A falta de banderas y de programas, las simpatías personales o las conveniencias individuales han servido de guía y norma para el desaguadero de las pasiones públicas y de aquí que el caudillaje y el oportunismo dominarán en los partidos más que los ideales y el deseo del bienestar nacional (...) El único criterio que guía a los hombres de los diversos bandos es el sentido religioso (...) todos los políticos de nuestro país podrían, si se hiciera abstracción de la cuestión religiosa, gobernar con las mismas fórmulas, porque sus ideas no los separan más en este punto. (Espinosa Tamayo, 1985: pgs. 291, 294, 295).

Ideas semejantes atravesarán los años hasta encontrarlas, casi idénticas, en los reclamos morales de Velasco Ibarra (Velasco Ibarra, 1974).

Alrededor del pronunciamiento juliano de 1925 se produjeron sendos esfuerzos dentro de las tiendas partidarias por ajustar sus agendas y sus estructuras de liderazgo. Las Asamblea liberal de 1923, y posteriormente la de 1925, representaron un esfuerzo por armonizar las facciones radical y sobre todo socialista, cuya fuerza radicaba precisamente en su “actualidad” temática: la experiencia de las revoluciones mexicana y rusa, facilitaron el cuestionamiento de principios que hasta entonces habían sido implícitamente intocables, como el de la propiedad y el carácter elitario y restrictivo de la política profesional, así como una renovación o resignificación de la idea de “pueblo” (Roig, 1985). Finalmente, las tensiones internas del liberalismo

---

<sup>4</sup> Un fascinante campo de investigación consiste en analizar los cambios en las elites decisionales partidistas. No hemos podido profundizar en el tema, pero puede presumirse el peso crucial de las relaciones familiares como una lógica que pudo haber atravesado y superado los temas ideológicos.

terminarían por dar paso al Partido Socialista, cuya personería tomó forma en su convención fundacional de 1926 (ibid.).

En la otra orilla, también las experiencias externas del corporativismo italiano, el anticomunismo europeo y sobre todo la difusión de la doctrina social de la Iglesia enmarcaron también la audaz puesta al día del partido Conservador, evidenciado en su Asamblea de octubre de 1925. Asamblea que no sólo implicó un ajuste en lo ideológico (Hurtado, 2006), sino que marcó también un cambio de rumbo y estilo en su liderazgo, donde figuras como Jijón y Caamaño y Julio Tobar Donoso asumieron un papel preponderante.

Desde esta perspectiva entonces, la dinámica partidista parecería vivir un particular bifrontismo. Por un lado, la lucha por el poder mostraba aún indudables marcas restrictivas; ningún partido podía ser identificado más allá de un carácter de élites, casi clubes, que en realidad reestructuraban constantemente cuadros capaces de articular y utilizar, con mayor o menor habilidad, los principales recursos de acceso al poder: la componenda, los lazos familiares, los cargos públicos estratégicos o la relación con el Ejército. Situación que además reflejaba la “exclusividad flexible y porosa” que seguía caracterizado a las élites dominantes en el país, es decir, la habilidad de adaptación, vinculación e incluso cooptación social, sin dejar de marcar una clara diferenciación entre aquellas y sus “distintos”. Precisamente esta dinámica es la que los diversos críticos de la época observaban: el anquilosamiento temático reflejaba en el fondo el reciclaje continuo de los mismos grupos de liderazgo, y por tanto, de los antagonismos entre ellos; las agendas se reproducían con intensidades y personajes diferentes, pero que procedían de los mismos antagonistas “de siempre”.

Por otro lado, sin embargo, las cosas cambiaban. Y es que los nuevos tiempos habían potenciado a nuevos actores y nuevos escenarios, frente a los que los partidos aún buscaban un posicionamiento. En otras palabras, los recursos de acceso al poder empezaban a modificarse sutilmente. Y su principal mutación traía la forma de las incómodas multitudes. Desde la traumática agitación obrera de inicio de los veinte, la fuerza de la manifestación y la agitación social había ganado peso con la escalada de la agitación campesina en la sierra. Los primeros años de la década de los treinta

marcan, precisamente, la transición desde el rechazo temeroso a la multitud, hasta su aprovechamiento sistemático como trampolín y soporte político.

Y el transcurso de esta mutación sería precisamente la principal batalla partidista de estos años. Batalla en la que el liberalismo cedió posiciones, reafirmando un estilo elitario y cerrado sobre sí mismo, sostenido apenas por la reivindicación histórica del laicismo y las promesas sociales revolucionarias de décadas pasadas<sup>5</sup>. Fueron más bien el conservadurismo y el socialismo quienes plantaron picas en otros flandes. El conservadurismo llevaba la delantera en la sierra, pues desde temprano en los veinte se beneficiaba de la influencia eclesiástica en las organizaciones mutuales, y para inicios de los treinta es precisamente su frente intelectual el que influye en las diversas iniciativas de organización obrera católica (Durán Barba, 1981). No sin competencia esta vez. El recién nacido socialismo apareció como un súbito contrincante cuando logró posicionar su influencia dentro del movimiento campesino de la sierra centro norte, y por lo menos en la más tradicional de las organizaciones laborales de Quito, la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, SAIP. A ello se sumaba su gran capacidad de influjo en sectores clave, como los estudiantes universitarios y los docentes públicos.

Este enfrentamiento es precisamente uno de los factores que dará forma al enfrentamiento político de estos años.

### *Un marco institucional precipitante*

Creemos sin embargo que las opciones liberal, conservadora y socialista no agotaban el espectro político, pues podía detectarse otra propuesta muy particular y poco estudiada: un “progresismo tecnócrata” ecléctico y autoritario, basado en la afirmación del poder estatal al servicio de una visión de progreso que demandaba la disciplinada sujeción de los intereses políticos a un liderazgo estatal tecnificado y, sobre todo, por definición independiente del partidismo tradicional, en particular, y lejano a la formalidad política en general. Hablamos pues de una propuesta “subterránea” que sin embargo, durante pocos años, dio sustento al interregno juliano,

---

<sup>5</sup> No hay que olvidar claro el drástico pero casi inútil esfuerzo de Alfaro por “cooptar” las organizaciones mutuales quiteñas en los albores del siglo. Ver Durán Barba, 1981

y a su mejor exponente, el “modelo” ayorista, cuya fugacidad ha impedido apreciar mejor su peso específico<sup>6</sup>.

Para fines de los veinte, sin embargo, éste último era preponderante. Y como tal, procuró modificar las reglas del juego político en consecuencia. Ello se reflejó en el trazado institucional de la Constitución de 1929.

Dos parecen haber sido los objetivos políticos de la norma constitucional. Primero, la consolidación de las reformas julianas, no sólo en torno a lo económico, sino del poder estatal central como contrapeso al poderío económico de los grupos de poder regional. Y segundo, la modificación del estilo de manejo político, a través de un “rebalanceo” del poder dentro del Estado.

Lo primero se expresó en diversas disposiciones que procuraban consignar formalmente los nuevos entes de control público (Contraloría General, Superintendencia de Bancos, Procuraduría General), fortalecer los entes preexistentes, como el Consejo de Estado (Art. 115), y formalizar el manejo económico estatal a través de la gestión centralizada y equilibrada del Presupuesto del Estado (Art. 101, 103-105). Esto último, por cierto, apuntó al corazón de los poderes regionales y locales, generando su reacción consecuente (Córdova, 1938).

El “rebalanceo” de poder, a su vez, se expresó en varios cambios estructurales, que incluían la explicitación de la ciudadanía femenina y por tanto su capacidad de voto (Art. 13), la ordenación de la actividad electoral con mayor participación de los partidos políticos, a través de las figuras de observación electoral (mediante delegados a las juntas de sufragio) y la instauración de un sistema electoral que garantizaba la representación minoritaria (lista incompleta). Además, la Constitución también creó por primera vez una forma de representación corporativa: la senaduría funcional (Art. 33).

El tema más llamativo, sin embargo, radicó en el marco de relaciones legislativo – ejecutivo, donde se procuró un fortalecimiento del poder Legislativo, lo que ha sido

---

<sup>6</sup> Creemos sin embargo que pudo persistir e incluso extenderse en años posteriores. Al respecto, revisar López B., 2008b

interpretado por diversos analistas como la configuración de un sistema cuasi-parlamentario (o simplemente “anárquico y disolvente”, en términos de Julio Tobar Donoso). Entre las atribuciones parlamentarias que soportaban este cambio estaban:

- Elegir Consejeros de Estado, Ministros de la Corte Suprema y de las Cortes Superiores, Contralor General y Subcontralor, Procurador General de la Nación, Superintendente de Bancos (Art. 50, num. 5), los últimos cuatro en base a una terna enviada por el Presidente de la República.
- La formación de un Consejo de Ministros, con la capacidad de dictaminar acerca de los proyectos de Ley que el Poder Ejecutivo propusiere a la Legislatura (Art. 94, num. 2)
- El Congreso podría aumentar o disminuir los cálculos de Ingresos, aumentar las partidas de Egresos del Presupuesto presentado por el Presidente, disminuirlas, eliminarlas o agregar nuevas, siempre que no se violara el equilibrio general (Art. 109)
- La atribución de declarar legalmente electo al Presidente de la República, tras las elecciones respectivas (Art. 50, num. 1)
- La capacidad legislativa de remover Ministros del Gabinete, e incluso Gabinetes completos, mediante los votos de no confianza y de censura (Art. 97)

Parecería sin embargo que estas nuevas disposiciones habrían albergado la intención (fallida por cierto) de atenuar la polarización ideológica, impedir el uso funcional de la estructura estatal, disminuir la personalización política y controlar los poderes regionales y localistas (López B., 2007); desde una perspectiva política, representarían el máximo esfuerzo institucional de aquella propuesta modernizante y autoritaria que eclipsó tan pronto como la nueva constitución mostró en la práctica sus hondas limitaciones, al punto de volverse en contra precisamente de sus impulsores.

#### *El fin de la ilusión kemmeriana*

Es difícil imaginar un escenario económico peor al que enfrentó el país a inicio de los 30s. La misma transición juliana había nacido bajo el argumento de que la manipulación bancocrática habíase conectado con la política liberal para garantizar

su supervivencia a través de la suspensión de la convertibilidad monetaria vigente hasta 1912, a partir de lo cual dejaría el comportamiento cambiario sujeto al vaivén político. Sobre tal diagnóstico, la propuesta juliana giró en torno a la reconstrucción de la “soberanía” económica representada en la instauración del Banco Central y el consiguiente control sobre la emisión monetaria. La complejidad de la situación, la polarización social y política ante las reformas propuestas, la mutua desconfianza entre los actores del escenario económico empujaron en conjunto la búsqueda de una estrategia alternativa, misma que se expresó al fin en la contratación de la misión técnica Kemmerer en 1927.

Las reformas kemmerianas fueron el sustento del régimen ayorista. No sólo porque le contagiaron de la pátina de suficiencia y neutralidad técnica con la que el equipo norteamericano fue asociado, sino porque sus propuestas apuntaron precisamente a ordenar, y por ende fortalecer, la capacidad de gestión del aparato estatal. Sin entrar en detalles mejor tratados en otros trabajos (Alexander Rodríguez, 1992; Drake, 1984), cabe sí recalcar que el modelo económico implicó la centralización y ordenamiento presupuestario, la optimización de los mecanismos aduaneros, el fortalecimiento del sistema tributario, además de reinstaurar el sistema monetario de convertibilidad en torno al patrón oro, que había exigido una fuerte devaluación como punto de partida.

Desde lo fiscal, esta puesta a punto de la economía pública, sumada a los réditos de la devaluación monetaria, creó una burbuja de aparente bonanza vuelta gasto. Desde la perspectiva monetaria – cambiaria, la re-adopción del patrón oro implicó el montaje de un sistema que propugnaba, ante todo, la preservación del cambio internacional en un contexto de libre mercado y comercio de metales. Esto, por supuesto significaba garantizar la capacidad convertible del sucre (a oro o divisas convertibles), y por tanto, mantener permanentemente adecuados niveles de reservas, por un lado, y asegurar el control sobre la liquidez interna y el crédito; la lógica era simple: una alta demanda de divisas reducía las reservas nacionales, lo que disminuía también el circulante y por tanto la capacidad de compra interna, haciendo bajar el nivel de precios (deflación); en teoría esto significaría una revalorización de la moneda, mayor poder adquisitivo de las divisas fruto de la exportación y encarecimiento relativo de las importaciones, reequilibrando las reservas (Albornoz, 2006; Morillo Batlle, 1996).

Esto generó serias dificultades cuando los efectos de la crisis mundial de 1929 afectaron los flujos comerciales ecuatorianos, al tiempo que aumentaba la demanda de divisas, o su equivalente, la exportación de oro, considerando la convertibilidad obligatoria. Para 1931 la reducción del flujo de divisas, combinada con la fuga de capitales, en el marco de la defensa a ultranza del cambio, determinaron el peor fenómeno de deflación y escasez de crédito que ha presentado el país (Miño, 1983).

El sector real mostraba en cambio reacciones diferenciadas frente al contexto crítico de la época (Maiguashca, 1991; Marchán R., 1991). No puede olvidarse que, a pesar de un pico en las actividades de procesamiento y manufactura, para esta época no se pudo hablar de una actividad propiamente industrial, y menos de clases industriales definidas (Luna Tamayo, 1991)

La economía doméstica urbana sufría aún la creciente carestía y escasez de bienes importados, que afectaban a rubros de consumo masivo, como mantecas o aceites; además, el buen momento de los sectores agrícolas de la sierra centro norte no se reflejó tanto en una ampliación de la oferta doméstica sustitutiva, cuanto en una oleada de compra de bienes de inversión para el uso agrícola, que tampoco representó un efecto de “agroindustrialización” sino una optimización de los procedimientos productivos ya existentes, por lo que tampoco generó efectos notorios en el empleo, pues las relaciones laborales rurales mostraban apenas modificaciones parciales frente a su situación de décadas anteriores. Así, no puede hablarse de una “atenuación” de la crisis gracias a parciales efectos sustitutivos, sino del aprovechamiento parcial por grupos definidos de productores, de las oportunidades comerciales generadas por la crisis de importaciones de estos años.

#### *Quito: Una realidad en movimiento*

El escenario básico de esta época es Quito. En términos físicos la ciudad podía definirse en base a su contorno vial: al sur alcanzaba a una zona poblada y dispersa de alrededor de diez cuadras hacia el sur del cuartel de caballería, que ocupaba para entonces la cuadra comprendida entre las avenidas Cinco de Junio, Bahía de Caráquez, y la calle Necochea; hacia el norte, se extendía seis o siete cuadras al norte de la avenida Colón en su intersección con el eje vial horizontal central de entonces,

la vía a Cotocollao (actual 10 de Agosto). Al lado occidental, el perfil urbano se recortaba, de sur a norte, sobre el barrio de La Colmena, la vía más occidental entonces, la avenida Cima de la Libertad, el Panóptico, y la extensa falda de San Juan, la zona poblada más alta de la ciudad; el extremo nor-occidental cerraba a dos o tres cuadras del Seminario Mayor, sobre la calle La Gasca. Al lado oriental, ahora de norte a sur, el borde urbano se superponía al recorrido de la avenida Colombia, desde su conjunción con la avenida Colón (actual redondel de las avenidas Colón y 12 de Octubre) hasta la del Ejército (actual avenida Patria); perfilaba toda la loma del Itchimbía hasta saltar a Chimbacalle y la Carretera al Sur (actual Av. Maldonado).

En términos funcionales, la dinámica de la ciudad estaba en relación con su estructura demográfica. En número, los habitantes de la ciudad pasaron de alrededor de casi 52.000 personas en los albores del siglo (1906), a más de 80.000 en 1922, cerca de 95.000 en 1932<sup>7</sup>, y algún estimado los ubicaba en 101.000 personas en 1936 (Bustos L., 1992). El motor de esta explosión demográfica fue fundamentalmente la migración: ya en 1906 alrededor del 37% de la población era migrante (Kingman, 2006, pg. 182). Esto aceleró el crecimiento y densificación urbana de la ciudad, que en su expansión horizontal absorbía las poblaciones rurales vecinas, mientras aumentaba fuertemente la concentración de habitantes en el perímetro central de la ciudad.

Resulta interesante aproximarnos a la distribución de esa población en el espacio físico<sup>8</sup>. Para los años veinte la ciudad era un entramado de barrios y parroquias de particular distribución: los barrios de Aguarico y La Colmena alojaban a población especialmente migrante, mientras que Chimbacalle y La Loma se poblaron mayormente por obreros y empleados; zonas como La Magdalena, Santa Prisca, Ñaquito, Santa Clara de San Millán y Cotocollao mostraban todavía remanentes de población indígena y campesina, y en general los barrios de colina o pendiente (La Tola, La Libertad, San Juan, Floresta, el Dorado, ciudadela Méjico) albergaron a poblaciones populares, en gran parte migrantes (Goetschel, 1991). Mientras tanto en zonas como La Alameda, El Ejido, el recorrido de la avenida Colombia, el barrio

---

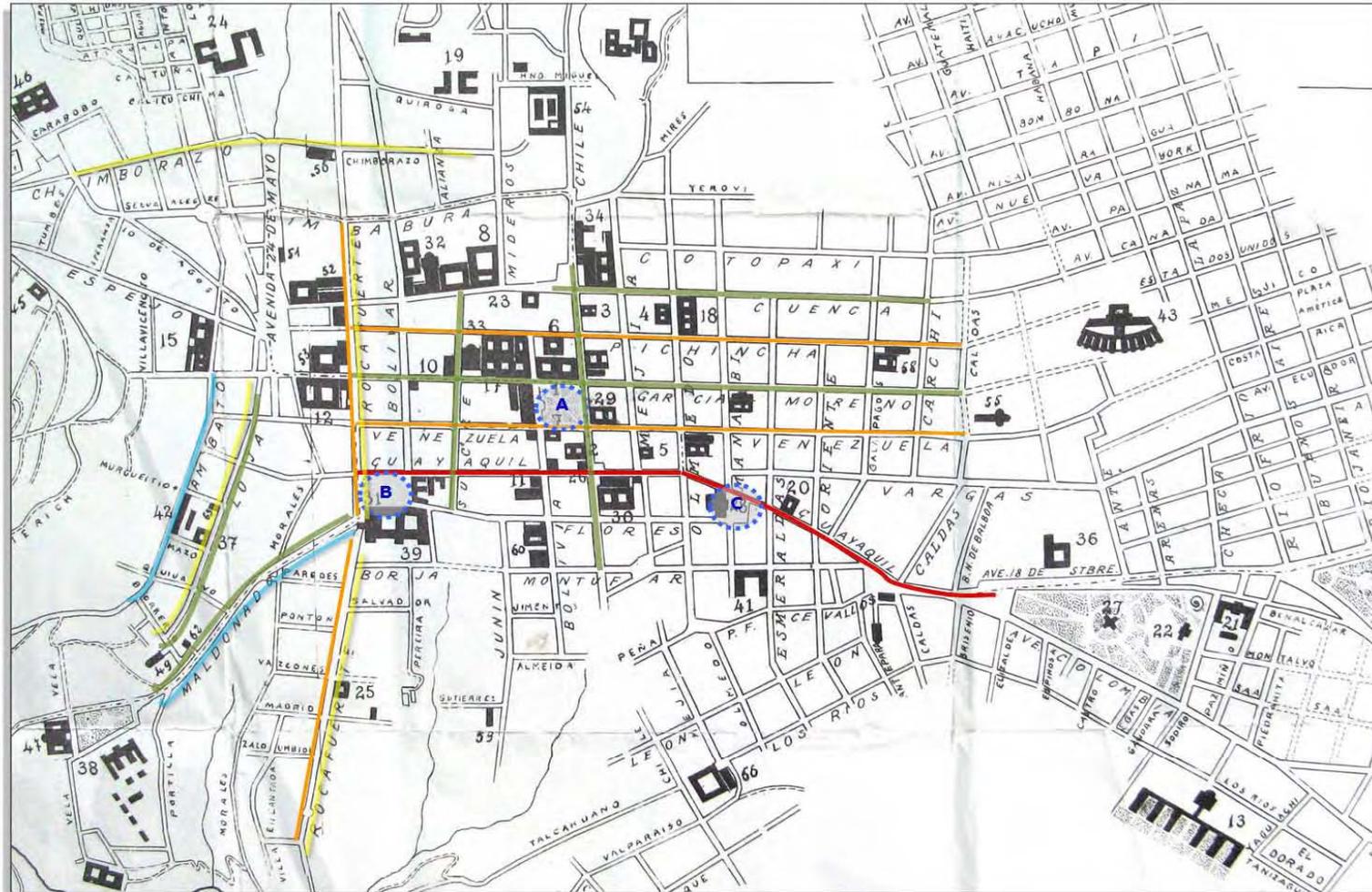
<sup>7</sup> La cifra para 1932 se obtiene mediante una proyección de crecimiento exponencial a partir de los datos de población y tasa de crecimiento referidas en la fuente.

<sup>8</sup> En esta sección nos apoyamos firmemente en Kingman, 1992a; Kingman, 1992b

Mariscal Sucre y la avenida Colón recibían a las familias más pudientes y acomodadas de la ciudad que para esta época abandonaban el centro de Quito, transformando muchas de sus propiedades centrales en grandes conjuntos de piezas renteras donde habitaban hacinadamente migrantes, artesanos, burócratas, estudiantes, etc.

Pese a ello, el centro guardó su carácter de microuniverso representativo de la ciudad, manteniendo zonas de gran actividad económica y status (calles Guayaquil, Venezuela, Pichincha, García Moreno, Bolívar) frente a otras de menor jerarquía (La Loma o El Tejar, por ejemplo). Para esta época además se consolida la presencia de diversas actividades elementales de manufactura: fábricas de cerveza (Calles Rocafuerte, Ambato y 24 de Mayo), materiales de construcción (San Juan, La Chilena, Panecillo, el Penal, La Tola) y demás artículos domésticos (tabaco, colchones, fideos, gaseosas) al interior mismo de la ciudad (Kingman, 1992a).

Ciudad de Quito y calles principales, 1931



Densidad de negocios

- Más de 100
- Entre 40 y 50
- Entre 20 y 60

Densidad personas/casa

- Entre 22 y 25
- Entre 19 y 21

Plazas principales:

- A Plaza de la Independencia
- B Plaza de Santo Domingo
- C Plaza del Teatro

Fuentes:  
 "Plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931". Mapoteca de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit Kingman, 2006

En general, puede hacerse una rápida clasificación de las zonas o calles de mayor actividad económica y comercial. En base a los datos de la Guía comercial de 1914, procesados por Kingman, 2006, se puede elaborar el siguiente listado:

Dimensionamiento demográfico y comercial de la ciudad de Quito. 1914,1933

Calle	Datos demográficos 1/			Datos de actividad comercial 2/							Total
	Casas	Habitantes	Densidad (Habit/casa)	Comercio de alimentos 3/	Cantinas de segunda clase	Comercio de materiales de construcción	Fondas de 2da. y 3ra. clase	Casas comerciales al por mayor	Consignaciones de aguadiente	Comercio de ropa	
18 de septiembre					18						18
24 de Mayo									1		1
Ambato	75	1859	24.79		12	2			1	1	16
Bolívar						3	7			1	11
Bolivia	80	772	9.65				2	3		3	8
Chile	111	1448	13.05		12			7	1		20
Chimborazo	66	1399	21.20						2		2
Cuenca	71	1331	18.75		13	2	6		2		23
Flores					10	2	2				14
García Moreno	128	1582	12.36	11	10	10		5			36
Guayaquil	96	772	8.04	33	35	25	7	1		2	103
Loja	81	1739	21.47		16		1		3		20
Magdalena	50	239	4.78								
Maldonado	83	2097	25.27		20				1		21
Manabí							1			3	4
Mejía							1		1		2
Mideros									1		1
Montúfar							1				1
Morquetio	12	174	14.50								
Olmedo	71	995	14.01					1			1
Pichincha	52	982	18.88	33			2		8		43
Quijano	12	196	16.33								
Robles, Roca y Carrión	12	265	22.08								
Rocafuerte	127	2708	21.32	11	16	8	4		2		41
Rumiñahui	14	99	7.07								
Selva Alegre	11	216	19.64								
Sucre				11		8	1	3	1	1	25
Venezuela	152	1322	8.70	33					12	6	51
Total	1288	22165		132	162	60	36	31	24	17	462

1/ Cifras en base a Cruz et al., 1933

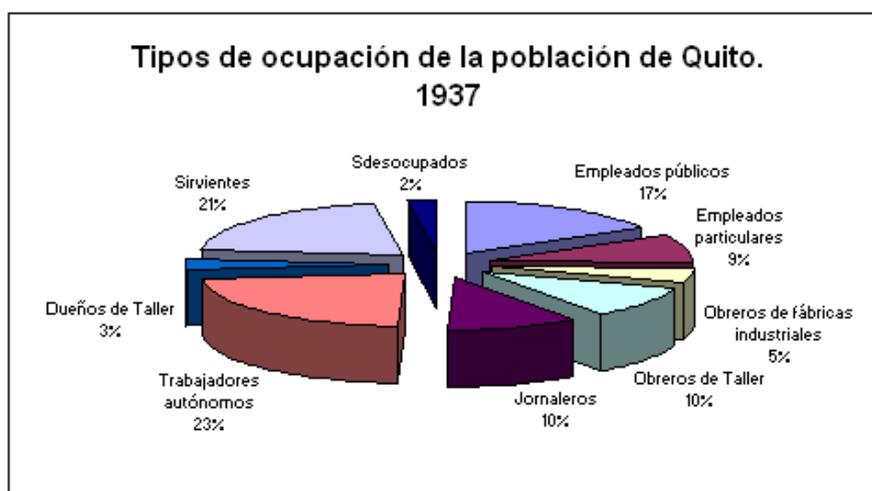
2/ Cifras en base a Kingman, 2006 sobre la base de datos de 1914

3/ Cifras aproximadas en base a estimación en Kingman, 2006

Si bien estos datos no representan sino una muestra de la actividad económica local, dan una pista de la importancia relativa de los espacios urbanos, en función de la actividad económica cotidiana. En el plano adjunto de la ciudad se pueden apreciar algunas de las calles más activas de la ciudad.

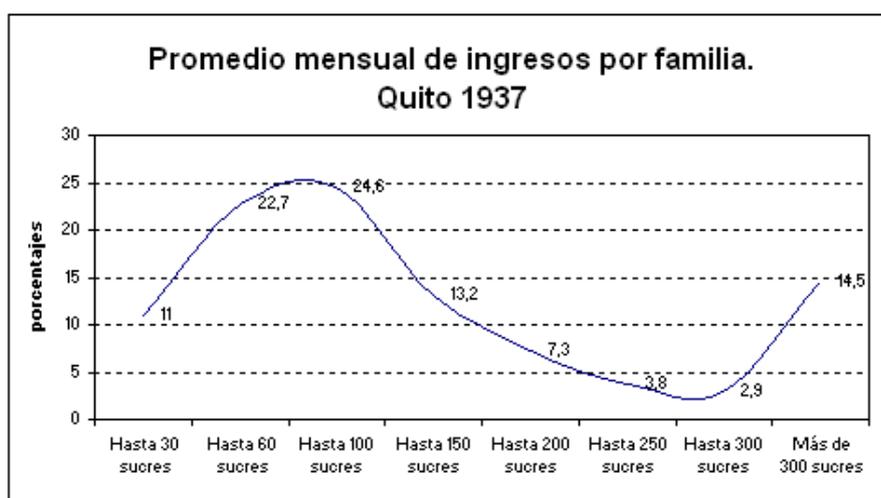
Si complementamos esta perspectiva con una revisión de las condiciones de vida de la población de entonces, tendremos una panorámica más ajustada del Quito de entonces. Entre los mejores trabajos al respecto constan las investigaciones de los salubristas de la época, especialmente Cruz et al., 1933 y López et al., 1937. Particularmente el último, un “trabajo censístico” determinó una población total para Quito de 101 668 habitantes, que habitaban 6 949 casas repartidas sobre 249 calles y

ciudadelas; el perfil ocupacional hallado mostraba la importancia del trabajo autónomo, la servidumbre y el empleo público.



Fuente: Lopez et. al., 1937

Lo más llamativo es el panorama del nivel de vida imperante: el ingreso familiar mensual mostraba una particular desproporción como lo muestra el gráfico correspondiente; en él se aprecia que alrededor del 60% de las familias de la ciudad, ganaba entre 30 y 100 sucres mensuales, mientras que apenas el 14,5% de las familias concentraba ingresos mensuales superiores a s/. 300. Esto forzaba a gran parte de la población a restringir sus presupuestos, lo que se reflejó en problemas de nutrición, hacinamiento (alrededor del 70% de las familias de la época vivían hasta en dos habitaciones) y acceso a la educación (la tasa de analfabetismo llegaba al 16,7%)<sup>9</sup>.



Fuente: Lopez et. al., 1937

<sup>9</sup> Una obra fundamental para entender las condiciones de vida de la época es Suárez, 1934.

## **2.2 El paisaje social en panorámica**

### **2.2.1 Visiones de cambio social**

Para los años 20, el debate de las ideas, las posturas políticas, la diagnosis ante una situación en franco deterioro económico y político, se sentían atravesadas particularmente por dos visiones de cambio social abiertamente contrapuestas y tan disímiles que gradualmente contribuyeron a una polarización de las formas de entender y enfrentar la realidad del país.

#### *El republicanismo elitario*

Difícilmente podría decirse que los grandes cambios liberales desde inicios de siglo tuvieron aspiraciones democráticas. Ni las élites liberales, ni por cierto las conservadoras, tuvieron una aspiración de redistribución del poder político, o una ampliación irrestricta de derechos, pero todas concordaron con valores o principios transversales indispensables para el funcionamiento del sistema de poder construido sobre ellas: “progreso”, “orden”, “disciplina”, “patriotismo”. Hablamos, en el fondo, de una visión política republicana que antepone las responsabilidades a los derechos, el mérito a la igualdad, el orden a la libertad.

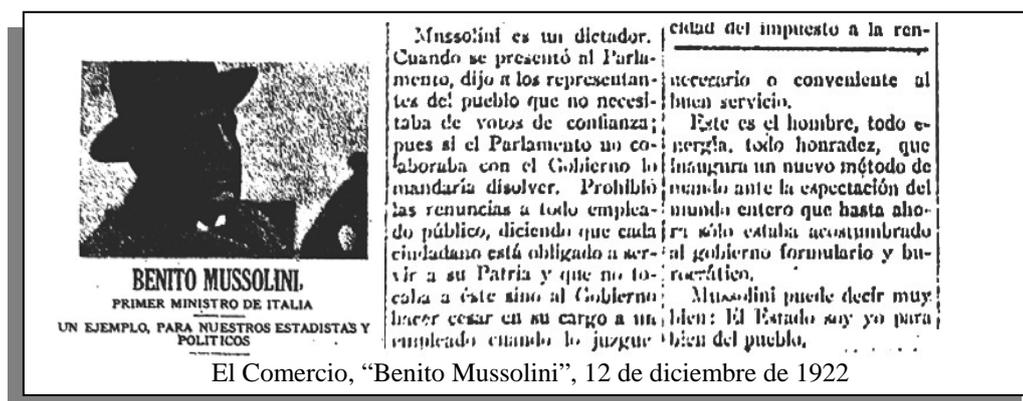
Hay argumentos para pensar que esta visión social profunda no es originaria del cambio secular, sino que hunde sus raíces en la construcción ilustrada de una identidad nacional sujeta a la contraposición, a la diferenciación social, tanto entre criollos y continentales, cuanto entre criollos e indios; léase, la construcción de una identidad basada en un “deber ser”, un ideal diferenciado y diferenciarte de otras identidades a las que no ha podido plegar.

La filiación a una visión republicana es fácilmente rastreable en el discurso cotidiano; sólo como ejemplo, los textos de la prensa escrita, a lo largo de todo el siglo, simplemente han ido matizando ciertos conceptos observables hasta el mismísimo

hoy: la preponderancia de la Patria, del deber, el sacrificio; la necesidad de orden y disciplina ....

En los años 20 y 30 esto es aún más evidente, pues aquella “resonancia” republicana fue alimentada por diversas corrientes políticas y culturales. Quizá la más llamativa – y de las menos estudiadas- haya sido el fascismo italiano.

A pesar de la difícil situación italiana tras su participación en la I Guerra Mundial, el Ecuador empieza a ver a Italia como un referente; se multiplican las relaciones con ese país, al punto de concretarse varios acercamientos de tipo comercial (Misiones Accorsi, 1920 y del Sindicato italiano, 1921) y militar (1922), así como la “italianización” de las fiestas del centenario de la Batalla del Pichincha, a través de una espectacular temporada de ópera clásica, a cargo de la Compañía Adolfo Bracale (mayo de 1922).



La llegada de Mussolini al poder acrecentó la admiración. Admiración por cierto no gratuita. Para la fecha el fascismo italiano representaba un modelo de comportamiento republicano que tiene al orden y al nacionalismo como valores supremos; máxime si apuntan al “progreso”, y no se limitan a las restricciones institucionales, en mucho creadas por intereses particulares. Añádase a eso el perfil anti-bolchevique y se entenderá mejor tal lectura del fascismo. Así, la vitalidad fascista representaba para entonces un antecedente válido frente al continuo avasallamiento por los intereses bancarios, al desorden y anuencia del Estado, especialmente del Congreso, y sobre todo frente al creciente fantasma del bolchevismo atentatorio de la propiedad y la moral existentes.

Hay que cuidar sin embargo la secuencia del razonamiento: proponemos que la receptividad al fascismo respondía a su “sintonía” con la vena republicana profundamente enraizada en las élites políticas nacionales (y mucho más allá de ellas), además de proveer de una potente articulación con otros conceptos-fuerza muy presentes en la época, como el nacionalismo “patriótico”, el vínculo pensamiento-acción, la necesidad de la fuerza “creadora”, el peso fundamental del liderazgo mesiánico, la lucha contra la corruptela política. Como resume uno de los textos más interesantes de este periodo (Peñaherrera, 1927):

El pensamiento fascista se cristaliza siempre en acción, en férrea voluntad reflexiva que obra resuelta y eficazmente sobre la realidad de las cosas (...) el Fascismo reemplaza la soberanía individual, por la soberanía del Estado y coloca, por consiguiente, a la Nación por encima del individuo, obteniendo la colaboración de los ciudadanos, su respeto y obediencia (...) la fuerza sirvió de medio para alcanzar un ideal. En la fuerza apoyó la estructura de la idea, pero de la fuerza se valió tan sólo para robustecer la dinámica de su pensamiento (pg. 39) Santa y bendita violencia! Qué papel tan excelso desempeñáis cuando estáis a la merced del Orden, de la Libertad, de la Justicia, del Derecho y del Honor, y defendéis la vida de la Patria! (pg. 50)

Y en el vértice más alto del Poder fascista, en la cumbre que comprende la unidad, la fuerza y la vida de este movimiento, se destaca la excelsa figura de un hombre nacido del pueblo: cerebro superior, voluntad indómita, energía inquebrantable, que ilumina con su ejemplo, que robustece con sus obras, y dignifica con su poderoso esfuerzo y su santo patriotismo, la línea, la triunfante trayectoria de esta revolución.” (pg. 44)

La doctrina fascista podemos reducirla a su lema: “Todo por la Patria y para la Patria”. Aquí tenéis el maravilloso imán de atracción que seduce y somete a las multitudes y es arma vencedora en todo combate (...) La triste herencia política y económica de los Gobiernos anteriores, debía liquidarse, debía desaparecer (...) El prestigio, la responsabilidad, y la acción constante y eficaz de la autoridad ejecutiva, consciente de su deber y de su autonomía estable, no sujeta a los caprichos e intereses parlamentarios o partidistas. La acrisolada honradez y la estricta economía de los Poderes Públicos. La exaltación patriótica de toda gloria nacional. El culto al honor, al duro trabajo, al sacrificio y a la disciplina. El apoyo decidido a toda actividad individual, a todo cuanto signifique incremento de la riqueza nacional (...) La supresión de toda corruptela demagoga. La guerra al traidor, al venal azuzador, al arribista, al corrompido político y al politiquero de oficio. La solidaridad nacional. Las poderosas afirmaciones de los conceptos reales de raza, Estado y Nación. Y el prodigioso engrandecimiento de la Fuerza Armada, fueron las bases principales en que se levantó la Italia de 1924. (pgs. 63-64).

De aquí que, gracias al auge y vigencia del fascismo, la virtud republicana se actualizara, atravesando las decisiones políticas de la época, combinándose con una sensible tradición nacionalista o patriótica, adobada por la nueva idea de la “democracia liberal”:

Cuando hablamos de Estado liberal, no entendemos la Patria para el partido liberal, sino la Patria bajo un régimen político conforme con la naturaleza de la sociedad, con poder fundado en derecho, con representación soberana por delegación y no por dictadura, con la ley de la unidad y de las conveniencias de la Patria por encima de los intereses de los círculos y de los partidos. Y ya pueden llamarse éstos rojos, amarillos o azules; nos tienen sin cuidado; el verdadero fascismo es la permanente vigilancia de una nacionalidad fuerte, vigorosa y progresista. (El Comercio, 7 de febrero de 1923, pg. 1)

Visión que por supuesto generaba tensiones y eventuales contradicciones, especialmente respecto a la vieja tradición caudillista de la política ecuatoriana, como lo revela el siguiente texto:

He soñado a menudo en que, siendo imposible, dado nuestro marasmo cívico, la verdadera reorganización parlamentaria, la fuerza de los hechos eleva al poder a un tirano liberal. Este hombre comprendía el siglo, comprendía el medio, había estudiado mucho sociología, política e historia (...) Este hombre movía, sacudía, organizaba, todo *lo político*, y dejaba toda su autonomía a todo *lo social* (...) mató al palanqueo, redujo el número de los empleados públicos, y a los que quedaban les sujetó a una disciplina severa y activa (...) Estando en lo mejor de mi sueño, me desperté. Me dio vergüenza de haber traicionado a los ideales democráticos (...) pensé en que no caben los tiranos liberales, recé un credo a la Democracia, pero me dio pena y quise seguir soñando. (José Ma. Velasco Ibarra, febrero de 1922, citado en Norris, 2005: pg. 114, T. 1)

### *Los vientos revolucionarios*

Así como la renovación republicana alimentó a las menguadas élites nacionales, las ideologías de izquierda hicieron de “caja de resonancia” para una serie de actores emergentes, en mucho hijos del quiebre liberal. Tras el shock de la revolución rusa, la imagen del revolucionario de izquierdas fluctuó entre la del bolchevique (o “apache”, como lo llamaron en los tempranos 20s), sinónimo de extremo totalitario, enemigo de la propiedad y apóstol de la inevitable lucha de clases, y la del socialista, vinculado más a la reivindicación, la justicia social y el problema obrero, desde una perspectiva utópica o científica, pero no por ello exento de sospecha, al punto de que tan temprano como 1919, en Quito se formaba ya una primera Liga Antisocialista (ver El Comercio, 31 de julio de 1919).

La “pesadilla” parecía cobrar carne para inicios de los veinte, con el asentamiento del anarcosindicalismo en Guayas, la activación del movimiento obrero, la multiplicación

de los conflictos campesinos por acceso a recursos como el agua y la tierra (sin más tachados como movimientos “bolcheviques”).

De hecho, la llegada de la noción de *obrero*, secundada por la reacción conservadora y eclesial que la asumió también, pero en el marco de la doctrina social dibujada en la encíclica *Rerum Novarum* de 1891, implicó el desplazamiento (pero no la desaparición) de la clásica categoría de *indio* como referente de la reivindicación social. Los sucesos de noviembre de 1922 son una muestra respecto al nivel de polémica en torno al “problema obrero”. Acorde a un editorial publicado por Diario El Comercio:

LAS LEGISLATURAS HAN CREADO EL PROBLEMA OBRERO, TRANSPLANTANDO REFORMAS INNECESARIAS E INADECUADAS A NUESTRO AMBIENTE. Cuando contemplamos los acontecimientos que se están desarrollando en el país entre obreros y patrones, ya en la agricultura, ya en la industria, casi estamos por reírnos y echar a la cara de los que se han empeñado desde algún tiempo a esta parte, en laborar –como decían- por las clases trabajadoras, este desastre, fruto de la legislación obrera que solamente por espíritu de imitación, mas nunca por necesidad, implantaron en el país. (El Comercio, “Desorganización social”, Editorial, 10 de noviembre de 1922, Quito, pg. 1)

¿A qué reformas se refiere?:

Que en todo el mundo hay ley de las ocho horas de trabajo. Pues, a adoptarla en el Ecuador.  
Que en todo el mundo se reconoce la organización gremial. Pues, a citar a todo profesional para constituir los gremios.  
Que en todo el mundo civilizado no hay prisión por deudas. Pues ¡zúis! Venga la ley que en el Ecuador así lo reconozca.  
Que en todo el mundo, hoy en día, el obrero es el primer plato: Pues, allá va. Inclinémonos ante las grandes Corporaciones artísticas e industriales sin cuya venia nada puede moverse, ni siquiera la Tierra al rededor, ¡El Sol!

El Comercio, “Desorganización Social” Editorial, 10 de noviembre de 1922

Para vísperas o inicios de los años 30, el desafío socialista estaba plenamente reconocido, aunque mínimamente consolidado. De acuerdo a Enrique Ayala (citado

en Rodas Ch., 2006), cuatro tendencias convergían en el tierno pero firme movimiento: el liberalismo de izquierda (reflejado de cuerpo entero en la Asamblea liberal de 1923), un socialismo utópico, impulsado por propietarios “progresistas”, un ala de oficiales militares jóvenes, y otra soportada por intelectuales y dirigentes de organizaciones laborales; ésta última a la vez la más radical y la más dividida por incluir la activa rama comunista.

Pese a la división, el peso del discurso, de la idea renovada, marcaba distancias apreciables con el resto de propuestas ideológicas al momento. Acorde a un interesante texto contemporáneo (del Pozo, 1930), las apuestas ideológicas básicas reivindicaban la búsqueda del mejor reparto de la riqueza, como medio para lograr un “mejor reparto de placer y de dolor”, la vindicación del individualismo “ego-altruista” en contra del individualismo egoísta, la eliminación de las diferencias históricas y sociales, resumidas en diferencias estructurales de raza y clase (pgs. 320-324).

Esto derivaba en cuestionamiento a las principales categorías del discurso político, enganchándose con aspiraciones e ideas que podían bien ir más allá de la propuesta del mero socialismo científico marxista:

El contenido doctrinario del socialismo es de tanta amplitud que se desborda de cualquier programa de partido político y no cabe comprenderlo en los límites de una mera tendencia científica. La naturaleza de su virtualidad hace que en él encontremos toda suerte de elementos, tan varios y complejos que es difícil determinar si el socialismo es una ciencia revolucionadora o un movimiento vital humano, si es una nueva religión que surge o el amanecer de una nueva cultura, o si es todos ellos a la vez, que es lo más seguro.(...) Progreso, civilización y demás excelsitudes de que se ufanan los tiempos modernos, menguadas excelsitudes son, ya que se han levantado y crecido teniendo como base y alimento la desigualdad y la injusticia (op. cit. pg. 322)

Mientras la impugnación a los conceptos de progreso, civilización y cultura, apuntaban directo a los nortes ideológicos de grupos como los liberales, o los propietarios agrícolas modernos, el reconocimiento de las diferencias estructurales de raza y clase, así como la autodefinition del socialismo como un baluarte “moral” universalista, sutilmente cuestionaba ideas tan clave como el nacionalismo patriótico, anclado en las especificidades “positivas” de lo propio, lo castizo; era la alborada de un distinto idioma político en el que la base de identidad no era ya el lazo nacional, lo patrio, sino la clase o la raza. Sólo la hipérbole literaria ilustra la ruptura:

-Hay una sola bandera que une a los trabajadores de todos los países.  
 -¿La tienes tú? – pregunté.  
 -Sí.  
 -¿Dónde?  
 Mi padre se emocionó.  
 -¡Quiero verla! – insistí.  
 -¡La llevo aquí dentro, en mi corazón! – contestó él con voz temblorosa.  
 -¡Estará llena de sangre! – añadí perplejo.  
 -Sí. La bandera nuestra, la bandera tuya y mía, es roja como la sangre, porque ha brotado de las entrañas de los desvalidos del mundo. (Salvador, 1984)

Sólo hay formas indirectas de notar el peso del desafío socialista que, al parecer no fue pequeño. Así se explica, por ejemplo, cómo al principio la revolución juliana, en 1925, fue vista como un paso hacia el socialismo de Estado, fase de una “evolución” social frente a la cual sólo cabía minimizar las “injusticias y desasosiegos”.



Así como las élites rechazaron rápidamente al socialismo en crecimiento, los sectores subalternos o simplemente excluidos, aprovecharon su potencial identitario y discursivo. No es de sorprender que el núcleo de fundadores del Partido Socialista fuera constituido por estudiantes universitarios (Muñoz, 1988), ni que tuviera receptividad entre sectores campesinos e indígenas. Aunque quizá su peso específico no pueda calcularse tanto en función del número de simpatizantes o allegados, cuanto en su fortaleza discursiva, como medio de corporeización de la voluntad de

cambios en un entorno social poco flexible.

### *Las condiciones del contorno social*

Mientras las coordenadas discursivas transitaban entre el republicanismo elitario y el “revolucionarismo” de inspiración socialista, las condiciones materiales del contorno mutaban aceleradamente. Acorde a Maiguashca (op. cit.), la dinámica económica presentaba una apreciable diversidad regional: mientras la costa en general, vinculada

a las redes comerciales cacaoteras, atravesaba una durísima recesión, la sierra centro-norte, especializada en la producción agrícola, reconocía la recuperación económica merced al incremento de la demanda de alimentos y vituallas por parte de la costa, además de los primeros intentos de implantar industrias textiles “modernas”. La sierra-sur, mientras, mantenía cierta dinámica gracias a la producción de sombreros de paja toquilla.

Escenario pues, de rupturas. La crisis del esquema porteño, altamente dependiente del comercio internacional, no podía resistir la ola de reivindicaciones obreras, hasta terminar en el desahogo violento de 1922. En la sierra centro norte, en cambio, la lógica laboral-sindical plantaba lucha con los esquemas de organización mutual – artesanal, íntimamente vinculados a las iniciativas laborales eclesiales y conservadoras. En medio de las refriegas, los sectores subalternos (indígenas, cholos), en algunos casos abrazaban utilitariamente las propuestas organizativas del socialismo (sindicatos campesinos), o engrosaba el creciente flujo de población rural movilizad a la ciudad (lo que algunos autores identificarán como “subproletariado urbano”), colocándose laboralmente en el comercio, el trabajo manual, la policía o el ejército. Otro grupo simplemente permanecía en el campo, atado a la propiedad hacendaria tradicional.

Para esta época, las primeras generaciones completamente educadas dentro de la revolución liberal atravesaban ya las aulas universitarias, o se habían incorporado a la naciente y codiciada burocracia; igualmente, las primeras generaciones de oficiales formados dentro del ejército profesional, absorbían ávidamente las experiencias y conceptos de la misión militar italiana, fusionándolas con las categorías y valores republicanos tan culturalmente acendrados. Entre ambas, constituían una “zona media” social a la espera de posicionarse.

## 2.2.2 Los actores sociales en perspectiva

### *Terratenientes e industriales*

“(…) Sotanudos, beatas, conservadores, liberales del cholerío aristocratizante y latifundista le acusaban de masón por sus ideas de libertad, de progreso, de democracia, por meterse en tratos y contratos con los gringos, por vivir alejado de la liturgia de la Iglesia Católica, aún cuando cumplía la mayor parte de sus leyes y sacramentos (...)

- Pero conmigo se equivocan.
- Se equivocan –repitió la honorable esposa, emocionada por el optimismo de su marido.

Entraré en la política. La alta política. Sólo así ...(...) Único medio –tipo nacional- para evitar los inconvenientes –sobornos costosos, palancas inamovibles, obstáculos ideológicos, sombras enemigas- en el desarrollo de la industria y de las finanzas.” (Icaza, 1985 [1935]: pg. 158-159)

“La nueva técnica –insensible, avasalladora, voraz- de los negocios y de las finanzas de don Luis Antonio Urrestas, en franca oposición a los métodos –tradicionalistas, usurarios, patriarcales- de don Pablo Solano del Castillo, no tardaron mucho en chocar en la política. Para ellos ambición burocrática de mando, juego de intrigas, de calumnias, de componendas, de pequeños riesgos de dinero, de soborno a periodistas incorruptibles, de patriotismo de ofertas heroicas-irrealizables por lo fantásticas-, de amabilidad próspera en sonrisas, abrazos, reverencias.” (Icaza, 1985 [1935]: pg. 168)

La imagen tradicional asociada a las élites económicas y políticas, al menos serranas de esta época, ha sido la del terrateniente enganchado moralmente con la Iglesia Católica, y políticamente con un sinuoso Partido Conservador. Existen indicios sin embargo de que esta imagen es, al menos, incompleta.

Primero, precisamente algunos de los más importantes terratenientes serranos fueron de los primeros en construir formas de adaptación a los cambios económicos y políticos que representó la revolución liberal: la diversificación de productos destinados al mercado costeño y colombiano, la adaptación de nuevos procedimientos y técnicas agrícolas (Arcos, 1984), la introducción parcial del trabajo campesino asalariado, en convivencia con las tradicionales formas de sujeción o dependencia de mano de obra (Deler, 1987); además, el impulso a los primeros intentos de corte pequeño-industrial en la sierra que, aunque no derivaron en la formación de una “clase industrial” propiamente dicha, sí fueron suficientes para plantear fuertes

enfrentamientos de interés con los comerciantes y similares industriales de la costa (Luna Tamayo, 1991).

La gama ideológica tras estos grupos no era menos diversa. Muchos de los propietarios modernizantes, especialmente aquellos agrupados dentro de la Sociedad Nacional de Agricultores (SNA), mostraban apertura e interés por las nuevas dinámicas productivas capitalistas, al tiempo que reiteraban la visión del tema indígena como un tema específico y de contenido étnico o racial (Marchán R., 1986).

Paralelamente persistía un grupo de propietarios más tradicionales, preocupados por el “control moral” de las nuevas tendencias productivas capitalistas, además del mantenimiento de los principios de relación mutua; interesantemente, es precisamente este grupo el que muestra mayor aproximación a la política formal, vía Partido Conservador, y el que impulsa, desde lo ideológico y lo material, las primeras experiencias de organización laboral católica (Coronel, 2006; Varios, 2003).

En medio de ambas corrientes principales, parecería empezar a desarrollarse una tercera, sustentada sobre una nueva generación de protagonistas económicos más vinculados con la actividad profesional y la innovación técnica, y menos a la actividad agrícola, por ende muy flexibles y diversificados; desde una perspectiva ideológica, esta corriente incipiente parecería procurar alguna distancia respecto a las alternativas partidistas tradicionales. En esta línea podrían incluirse claramente figuras como la de Luis Napoleón Dillon, notable impulsor de iniciativas industriales y financieras, así como activista político que desde una filiación liberal radical fue mutando hacia posiciones más cercanas al socialismo, y que dio el impulso y soporte inicial al movimiento de julio de 1925 (Varios, 1982; Zapater, 2005); y por supuesto la del propio Isidro Ayora notable profesionista y figura referente de la ciencia y la técnica, que además mostró en algún momento afinidad con algunas élites productivas progresistas.

- “-Capitán Mendoza, llamó el General.  
- Ordene, mi General, respondí.  
- Vístase con la levita de visita, me dijo el General.  
- No tengo esa prenda, mi General.  
- ¿Por qué no la tiene?, preguntó colérico el General.  
- Porque no es reglamentaria para oficiales inferiores, mi General, es sólo facultativa.  
- Pues mientras esté yo aquí será reglamentaria, yo mando y se acabó; yo soy aquí el reglamento.  
- Creo que la ley está sobre su voluntad, mi General, respondí.  
- ¡Atrevido; a su pieza arrestado, fue la respuesta final del General”  
(Relato del Mayor Idelfonso Mendoza; Reyes, s/f, pg. 22-23)

Para fines de los años 20 el protagonismo armado era indiscutible. Lo cual denotaba el vértigo de la evolución castrense de estos años. Fruto de sucesivos “borrones y cuentas nuevas”, el ejército ecuatoriano había surgido de las luchas liberales, a instancias de un primer esfuerzo de profesionalización impulsado por el mismo Eloy Alfaro, en los albores del siglo XX. Tal esfuerzo fue respaldado por sucesivas misiones militares chilenas e italianas<sup>10</sup>, orientadas al planteamiento y desarrollo de programas de formación de oficiales nacionales, y cuya presencia adobó una particular dicotomía institucional: por un lado la asesoría extranjera impulsaba una lógica de especialización técnica estricta y sujeta disciplinariamente a las instituciones civiles, intensamente comprometida con una visión o proyecto nacional; mientras por otro lado, el liderazgo político era entonces intensamente partidista y recurría con frecuencia al aprovechamiento utilitario de la fuerza armada como baza política (ver Bustamante, 2006, y como testimonio específico, Reyes, s/f).

Las principales interpretaciones de la Revolución Juliana de 1925 se basan precisamente en el reflejo institucional de estas tendencias al interior del Ejército: mientras la nueva oficialidad era formada en la primera lógica, la segunda persistía en mucha de la alta oficialidad, heredera de las campañas alfaristas y sobre todo de la influencia placista.

Cabe aquí profundizar en algunos aspectos específicos característicos de esta época.

---

<sup>10</sup> Entre ambas, y con intermitencias, su presencia va desde 1902 hasta entrados los años 50.

- a. *La consolidación de la dicotomía estructural oficialidad – tropa.* A nivel de oficialidad, esta consolidación tiene una doble vertiente; por un lado, la afirmación de la carrera profesional, bajo los preceptos y modelos pedagógicos y técnicos de las misiones militares extranjeras, y por otro, el recambio generacional, reflejado en la presencia de nuevos oficiales nada o poco vinculados con las campañas liberales alfaristas y placistas<sup>11</sup>. A nivel de tropa, en cambio, la distinción entre cuerpos de línea permanentes, la formalización del carácter voluntario del ingreso a filas (Romero y Cordero, 1991), así como el debate surgido en torno al servicio militar obligatorio (Ortiz, 1991), le marcó un carácter propio. En medio de ambos componentes, los mecanismos de ascenso y graduación marcaban una brecha fundamental, sobre todo a nivel de oficialidad.
- b. *La consolidación relativa de la carrera militar.* Una de las principales fuentes de descontento militar que desembocó en el pronunciamiento juliano fue precisamente la irregularidad de los mecanismos de carrera militar, lo que aseguraba los más altos niveles de mando a oficiales asociados a la actividad política dominante, más que a una carrera estructurada. Sorprendentemente, parecería que poco fue lo avanzado en este campo durante los años julianos. Tan tarde como 1938, aún se escuchaban voces que reclamaban por las estrategias de ascenso basadas en los intereses políticos, las conveniencias de círculo o el simple “asalto” (Marchán, 1938). Por otra parte, la lógica de castigo-sanción por transgresiones disciplinarias (fundamental en todo esquema de jerarquía vertical) no era del todo clara, pues la propia revolución juliana marcó un precedente particular, al implicar la remoción inmediata o la impugnación de varios oficiales superiores, abriendo la posibilidad de episodios similares futuros. En casos particulares, la Junta Militar juliana estableció una secuencia de control y sanción ante actos de indisciplina: desde la contención y vigilancia por parte de otros oficiales, la promoción y cambio de plaza, anulación del comando encargado, cambio de plaza de unidades rebeldes, y por último retiro del servicio activo en caso de oficiales o disolución definitiva de unidades rebeldes. El caso paradigmático en este sentido es el del oficial juliano Idelfonso Mendoza, líder del

---

<sup>11</sup> Algunos autores (Crawford de Roberts, 1980) indican además una renovación “regional” en tanto muchos de los nuevos oficiales serían serranos. No se ha hallado sin embargo evidencia suficiente para confirmarlo.

movimiento juliano en Guayaquil, y el regimiento a su cargo, el Marañón (ver Pérez Pimentel, 2008b); ambos sufrieron toda esta secuencia.

- c. *La consolidación del servicio militar como espacio de politización y socialización.* Existen múltiples pistas que indican la compleja dinámica militar de los años veinte. Desde la oficialidad, la construcción de una identidad de “clase nacional” implicó un inmediato acicate para la politización controlada:

la oficialidad tendió a verse como una ‘clase universal’ levantada por encima de las facciones y solamente atenta al bien público (identificado con el bien de un Estado). El oficial profesional tomó el lugar de una especie de sacerdote laico de un quehacer que era, a la vez, secularizadamente científico y políticamente trascendente a todos los intereses multiformes de la sociedad civil. (Bustamante, op. cit.: pg. 232)

El mejor y más gráfico reflejo de esto fue precisamente la constitución de la Liga Militar que impulsó y protagonizó la revolución Juliana de 1925 (Paz y Miño, 2000), y de allí en adelante, el papel de arbitraje y tutela mostrado frecuentemente por el Ejército. Pero desde la perspectiva de la tropa también puede observarse procesos que la pintan más que como un mero cuerpo armado. La participación en el Ejército es vista como una “re-educación” cívica y humana, una herramienta eficaz para el “disciplinamiento” del pueblo, en función de una idea de nación o Patria común (Ortiz, 1991). Romero y Cordero, 1991 puntualiza con orgullo que el Ejército, a inicio de los treinta, enfrentaba activamente el problema del analfabetismo en sus tropas, al tiempo que cimentaba o fortalecía las nociones de urbanidad, higiene, responsabilidad familiar y ahorro previsional (pgs. 386-393), además afirma, ya sin diferenciar al hacerlo entre oficiales y tropa, la existencia de una clara conciencia de lealtad vinculada a las nociones de Patria y lo popular, aún a pesar de las instituciones formales:

La idea de revolución, en su aspecto propio de movimiento armado contra un Gobierno constituido, es, a su vez, entendido absolutamente por el soldado ecuatoriano; de tal manera que, cuando se presta para la revolución, cuando actúa en las transformaciones políticas, la hace con plena consecuencia de lo que hace, anteponiendo siempre la idea del patriotismo –sea verdadera o sea falsa– al de soldado, y secundando siempre, en todo caso, la corriente ideológica popular. (pg. 390)

## *Damas en el foro*

Los diversos procesos electorales de 1929 exigían que los votantes se registraran voluntariamente en padrones, por lo que la verdadera “campana” era la de convocar a esos votantes al registro. Una buena parte la ocupaban las mujeres, en tanto la constitución amparaba explícitamente el voto femenino. Sin entrar en consideraciones sobre la efectividad de esa oportunidad electoral (muy limitada a parecer, según Quintero, 1988), aquí es igualmente interesante apreciar su papel dentro de la campana electoral previa, y cómo sus actividades eran vistas por algunos sectores de la opinión pública:

el derecho que expresamente consagró la ley constitucional a favor de las mujeres, hábilmente propagado por los intereses de partido, ha atraído hacia la actividad política gran número de damas, sin que este hecho signifique que las leyes y la jurisprudencia anteriores hubieran negado al elemento femenino la capacidad cívica; sólo que hoy el partidismo ha descubierto en la fe sumisa de las mujeres una fuerza destinada a suplir las debilidades masculinas (...) hay que reconocer que ellas están dando un alto ejemplo de disciplina y de fervor cívicos, por lo menos en esta ciudad, en donde ciertas insinuaciones son órdenes, y en donde el conservadurismo cuenta con la cooperación entusiasta de un núcleo respetable de señoras para todas sus campañas. (El Día, “A las mujeres ciudadanas”, 14 de octubre de 1929, pg. 3)

La preferencia política femenina fue evidente no sólo en campana electoral. Ya en medio de las labores mismas de la Asamblea constituyente (1929), en Quito, se registraron interesantes iniciativas de movilización de mujeres y jóvenes estudiantes, a favor del sostenimiento de la educación católica y la libertad de enseñanza.

Por cierto, el sostenimiento de los Colegios religiosos, además del legítimo anhelo de inculcar la fe católica en la juventud, posee el secreto de la influencia clerical en las familias y de la aparición en la política de aquellos núcleos de jóvenes dispuestos a matar herejes en las calles al grito de Viva Cristo Rey! Así se explica el proceso de los incidentes repetidos cada año en la época de exámenes, y el motivo inspirador de la campana femenina que culminó en la presencia de un crecido número de mujeres de toda condición social en la barra de la Asamblea, mientras se debatía el artículo constitucional relativo a la libertad de enseñanza (...) Las damas pronunciaron discursos ante los legisladores y ante una muchedumbre ávida: entre ella los jóvenes católicos y los alumnos del Colegio San Gabriel de Quito. Habían ido a gritar, en uso del derecho que le asiste al pueblo; el Gobierno, temeroso siempre, envió una nube de pesquisas, y éstos, como es su costumbre, provocaron garrotazos y puñadas que exasperaron los caldeados ánimos, sembrando en la muchachada católica el deseo de cortar la flor del martirio. (El Día, 1 de enero de 1930, pg. 1)

### *Estudiantes politizados*

En septiembre de 1929 se sentía ya el resurgir de las tesis federalistas en Guayaquil. Uno de sus bastiones clave fue precisamente la Universidad de la ciudad. En octubre de ese año se registraron graves enfrentamientos entre estudiantes de Medicina (identificados con las tesis federalistas) y de Derecho (que reunía a estudiantes de izquierda, opuestos a tales tesis). La reacción de las autoridades fue drástica:

Las autoridades universitarias resolvieron entonces clausurar el local de la prenombrada institución estudiantil (Asociación Escuela de Derecho), por considerarla como cuna de los movimientos desordenados; y los estudiantes perjudicados, por medio del Presidente de la corporación suprimida, el conocido intelectual Humberto Mata, reclamaron en nota que contiene graves acusaciones y en términos muy duros para los dirigentes; el reclamo fue apoyado en el Consejo por el representante de los alumnos de jurisprudencia, señor Ermel Quevedo, quien también por la prensa trató en términos descomedidos a los superiores. Allí vino la represión exagerada, por el Consejo Universitario, como si fuese poseído de venganza, expulsó de la Universidad a los estudiantes Mata y Quevedo. (El Día, “La situación en la universidad del Guayas”, 25 de octubre de 1929, pg. 3)

Ante la reacción de los estudiantes de izquierda, de defensa de sus compañeros y cuestionamiento a las autoridades, las expulsiones aumentaron: José J. Silva, Rafael Coello Serrano, Alfredo Vera, Carlos Guevara Moreno ...

En otro episodio, en septiembre de 1930, frente a la expulsión de dos compañeros de clase, estudiantes del quinto curso del Colegio Vicente Rocafuerte de Guayaquil decidieron demandar la renuncia del Rector de la institución, nada menos que el famoso cirujano Abel Gilbert. No sólo obtuvieron el apoyo de más estudiantes, mayores y menores, sino que tomaron las instalaciones del colegio, organizaron marchas públicas y visitaron periódicos locales. El argumento era la actitud “dictatorial” de las autoridades, los castigos demasiado severos, y en general, la inexperiencia y desconocimiento de aquellas respecto a las tareas educativas.

Como fuera, los estudiantes transformaron la pugna interna en un tema público: llevaron su protesta a las calles mediante sendas marchas nocturnas, y continuaron las visitas de comisiones ante los periódicos. El conflicto duró desde el 19 hasta el 25 de septiembre, y terminó con la clausura del plantel por parte del Gobierno, y su reorganización total. Para el Rector cuestionado, el episodio se debió a influencias

ajenas: “Quinto Año se halla bajo la influencia de una extremada propaganda comunista” (El Día, 26 de septiembre de 1930, pg. 7). Curiosamente, el 29 de septiembre, pocos días después de haber “resuelto” el tema estudiantil, otras presiones políticas llevaron a Isidro Ayora a plantear su renuncia “irrevocable” al cargo. Aunque por cierto la reconsideró casi de inmediato.

Un año después, el 1 de agosto de 1931, la Universidad de Guayaquil sufrió una huelga estudiantil, causada por nombramientos de docentes rechazados por alumnos. Entre los dirigentes estudiantiles figuraba ya el líder izquierdista Pedro Saad. La resultante fue, de nuevo, la clausura gubernamental de la universidad (6 de agosto de 1931), que más bien generó una agudización del conflicto: los estudiantes secundarios de los colegios Vicente Rocafuerte y Rita Lecumberry se sumaron a la paralización, reclamando la injerencia dictatorial en las políticas educativas (7 y 11 de agosto).

Coincidencia o no, pocos días después, el Presidente Ayora presentaba, como veremos, su segunda renuncia, esta vez sí, irrevocable.

### *Agitación urbana*

“Mira Julio –decía el de más allá- con paños tibios nada se hace. La fuerza, la fuerza, Don Zacarías ...  
Pero la fuerza; y cómo la fuerza –objeta el Zacarías interpelado- y si nos mandan sacando de ...  
¿Cómo sacando –dice el de más allá; nos reunimos todos y ...  
No, no; hagamos esto –añade otro más utopista- no pagamos el arriendo; sino que todos depositamos en un Banco los valores, hasta que nos rebajen un cincuenta por ciento,  
¿En un Banco? .... ¿Cómo en un Banco; si la cosa es levantarnos como un solo hombre ... y ...  
Calma amigos –propone un viejecito cesudo que se hallaba por ahí – no estamos en tierra de bolcheviques: y las cosas hemos de hacer con orden y método.”

Diario El Día, 13 de julio de 1930, pg. 3

Las consecuencias de la depresión económica eran particularmente notorias en las zonas urbanas, especialmente por los perfiles de consumo altamente dependientes de los productos importados, el bajo nivel de los salarios y la depresión continuada del cacao, aún el primer producto de comercio externo. A esto se sumaba el efecto sensible ya de la depresión económica norteamericana. Por supuesto que las

consecuencias sociales del desbalance económico no eran homogéneas: la zona costera, más vinculada con la actividad exportadora, sentía más profundamente el shock, mientras la sierra experimentaba cierta estabilidad afincada en el refloreamiento agrario orientado a la costa, una incipiente actividad industrial textil (sierra centro – norte) o la persistente producción de sombreros de paja toquilla (sierra sur). Lo cierto es que el peso más directo de la crisis se sentía en las ciudades, primeras en sentir el descenso de los bienes importados (y su encarecimiento por tanto) y la reducción de circulante.

En este marco se entiende la presión sobre actividades tan cotidianas como los arriendos. En marzo de 1930, en Guayaquil, se estableció el primer comité general de inquilinos, con la perspectiva de presionar por la reducción de los alquileres de vivienda. Antes que el peso o resonancia de este movimiento, es muy útil para “saborear” la visión social en torno a la activación pública.

Entre los principios orientadores destaca su perfil pacífico, solidario, apolítico y discreto:

- a) La abstención de pago de alquileres de habitaciones hasta que se rebaje el cincuenta por ciento de los precios actuales.
  - b) Arreglos directos entre los inquilinos y los propietarios.
  - c) Resistencia pacífica,
  - d) Acción solidaria.
  - f) Actitud perseverante y expectativa antipolítico y contraria a manifestaciones públicas en cualquier orden.
- (El Día, 4 de julio de 1930, pg. 1)

Un grupo similar, la Liga Central Pro Inquilinato, se formó en Quito en julio de ese mismo año, y ampliaba las demandas, orientándolas hacia el mejoramiento de las condiciones de vida barrial: arrendamiento obligatorio, higienización de piezas, derecho a libre tránsito (derecho a llaves) por la noche, arrendamiento a familias numerosas, provisión municipal de parques, agua y policía municipal, creación de un barrio obrero, etc. (El Día, 14 de julio de 1930, pg. 3)

Afectados por una coyuntura común, también grupos de desempleados acudieron a intentos de asociación. El 7 de febrero de 1931, en la Casa del Obrero, en Quito, se creó la Liga de Desocupados, con la intención de conocer mejor la realidad del

problema, y plantear propuestas al Gobierno. Hasta la segunda sesión, en el mismo mes de febrero, habrían asistido más de doscientas personas (El Día, 13 de febrero de 1931, pg. 1). Para fin de mes, la idea mutaba; la Liga se transformó en una de Previsión Social, encargada de buscar alternativas de empleo para sus miembros. Entre las propuestas definidas, se incluía preferentemente la facilitación de acceso a empleos públicos, y curiosas propuestas de creación de crédito productivo a partir de aportes patrimoniales de “capitalistas cuyos bienes pasen de cincuenta mil sucres”. (El Día, 21 de febrero de 1931, pg. 1). No se pudo definir una secuencia clara de este proceso, pero ejemplifica la actitud de organización que empezaba a formarse socialmente.

### *Políticos profesionales*

“- Es una pena. Los partidos están deshechos. No entienden el idioma del pueblo, no responden a la historia de hoy. Mi partido anda más tuerto que yo, envuelto en la candidez de la retórica liberal y convencido de que todavía son los pequeños círculos los que pueden resolverlo todo. Es verdad que hay una pléyade de mozos inteligentes, una juventud brillante, pero el liberalismo oficial no se ha querido dar cuenta de eso... ¡Pura vaina, Carrión! ¡Qué falta de hombres con visión! (Palabras atribuidas a Alberto Guerrero Martínez, según la novela de Pareja Diezcanseco, 1959, pg. 88)

“repuso Ruiz (...) El momento es propicio. Nos acompañarán los soldados, los campesinos, los trabajadores ... Es el momento, repito, para que la dialéctica revolucionaria se cumpla en su desarrollo histórico y lógico (...) Ordóñez dijo a Ruiz que no se dejase llevar tanto por la teoría, que no había condiciones para una revolución así y que con palabras –¡qué caray!– no se podía hacer todo.” (Pareja Diezcanseco, 1959: pgs. 82-83)

“... Nada entonces, de partidos de izquierda, desacreditados y violentos ... Nada de odios. Lo que se necesita es una actitud firme, una obligatoriedad general y de sometimiento a las leyes superiores, una estructura vertical y piramidal a favor de la Patria y del trabajador también. Se pagarán mejores salarios, el humilde será atendido, la educación progresará ... Es la conciliación de las tendencias, la armonía, la proporción universal, el mandato profundo de la especie ... Todo lo demás no son sino chifladuras de extraviados, de perversos, postulados dogmáticos y estériles...” (Pareja Diezcanseco, 1959: pg. 58)

Los años veinte representaron una etapa compleja y hasta paradójica para el Partido Liberal. Ciertamente la revolución juliana representó un golpe directo a las estructuras de liderazgo tradicional del Partido, entonces muy cerradas en torno al círculo de poder placista, lo cual representó al fin una “purga” que logró por cierto preservar espacios clave de influencia ideológica, como el cuerpo docente público, sectores de prensa e importantes segmentos de la oficialidad militar. Pese a ello, las viejas

prácticas de la componenda y la relativización de las reglas democráticas, especialmente la del libre sufragio, continuaron abiertamente (Hurtado, 2006).

El Partido Conservador, por su parte, venía incorporando importantes modificaciones, incluso desde los albores de la época juliana, en 1925, mediante un proceso de renovación programática y filosófica, delineada en mucho por su nueva generación de líderes: Jacinto Jijón y Caamaño, Julio Tobar Donoso, Manuel Sotomayor y Luna, entre otros. Esta renovación sin embargo, si bien sintonizaba mejor con las nuevas ideas de progreso en medio de un ambiente claramente liberal, del cual aprovechaba incluso varias posibilidades legales, representaba también la reafirmación de ciertas “marcas” filosóficas profundamente arraigadas: la visión social de orden jerárquico vertical, casi aristocrático; la indeclinable llamada a integrar la acción estatal en los marcos éticos del catolicismo; la concepción paternal y armnicista del tema obrero, y por consiguiente el rechazo rotundo a la mera idea de la lucha de clases como motor de la historia (Varios, 2003).

La innovación política de la época radicaba en el socialismo. Nacido precisamente del radicalismo que ya en 1923 marcó profundamente otra Asamblea liberal, el primer movimiento socialista tomó forma recién en 1926, de la mano de jóvenes activistas que lograron conectar inmediatamente con estudiantes y profesionistas más que con obreros y trabajadores (Muñoz, 1988). En el caso de los estudiantes, por ejemplo, uno de sus ejes de identificación fue precisamente la brecha generacional; su contrincante, “los viejos profesores retardatarios, sectarios, dogmáticos que desde hacía muchos años habían estado enquistados en la Universidad” (Muñoz, 1988: pg. 49). En general, los principales contrincantes, por cierto, no podían ser otros sino los “conservadores y fanáticos clericales”.

En cuanto a la expresión concreta de este enfrentamiento identitario, ésta fue la disputa de los espacios públicos, como lo muestran episodios como los primeros enfrentamientos callejeros<sup>12</sup> o la “guerra de conferencias”<sup>13</sup> entre 1926 y 1927.

---

<sup>12</sup> Es particularmente interesante el relato de una manifestación estudiantil en marzo de 1926, descrita por Leonardo Muñoz (op. cit.: pg 21). Nótese varias cosas: el uso desafiante del principal espacio público en la capital (la Plaza de la Independencia); el mensaje de amedrentamiento “defensivo”, la referencia a la reacción popular, atribuida a una “masa clerical fanática”; y al final, la satisfacción de

Para 1927 se habían registrado ya algunas deserciones, y en 1931 un apreciable grupo formalizó su separación del Consejo Central del Partido, como muestra de rechazo a las implicaciones que la filiación del Partido a la II Internacional representaba (Rodas, op. cit.); así, los líderes vinculados a la Internacional constituyeron más bien el Partido Comunista, impulsado especialmente por Ricardo Paredes, mientras los disidentes formaron un nuevo Partido Socialista Ecuatoriano que, sin embargo habría de esperar hasta 1933 para constituirse formalmente (Muñoz, op. cit.).

### 2.2.3 El campo simbólico-político a la época

La mera enumeración de actores resulta insuficiente para captar su dinámica. En este sentido se propone un esquema que procura “ubicarlos” en un campo<sup>14</sup> definido por las diversas visiones de cambio social y una brevísima clasificación de sus coordenadas discursivas-simbólicas.

Partimos de asumir a las visiones “republicana” y “revolucionaria” como extremos de un continuo que refleja una actitud frente al cambio social. El cambio republicano reuniría en diferentes grados la fascinación fascista de aquella época, pero contextualizada como un soporte para el desgastado principio de autoridad, de orden social y valores cívicos vinculados con una acendrada noción de “Patria” como propiedad trascendente y casi sustancial del colectivo nacional, es decir, un principio republicano amparado en la fuerza, efectividad y raíz histórica que para entonces parecía irradiar el *fascio* italiano.

Enfoque completamente opuesto al cambio de corte revolucionario, atravesado ya por nociones marxistas de lucha de clases y por tanto vinculado a la ruptura rápida y/o

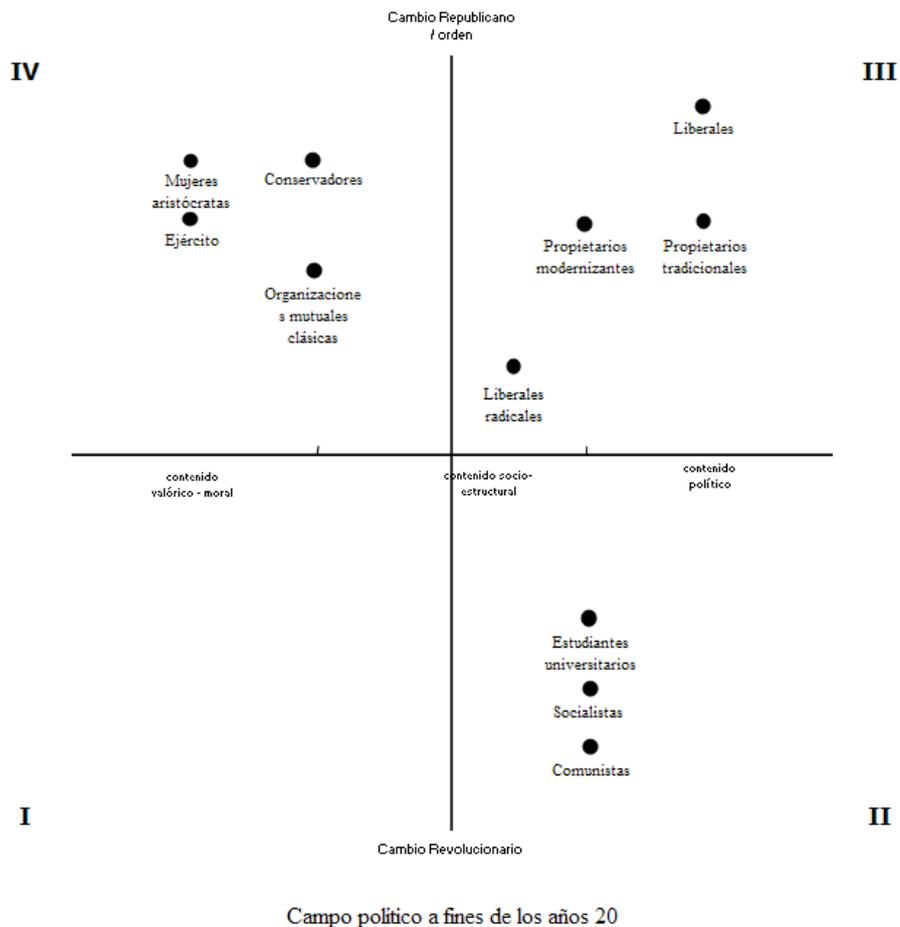
---

los marchantes de haber logrado una reacción de esa magnitud: “Este singular acontecimiento nos entusiasmó y nos llenó de bríos para continuar con más ímpetu nuestra lucha socialista”.

<sup>13</sup> Para esta época resultada frecuente el que diversos grupos interesados invitasen a oradores versados en múltiples temas para que sustentaran conferencias públicas; el mismo Partido Socialista había iniciado sus actividades mediante series de conferencias abiertas en los locales facilitados por el Cabildo capitalino. Otras en cambio fueron organizadas por sus opositores. Nótese la estrategia de “desafío” y “toma del espacio público” realizado por los militantes socialistas frente a una conferencia de corte “conservador”, relatada por el mismo Leonardo Muñoz (pg. 50)

<sup>14</sup> Se sigue aquí parcialmente la pista metodológica del análisis de campos de Pierre Bourdieu (Bourdieu, 2005)

violenta de las estructuras de poder; la revolución juliana había dado un impulso importante a esta perspectiva, al poner al “socialismo” al alcance histórico de la mano, y mostrar que una conjunción adecuada de fuerza e ideas podía propiciar un cambio social trascendente. En este caso, la noción del colectivo se refiere más a la conjunción de características estructurales como clase o raza, lo cual de alguna manera relativizaba conceptos más absolutos como Patria o progreso.



El eje horizontal demanda algo más de elaboración. Se procura aquí categorizar los diversos conceptos discursivos de la época en torno a combinaciones específicas de contenidos, intención y carácter: aquellos conceptos con sentido preponderantemente político (*partidos, sufragio, gobierno, ley, constitución, bolcheviquismo, etc.*), aquellos con sentido socio-estructural (*raza, clase, feudalismo, latifundio, burguesía, proletariado, etc.*), y aquellos que aluden a conceptos más trascendentes e incluso de tipo valórico o moral (*Patria, Nación, honradez, patriotismo, etc.*).

Por supuesto, esta síntesis apunta a precisar sólo las características discursivas preponderantes o principales. Además, ciertamente la base para esta categorización es relativa y mínima, así que desde ya anticipamos es simplemente una hipótesis basada especialmente en las referencias a los diversos discursos y posiciones políticas de los actores observados.

Puede apreciarse las fuerzas sociales como tendencias de desplazamiento a lo largo del campo político-simbólico. Así, cada actor reseñado muestra una posición particular que podría –como de hecho se verá posteriormente- modificarse en el tiempo.

En base a esta herramientas se ha podido definir el escenario y las condiciones que enmarcan la caída del gobierno ayorista, y nos proveen de herramientas para poder explicar mejor su dinámica puntual.

## Capítulo 3. De la caída de Ayora a la descalificación de Bonifaz

### 3.1 La caída del gobierno ayorista

“Desde ayer está al frente de la Nación el doctor Ayora, en calidad de Presidente Provisional: pocos nombres como el suyo habrían sido tan bien recibidos por la opinión, que deseosa de renovaciones, quiere que los hombres nuevos unan su probado patriotismo, reconocida iniciativa y carácter, con la desvinculación absoluta de todo nexo que coarte su libertad de acción.” (El Telégrafo, 3 de abril de 1926, Guayaquil, pg. 1)

“(…) el golpe de Estado juliano de los tiempos contemporáneos, que pudo y debió ser, un gran movimiento político nacional, engendrador de una nueva época en la historia, fue aprovechado mercantilmente por una dictadura de opereta, auspiciada por hominiccacos de la tribu burocrática, en la plenitud del derroche del tesoro fiscal, gastado en cloroformizar la emoción cívica, por la mano experta de un médico, un profesor de cívica y un arlequín oficinista, simulador de talento político.” (Crónicas de Petronio, Diario El Día, 13 de agosto de 1932, pg. 3)

Isidro Ayora (1879-1978) asumió la Presidencia provisional de la República un 2 de abril de 1926. Su ascenso al poder representó una solución extraordinaria a las tensiones entre las corrientes reformistas radicales y los grupos de poder vinculados a la actividad comercial y financiera porteña. Solución extraordinaria, por su carácter único y casi irreplicable: una mixtura tecnócrata-autoritaria surgida de la fusión de políticos pragmáticos imbuidos de una visión nacional unitaria, basada en el Estado, y unas Fuerzas Armadas vistas a sí mismas como custodio activo del proyecto nacional.

Mixtura que por cierto caracterizó a toda la etapa juliana, pero que entre 1925 y 1926 se expresó en una compleja experimentación de gobiernos plurales, en los que apenas descollaban figuras clave (como el Ministro de Hacienda Dillon), pero que en conjunto no pudieron responder a las intensas expectativas autogeneradas.

La concentración de poderes fue fundamental para el desenvolvimiento de proyectos modernizantes de institucionalización económica, encarnados en el Banco Central del Ecuador, y el voluminoso cuerpo legislativo anexo, diseñados por E. W. Kemmerer y su equipo (ver Drake, 1984). Su faz modernizante, sin embargo, no fue la única. Gracias a los plenos poderes, la política ayorista fue de mano dura: la cárcel, clausura, la multa pecuniaria y la deportación fueron recursos nada indiferentes para el régimen (Reyes, s/f), y aunque el resultado legislativo fuera apreciable, la imagen pública del gobernante nunca dejó de ser dividida. 1927 fue un año de tregua; la

incondicionalidad requerida (y obtenida) por la Misión Kemmerer aseguró perspectivas alentadoras para el Gobierno.

Pero desde 1928, las cosas cambiaron en diferentes aspectos. Especialmente en tres: la situación económica en deterioro, las tensiones institucionales crecientes y el profundo y evidente desencanto público frente al reformismo juliano.

Primero, la *situación económica* mostró sus limitaciones fundamentales. Recuérdese que el núcleo de las reformas económicas fue la creación del Banco Central del Ecuador, la implantación de un sistema monetario de convertibilidad limitada (patrón oro – cambio) y una pesada reforma institucional para aumentar la capacidad de gestión económica pública (superintendencias, contraloría general del Estado, leyes orgánicas de aduanas, hacienda, etc.). Las implicaciones de estos cambios empezaron a notarse fuertemente. Por un lado, si bien la devaluación inicial multiplicó los recursos fiscales -con los que el Gobierno sostuvo un buen volumen de obra pública destinada al saneamiento y la infraestructura-, también representó un shock de encarecimiento de los bienes importados (parte clave del consumo popular), además de la multiplicación de impuestos y tasas sobre los productos con monopolio estatal (sal, tabaco, y el odioso impuesto a las ventas); por cierto, la devaluación implicó también un deterioro relativo de la capacidad adquisitiva de las remuneraciones fijas.

Por otro lado, una de las mayores expectativas, la multiplicación del crédito productivo, no se cumplía: la prioridad del sistema monetario era mantener el tipo de cambio, así que el manejo de las reservas monetarias y de las tasas de interés dependía más de ese objetivo: el alto requerimiento de reservas (debían ser no menores al 50% de la emisión monetaria), en un contexto de alto nivel de importaciones, menguantes o débiles exportaciones y creciente endeudamiento público, demandaba como contraparte tasas de interés más bien elevadas. Esta situación puso a prueba la independencia técnica del flamante Banco Central, pero además lo colocó en el centro de la vorágine de demandas sociales y políticas de la época.

Para paliar parcialmente esta situación, el gobierno se embarcó en una peligrosa apuesta: la “concesión” del estanco nacional de fósforos. El estanco no era más que el derecho monopólico o privativo para realizar una actividad, lo que implicaba por otro lado la fijación de una tarifa o precio unilateral por parte del “detentador” de tal derecho; aunque el de fósforos no fuera el único (de hecho el más importante era el de alcoholes, permanentemente en manos del Estado) fue el eje de una célebre polémica de la época. En 1927, todavía durante el régimen dictatorial, se concretó una negociación con la Compañía Sueca de Fósforos (Svenska Tandsticks Aktiebolaget), según la cual, a cambio de acceder al monopolio nacional de fabricación y venta de tal producto, durante un lapso no menor a 25 años, la Compañía entregó al Gobierno la suma de dos millones de dólares, con los cuales se capitalizó al Banco Hipotecario, que otorgaría a su vez crédito fresco, especialmente a la producción agrícola. Los costos “sociales” sin embargo no se hicieron esperar:

Se clausuraron las fábricas nacionales –que dejaron en la calle, sin trabajo, unos cuantos centenares de obreros- se introdujeron y pagaron al doble los fósforos ‘suecos’, y el gobierno recibió los dos millones de dólares, que, al cambio de esos días, equivalían a *diez millones de sucres*. De éstos, los dos millones se evaporaron en seguida ‘en gastos de la instalación del estanco’, y el resto pasó a formar el capital del nuevo banco agrícola, o Banco Hipotecario, que se inauguró, con la debida solemnidad, el 4 de marzo de 1928. (Reyes, s/f: pg. 92)

Esos “gastos de instalación” no eran otra cosa que la expropiación de la fábrica nacional que al momento producía los fósforos, además de la compra o retiro de la producción existente<sup>15</sup>. Pese a todo, la dificultad de instalación del banco, así como las presiones políticas generadas a su alrededor, minimizaron por completo su efecto. Eso sí, el caso de los fósforos suecos se grabaría a fuego en la memoria colectiva, que cobró una altísima cuenta al gobierno en los meses siguientes.

Lejos de mejorar, la situación empeoró en 1931, cuando Colombia desahució un tratado comercial que había impulsado fuertemente la producción, especialmente agrícola, del norte del país (Córdova, 1938: pg. 379). La pérdida del mercado colombiano, sumada a las restricciones en el circulante, el nivel de las tasas de interés, las reducciones de precios de las materias primas internacionales (que respondían ya a

---

<sup>15</sup> Según algunos autores, mucho de ese dinero sin embargo terminó migrando fuera del país o presionando a la compra de divisas. Ver Oleas, 2004: pg. 443

los coletazos de la crisis internacional) desataron un nunca antes visto proceso deflacionario.

En segundo lugar, la *situación institucional* tampoco mejoraba. Y los primeros indicios vinieron, paradójicamente, desde dentro. Habiéndose creado instituciones de control y fiscalización claves (Superintendencia de Bancos, Contraloría y Dirección de Aduanas), mucho bregó el propio gobierno ayorista para que fueran dirigidas por expertos técnicos extranjeros, recomendados por el propio E. W. Kemmerer; poco tiempo después cada uno de ellos iría siendo desplazado por presiones diversas. Uno de los casos es particularmente relevante para este estudio. Al poco tiempo de fundado el Banco Central (1927), se inició una batalla a muerte entre el asesor extranjero del Banco, Earl Schwulst, y el flamante Presidente de la Junta Directiva del mismo, Neptalí Bonifaz; aunque la causa formal fuera una disputa por la compra del edificio sede del Banco en Quito, flotaban también temas de fondo, como la resistencia generada por el asesor a los intentos de flexibilización de las operaciones crediticias por parte del Presidente de la Junta. En noviembre de 1927...

Bonifaz solicitó formalmente que el gobierno cancelara el contrato con Schwulst, y además retuvo el salario del asesor y le impidió el acceso a su propia oficina. El norteamericano protestó directamente al presidente Ayora e inició una demanda legal contra Bonifaz y la junta en los tribunales ecuatorianos. Bonifaz, decidido a liberarse de Schwulst, lo acusó ante la prensa, amenazando con renunciar y derrocar al gobierno de Ayora si el presidente no anulaba el contrato con el norteamericano. La prensa se agrupó en defensa de Bonifaz contra la 'conspiración imperialista' para controlar el Banco Central. (Alexander Rodríguez, 1992: pg. 184)

Tras un fallo judicial favorable, el Superintendente de Bancos, el también norteamericano Harry Tompkins, ordenó el pago de haberes a Schwulst, sugiriendo además la renuncia del Presidente de la Junta, lo que desató indignación generalizada. Para el Superintendente Tompkins este episodio no fue más que el inicio del fin. Tras una gestión plagada de impopularidad y conflictos con el Ministerio de Hacienda, el Congreso y la misma Presidencia, debido a sus agrias críticas a la clase política ecuatoriana, dejó el cargo en agosto de 1929, para iniciar un proceso judicial que acabó recién en 1936. Murió en Guayaquil un año más tarde (Alexander Rodríguez, op. cit.).

Las fricciones institucionales se caldearon más en el campo político. Un momento clave en este sentido fue precisamente la convocatoria y proceso electoral de la Asamblea Constituyente de 1929, en donde diversos sectores reclamaron la reedición de viejas prácticas de fraude electoral y manipulación de los resultados electorales, mediante las más diversas mañas: registro masivo o múltiple de empleados públicos y soldados en los padrones electorales (como en el caso de soldados rasos, registrados en varios recintos electorales), o franca manipulación de los sufragios. Con todo, en 1929, convocada una Asamblea Constituyente, Ayora fue designado por ella como Presidente Constitucional. A partir de entonces se multiplicó la actividad electoral, con la elección de miembros de Consejos Provinciales (establecidos en la nueva constitución), en octubre del 29; diputados y senadores, a fines de aquel año.

Para 1930, el flamante Congreso Bicameral reunió a la flor y nata de la política nacional: Alfredo Baquerizo Moreno, Remigio Crespo Toral, el Gral. Ángel Isaac Chiriboga, Agustín Cueva, Luis Maldonado Estrada, Jacinto Jijón y Caamaño, Pedro L. Núñez, Modesto Larrea Jijón, Alberto Acosta Soberón, Aurelio Mosquera Narváez, entre otros. Pese a la brillantez, sin embargo, hubo de protagonizar varias escenas de confrontación. La primera, más larga y profunda fue el tratamiento del presupuesto del estado, al empezar su ejercicio legislativo de 1930; según el esquema constitucional, tal presupuesto debía ser discutido y aprobado por partidas, lo que llevó a una discusión sin fin

los Legisladores, en enorme mayoría, entorpecieron la marcha de la discusión, con peticiones de egresos, creando oficinas, empleados y sueldos (...) y simultáneamente, los mismos que pedían aumento de egresos, demandaban disminuciones de ingresos (..) La Proforma del Ejecutivo fue materialmente despedazada por las indicaciones; casi nada de ella quedó en pie (Córdova, 1938: pg. 373)

El Ejecutivo tampoco participaba sin culpa al parecer. Algunos miembros de la Comisión de Presupuesto del Congreso denunciaron graves errores en los cálculos de la proforma original (Córdova, op. cit.). Como fuera, el presupuesto aprobado por el Congreso al finalizar su periodo ordinario en 1930, fue juzgado por el Ejecutivo como absurdo, e impulsó de inmediato una suspensión de partidas propuestas por los congresistas, especialmente en rubros de obras públicas locales (Córdova, op. cit.), lo cual por cierto tensó al límite las relaciones con la legislatura que reinició en 1932, y

que tomaría cumplida revancha realizando una acre fiscalización al contrato del estanco de fósforos.

La pugna más conocida sería en cambio la sonada interpelación del Ministro del Interior, Julio E. Moreno, en septiembre de 1930, a causa de los trucos de manipulación electoral del Ejecutivo en las elecciones de 1929. Sintiendo la debilidad, el régimen acudió al temor que suscitaba el vacío: el 29 de septiembre, el Presidente Ayora presentó su renuncia “irrevocable”, misma que fue negada tanto por las fuerzas políticas cuanto por las militares. La renuncia fue reconsiderada; pero la debilidad del régimen quedó patente.

En tercer lugar, el *desencanto público* potenció todo lo anterior. Desde 1929, tras la reedición de las “mañas” electorales desde el gobierno, y más aún tras observar la inepticia y el creciente entredicho entre los poderes del Estrado, el espíritu revolucionario de julio fue diluyéndose. Para 1931, el “espíritu juliano” empezó a ser visto como un esfuerzo estéril: “*tantas Iliadas sin sangre y tanta Odisea sin grandeza*” (El Día, 1 de enero de 1931, pg. 5).

Los dedos acusadores contra el gobierno se multiplicaban según se acentuaban la crisis económica, bajo la forma de una nunca vista deflación, y las diferencias con el Congreso, especialmente a partir de su pugna alrededor del presupuesto del Estado para el año 1931:

Pero aconteció que las realidades de la crisis económica, único punto en el que nadie mentía, excepto el Gobierno que lo había negado, impusieron una confesión ingenua: la Proforma era falsamente calculada. Había que bajar las cifras considerablemente, y le tocaba al Congreso lastimar a los pueblos con las disminuciones de rentas. Los pueblos no analizan razones y prefieren una piadosa mentira a una realidad desagradable. El Ejecutivo había mentado piadosamente y le estaban muy agradecidos (...) (Diario El Día, 1 de enero de 1931, pg. 5)

La debilidad terminal del Gobierno era el tono más frecuente en la prensa, que incluso llegó a “comprender” las actitudes levantiscas de estudiantes universitarios y secundarios, como resultado del agotamiento de la autoridad gubernamental. De hecho, el principio de autoridad parecía revalidarse sólo cuando se hacía necesario

frente a la creciente presencia del comunismo “bolchevista”, como a fines de enero del 31, cuando fue convocado el Primer Congreso de Campesinos del Ecuador:

Sea cual fuere el desenlace final a que llegue la actual situación indígena, ya se imponga la autoridad haciendo efectiva la prohibición de que se reúna el llamado Primer Congreso Campesino del Ecuador, ya se lleve éste a cabo por sobre todas las dificultades; más aún, sean sus consecuencias inofensivas o salga de él un plan de campaña efectiva de los labriegos contra los propietarios de haciendas, es incuestionable que existe un problema muy serio que requiere [d]e una acción permanente de las fuerzas sociales cultas y del Gobierno nacional. (...) Si éste logra evitar que se efectúe la reunión de Cayambe, o quede por lo menos libre del inmediato influjo directivo de los principales jefes comunistas, habrá alcanzado un triunfo momentáneo, acaso tan infecundo como la misma violencia que lo hubiese conquistado; pero las cosas, en su esencia y en su situación, quedarán en pie como estaban antes. Ni las prisiones han de durar toda la vida, ni las semillas que la propaganda comunista ha sembrado en la excitada mentalidad de los indios han de dejar de germinar (...) (Diario El Día, editorial “Los remedios Sociales”, 3 de febrero de 1931, pg. 3)

En conclusión, la pérdida de piso y sustancia política, a la par de la evaporación de las condiciones económicas mínimas de sostén, hipotecaron la persistencia del régimen. De allí a su caída sólo mediaba tiempo.

#### *Plazas tomadas: acción colectiva durante la caída de Isidro Ayora*

Ya entrado 1931, los resentimientos personales y políticos restaron las últimas bases de apoyo legislativo al régimen en la Cámara de Diputados, mientras la oposición en el Senado se fortalecía. Pero fue la fractura en el Ejército lo que definió la situación.

Lo probable es que en el Ejército había disgusto con el Gobierno (...) Esta sospecha tomó visos de certeza cuando el mencionado jefe militar [Crnel. Luis Larrea Alba] publicó un artículo en que analizaba el grave problema de si el Ejército puede o no intervenir en la política, concluyendo que eso debía depender de las circunstancias, de la idoneidad de los gobiernos y del contento o disgusto del pueblo. Era la confesión bastante explícita de lo que se pensaba en las filas militares (...) (Diario el Día, 1 de enero de 1932, pg. 1)

Para inicios de agosto todo parecía cuestión de tiempo:

(...) en el curso de una sesión secreta (en el Congreso) se estableció que un grupo de oficiales del ejército estaban a favor de un cambio político. En efecto, el apoyo militar al Dr. Ayora estaba dividido (...) (Legación diplomática inglesa, “Annual report”, 1931, pg. 10)

El detonante aparente de la crisis fue la tozudez del Batallón de Zapadores Chimborazo. Días atrás, el Congreso Nacional habíase embarcado en una polémica continua sobre el apoyo militar al gobierno ayorista, al punto de llevar a su Ministro de Defensa, Crnel. Carlos Guerrero, a solicitar un manifiesto público de respaldo al Presidente Ayora, por parte de cada unidad militar. Cuando la de Zapadores Chimborazo cuestionó el procedimiento, su mando fue relevado de inmediato, desatando la resistencia de la tropa y su manifestación de apoyo al Congreso.

El 23 de agosto de 1931, además del desacato, la unidad rebelde arrestó tanto a su comandante designado, cuanto al preclaro oficial juliano, Gral. Luis Telmo Paz y Miño. Los sucesos no se quedaron dentro de las paredes militares.

Desde las nueve de la noche ya la intranquilidad se apoderó de la población. La gente pacífica que se hallaba en los teatros comenzó a salir ante ciertos rumores que circulaban. Y el pueblo se fue amotinando en las esquinas, para darse cuenta cabal de lo que ocurría (...) Mientras tanto, un buen grupo de individuos se aglomeró en la calle del correo, y luego formó una multitud de unas trescientas personas que, alentadas por discursos y gritos de 'abajo el Gobierno' fueron a dar a eso de las once de la noche en el Sanatorio, ante la unidad rebelde. (El Comercio, 24 de agosto de 1931, pg. 8)

Aunque no lo aclaran las fuentes, parecería que un segundo grupo, más numeroso, confluía también hacia el Sanatorio:

A las doce menos cuarto de la noche, se presentó por la calle Ante, que conduce al Batallón de Ingenieros 'Chimborazo' una enorme cantidad de gente, que se podía calcular en unas tres mil personas, gritando, 'Abajo el estanco de fósforos', 'Abajo el Gobierno!', y pidiendo armas (...) (El Día, 24 de agosto de 1931, pg. 1)

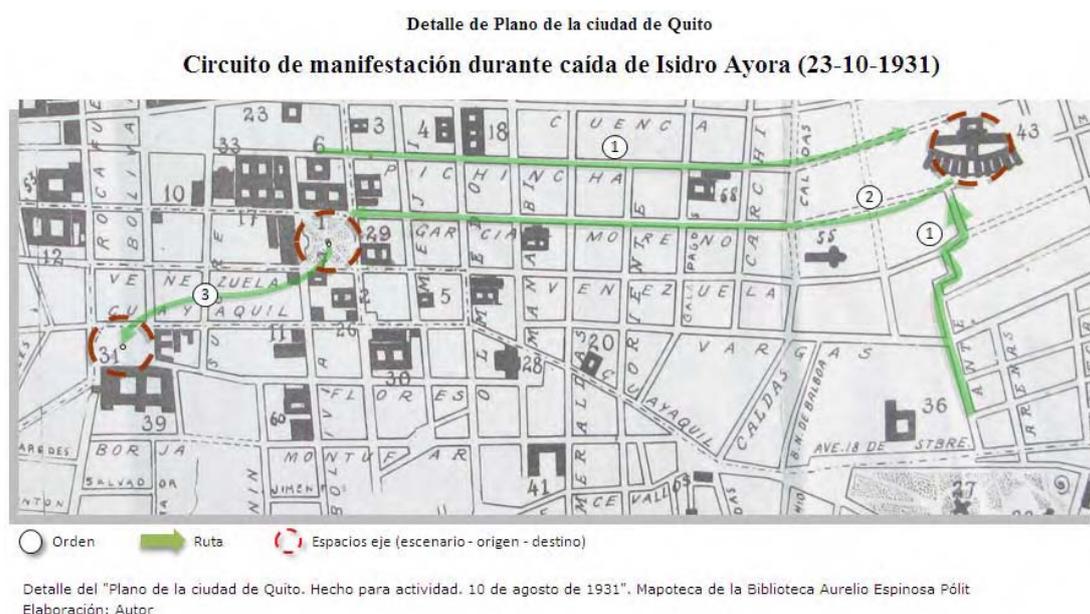
Para entonces los alrededores del Sanatorio – Arsenal que habitaba el Batallón Chimborazo convocaban una gran cantidad de gente:

En tales circunstancias, un militar de alta graduación se acercó a la frenética multitud y les dirigió la palabra manifestando que no convenía que el pueblo invadiese el cuartel, porque dificultaría la acción militar. El pueblo resolvió entonces reconcentrarse en el Estadio del Colegio Mejía, en donde podrían esperar el desarrollo de los acontecimientos. Ese estadio, como se sabe, queda casi dentro del circuito militar del cuartel del Batallón de Ingenieros, de modo que en tal sector estaba concentrada una respetabilísima fuerza entre civiles y militares. (Diario El Día, 24 de agosto de 1931, pgs. 4-5)

Después, la multitud reunida alrededor del cuartel – sanatorio se dividió; una parte se quedó en las canchas del Colegio Mejía, mientras otra se dirigió hacia la Plaza Grande. Según los relatos de prensa, aquí se volvió notoria y decisiva la intervención de militares retirados como impulsores y cabecillas de la multitud:

se regresó en dirección de la Plaza de la Independencia, dando gritos subversivos y abajo el Gobierno, abajo el doctor Ayora, abajo el Estanco de los fósforos. A la cabeza de estos movimientos iban el Coronel Pesantes, el Comandante Franco, el Comandante Serrano, el teniente Sierra Paredes (...) El motín avanzó hasta cerca de la Plaza de Santo Domingo en donde se agregaron los militares retirados (...) Entonces, un piquete de caballería en actitud de hacer fuego, se vio obligado a hacer retirar al Pueblo. (El Comercio, 24 de agosto de 1931, pg. 8)

En términos gráficos, sobre el plano se señala las trayectorias posibles de las manifestaciones esa noche.



La presencia de gente en las calles hizo patente que cualquier represión militar podría generar víctimas civiles. Ello, y la constatación del resquebrajamiento militar, orillaron al Presidente Ayora a su segunda y definitiva renuncia irrevocable.

### **3.2 Hacia el caos. Del interregno larreísta al ascenso bonifacista**

El fracaso ayorista fue un punto de llegada y partida a la vez. Llegada, en tanto canalizó la presión social generada por la crisis económica y sus repercusiones. Partida, en tanto implicó la redefinición tanto de las opciones políticas inmediatas, cuanto de las identificaciones y tomas de posición de los actores sociales frente a ellas. Desde esta perspectiva, esta corta e intensa etapa puede dividirse en tres grandes momentos: por un lado, el ajuste de cuentas con el gobierno y el modelo político fallidos; por otro, la vertiginosa definición de alternativas y posturas políticas, y por último, el inicio de la violenta polarización política y social que atestiguaría Quito –y el país- en estos meses. A continuación se sintetizará cada uno de estos momentos, incluyendo dentro de ellos los fenómenos de acción colectiva multitudinaria que los ejemplifican.

#### *Saldando cuentas: contra el estanco de los fósforos y sus “viles defensores”*

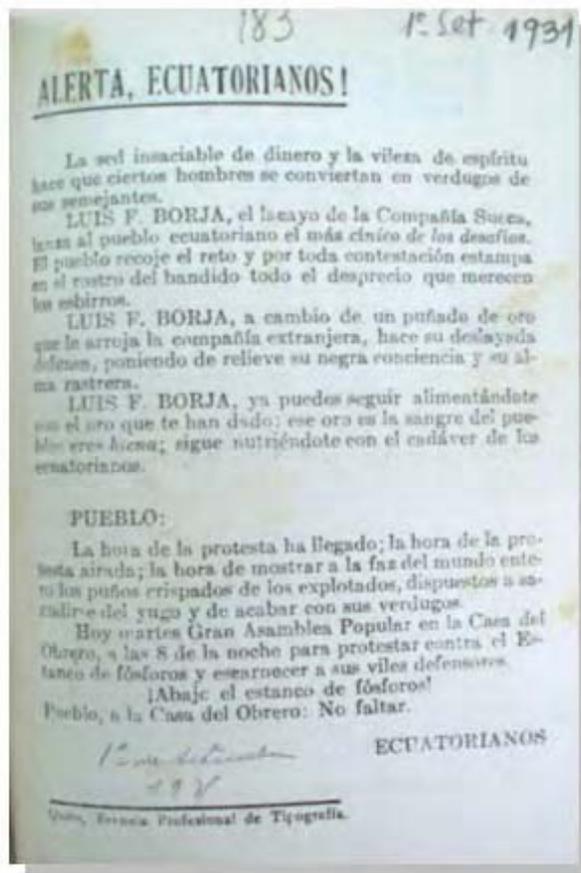
Como se vio, el estanco de los fósforos fue, además de un escándalo, un símbolo del desencanto, del rechazo al influjo extranjero, de la desconfianza en el gobierno ayorista y de la creciente crisis económica y sus efectos cotidianos. En este sentido, una de las primeras reacciones tras la asunción al poder del Coronel Larrea Alba fue poner en consideración del Congreso la continuidad de este contrato.

En ese contexto, Diario El Comercio publicó el 31 de agosto de 1931, un extenso estudio jurídico sobre la legalidad del contrato con la Compañía sueca de fósforos, realizado por el eminente jurisconsulto Luis Felipe Borja. En éste, se razonaba acerca de la legalidad del contrato, sus posibilidades de modificación, el volumen de remesas o utilidades llevadas al exterior, su situación comparada con otros “estancos” y sus efectos sobre la oferta previa de fósforos. La conclusión general era que:

Todo esto manifiesta que la Compañía Sueca es poderosa, merece la confianza de naciones cultas y ricas y por lo mismo no puede ni presumirse que haya empleado medios ilícitos o indecorosos para obtener la concesión que la acordó el gobierno del Ecuador con un contrato de muy secundaria importancia (...) El contrato celebrado (...) es perfectamente legal y conforme a la Constitución según el dictamen de los

jurisconsultos más respetables de la República (...) Declarar inconstitucional un contrato, contra lo dispuesto en la Ley Fundamental del Estado, burlar la palabra empeñada (...) aceptar la presión de pasiones exaltadas, sentar precedentes ruinosos (...) no es propio de la representación nacional ni digno de un pueblo a quien se le debe aleccionar con la cordura, con la sumisión a la ley, con el respeto irrestricto a los convenios (Luis F. Borja, “Estudio acerca del contrato celebrado el 30 de noviembre de 1926 entre el Gobierno del Ecuador y la Compañía Sueca de Fósforos”, Diario El Comercio, 31 de agosto de 1931, pgs. 5-6)

Como es de suponer, esta opinión generó agrias reacciones, especialmente entre aquellos que mejor apreciaron el peso de las multitudes movilizadas. El 1ro. de septiembre circuló en la ciudad una pequeña hoja volante convocando a una Asamblea Popular para rechazar “el estanco de los fósforos y escarnecer a sus viles defensores”.



Hoja Suelta. Convocatoria a Protesta contra Luis F. Borja, Quito, 1 de septiembre de 1931

La convocatoria fue exitosa. A las 20:30 de ese martes 1 de septiembre, la Casa del Obrero y la Plaza del Teatro contaban con alrededor de 10.000 personas; tras una breve sesión de discursos en la mencionada Casa, por parte de Joaquín Figueroa, Ricardo Paredes y Alfonso González, la multitud se concentró en la Plaza del Teatro,

y desde ahí recorrió, ordenadamente, las calles Guayaquil y Chile, hasta llegar a la Plaza de la Independencia, donde el Senador Luis Maldonado y el Comandante Martínez Acosta, “a nombre del Carchi”<sup>16</sup>, dirigieron sendos discursos a la gente; de allí, la manifestación continuó hasta el Arco de la Reina, trayecto en el que se sumaron estudiantes universitarios, y a la Plaza Sucre (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

De allí el grupo puso rumbo a los locales del Diario El Comercio:

Llegados a la plaza Sucre, los manifestantes se exaltaron, y, aún cuando anteriormente desfilaban en son pacífico, creciendo las voces de protesta, se dirigieron a manifestarla ante el edificio de ‘El Comercio’. Como la demostración fuera en extremo hostil, la policía montada que constantemente vigilaba la actitud del pueblo, trató de impedir mayores violencias. Ante la resistencia, el pueblo se enardeció, y con una celeridad pasmosa, arrancó las piedras del pretil de la Concepción y atacó vigorosamente con ellas al edificio y a la policía, causando roturas de varias vidrieras en el edificio de ‘El Comercio’, e hirieron a varios policías, a los cuales llegó a dominarles en cierto momento. (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 7)

Tras la refriega, la multitud se dirigió hacia las calles Cuenca y Mejía, donde se decidió un nuevo objetivo:

En tal situación, alguien entre la muchedumbre gritó ‘Vámos a la casa del Dr. Borja!’ Oído lo cual, todos respondieron ‘Vamos!’ y, como un aluvión descendieron hasta la Plaza del Teatro, donde después de una breve parada, continuaron precipitadamente en carrera tendida hacia el Norte, hacia la Alameda, detrás de la cual se halla la residencia del referido doctor. La Policía empezó a seguirles con sus jinetes (Diario El Día, 3 de septiembre de 1931, pg. 1)

Pero al llegar a la Plaza de San Blas se hallaron con las tropas del regimiento de caballería Yaguachi que cerraban el paso; varias personas, armadas con piedras, lograron romper los portales de la Alameda (para entonces un parque cerrado) y penetrar en ella, procurando atravesarla para llegar a su extremo norte y de allí a la residencia de Borja; mientras, la retaguardia de la manifestación se enfrentó de nuevo con las fuerzas del orden. A medida que el Yaguachi logró detener y sacar a la gente de la Alameda, parecía que las cosas se calmaban, hasta que un accidente con varios

---

<sup>16</sup> Aparentemente un involuntario juego de palabras del cronista, pues si bien el texto sugiere que tal personaje hablaba a nombre de los habitantes del Carchi, también existía dentro del Ejército un Regimiento Carchi. En todo caso, la presencia de este orador denota también la presencia de militares o exmilitares dentro de las manifestaciones.



Varias dimensiones hacen de este hecho particularmente interesante. Primero, la importancia de la capacidad de intermediación de los actores políticos que, de a poco, comprobaban el poder y el peso de las multitudes. Mientras en las manifestaciones contra Ayora ese papel fue desempeñado especialmente por militares retirados, en esa ocasión es mucho más clara la participación de políticos y activistas civiles (Joaquín Figueroa, Director de la Casa del Obrero; Ricardo Paredes, líder del Comunismo, Alfonso González, miembro del Comité Pro-Deshaucio del Estanco de Fósforos; Luis Maldonado, senador socialista).

Segundo, el enfrentamiento discursivo crecientemente polarizado, especialmente contra la presencia comunista. Al día siguiente de los sucesos, Diario El Comercio dirigió su dedo acusador contra

ese grupo de descalificados que viven sembrando ideas disociadoras en el pueblo (...) Nuestras acusaciones van contra los azuzadores (...) unos pocos individuos comunistas que, al grito lanzado en la Plaza Sucre por el Senador Luis Maldonado, de ¡abajo la prensa burguesa, abajo el capitalismo, abajo 'El Comercio'! se lanzaron contra esta casa en la que los obreros del pensamiento y del músculo, no hacemos otra cosa que trabajar con fé y entusiasmo en defensa de los verdaderos derechos del pueblo. (Diario El Comercio, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

No dudó el redactor en recordar otros episodios en lo que esos “azuzadores” causaron estragos, incluido el fracasado intento del Congreso de Campesinos de Cayambe, y sobre todo el aciago noviembre del 22:

Señores, es la sociedad la amenazada. Los azuzadores quisieron que se repita anoche en Quito el feroz 15 de noviembre en Guayaquil. Los comunistas trataron en esa fecha negra de saquear las propiedades indefensas, de ultrajar a las damas y hubo mucha desolación, lágrimas y sangre. (idem.)

Frente a ello, el diario dejaba traslucir su interpretación del fondo de los sucesos, al afirmar que había sido víctima en tanto “representantes de la Prensa que defiende el legítimo derecho de propiedad.” (idem.)

Por el contrario, la perspectiva del diario liberal radical El Día, dejaba traslucir algunas esperables diferencias, y llamativas coincidencias: reconocido por los propios líderes de la manifestación como “defensa de los derechos del pueblo”, este medio se concentró básicamente en la crónica del comportamiento de las multitudes; excepto

cuando, tras comentar el ataque al diario colega, afirmaba: “Las exaltaciones del pueblo se justifican: pero nunca los salvajes impulsos destructores.” (Diario El Día, 2 de septiembre de 1931, pg. 7). Impulsos que también atribuyó al comunismo:

La verdad es que en la aciaga noche del martes, voces criminales e imbecilizadas gritaron destrucción: ‘aquel edificio, aquella morada!!!’ Y los ecos repercutieron en una multitud enfurecida, a la que los agitadores habían puesto ya en la fatal pendiente (Diario El Día, editorial “Los responsables de la tragedia”, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

Y esa manifestación cívica que ya había culminado en la proporción y la majestad de su grandeza (...) vino a tener un epílogo sangriento por obra de la mala fe con que ha procedido el núcleo ‘comunista’, que obra en el Ecuador de acuerdo con los Estatutos de la Internacional de Moscou. Decimos de mala fe, y nos explicamos, porque si bien por tolerancia y bajo el aspecto científico reconocemos la beligerancia del ‘comunismo’, positivamente negamos que el ‘comunismo’ tenga base real en el ambiente ecuatoriano. (Diario El Día, editorial “Del sentimiento de la nacionalidad”, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

Un tercer elemento lo constituye el concepto de “pueblo” dentro de los marcos discursivos de este episodio: sujeto colectivo, víctima de maltrato, extorsión y afrenta por parte de “los falsos patriotas como el doctor Borja que se ha vendido al oro extranjero” (discursos en la Casa del Obrero); en los medios, sujeto también a engaños o errores: “La psicología de las multitudes es muy compleja para que nosotros nos detengamos a acusar al pueblo, ni a analizar en estos momentos su conducta.” (Diario El Comercio, 2 de septiembre de 1931, pg. 1)

En las turbamultas desordenadas es fácil transformar el grito en acción destructora; ya no hay reflexión, sino violencia; no quedan de los móviles humanos sino los instintos ciegos y feroces, que no consideran el riesgo ni miden consecuencias. Ya no es un pueblo entusiasta y valiente que razona, que amenaza, que juzga y que se impone; es la turba lanzada al torbellino brutal, a la vorágine vengativa y destructora. (Diario El Día, editorial “Los responsables de la tragedia”, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

En cualquier caso, lo indescifrable de la conducta de las multitudes oculta dudas implícitas: ¿son las multitudes el pueblo?, ¿es éste por tanto impredecible y amenazador?, ¿es tan fácilmente manipulable como difícilmente controlable?, ¿es acaso homogéneo o uniforme? (después de todo también hubo “pueblo” disparando contra “pueblo”). El enfrentamiento político estaría por responder.

*Tomas de posición: Partidos y candidaturas.*

Precisamente el mismo día en que las calles de Quito se vestían de gritos, piedras y balas, el encargado del poder convocaba a las esperadas elecciones presidenciales para octubre de ese mismo año.

La convocatoria cayó en un campo espinoso y poblado por antiguos y nuevos actores: por un lado, el liberalismo “clásico” que a pesar del golpe juliano y su reformismo, mantenía amplias cuotas dentro del círculo de poder y se enrocaba continuamente en el siempre efectivo parapeto del laicismo; por otro lado, el vértigo socialista, dividido profundamente a estas alturas, pero que había llegado al parecer a un doble punto de inflexión: el acceso a una base social crítica, como la de los estudiantes secundarios y universitarios, docentes y profesionistas; y desde lo ideológico, la construcción de un corpus doctrinal distintivo (los conceptos marxistas elementales alrededor de la clase obrera, sumados a las experiencias de las revoluciones mexicana y rusa) que le diferenciaba de visiones alternas, aunque tuviera menos asideros empíricos inmediatos. En tercer lugar, el subsumido conservadorismo, permanentemente alejado del poder ejecutivo, pero presente siempre en la función legislativa, y sobre todo, fuertemente conectado con la estructura eclesiástica y las organizaciones populares mutuales y obreras.

Creemos sin embargo que esta partición, si bien correcta, es insuficiente. Primero, porque la estructura institucional de los partidos, a la época, distaba mucho de aquella requerida por un partido de masas, y mantenía aún un formato de cuadro o élites, en el que la “médula” del partido se enmarcaba siempre en cuadros de “líderes históricos” más o menos cerrados (la situación era algo distinta a nivel de los novísimos partidos socialista y comunista, pero más por la aún reducida cantidad de miembros que por una superación de los liderazgos personalizados). Y segundo, porque las posiciones ideológicas y conceptuales superaban y subdividían permanentemente los marcos partidistas, volviéndolos apenas referenciales.

Reflejo de esto es el alto grado de división entre las tendencias políticas. Así, el Liberalismo, en el intento de capitalizar su cercanía con el ascendente socialismo, terminó descubriendo sus diferencias casi insalvables, especialmente en el marco de

la Asamblea de Concentración de Izquierdas, entre el 14 y 16 de septiembre de ese año, que tuvo por finalidad la designación de un candidato “de consenso”. El resultado representó una evaluación de las similitudes y diferencias entre los postulados liberales y los socialistas:

Entre las semejanzas:

El Liberalismo, el radicalismo y las gamas socialistas tienen una suerte común y amenazas asimismo comunes, desde el hecho que todos carecen de estructura popular extensa, y se encuentran maniatados frente a otros ismos históricos o circunstanciales incompatibles con los anhelos cívicos y políticos de aquellos partidos o fracciones. Ni gobiernan ni cada uno por su cuenta puede aspirar a gobernar con fuerza propia, mientras la República padece males profundos que reclaman soluciones complejas (Diario El Día, editorial “La Asamblea de izquierdas”, 14 de septiembre de 1931, pg. 3)

Pero las diferencias eran mayores. El origen del cambio social (revolución o evolución) marcaba una primera distinción no sólo entre liberales y socialistas, sino entre éstos últimos:

Liberalismo y socialismo coinciden en el común denominador de la libertad como médula de su credo, y si entre ambas ideologías existen discrepancias en cuanto al proceso económico, esas mismas discrepancias están latentes también entre los partidos socialistas, pues mientras unos son partidarios del concepto revolucionario, cataclísmico podríamos decir, del progreso, otros son partidarios de la evolución, tal como se caracteriza en la mayoría de partidos socialistas europeos. (Diario El Día, editorial “¿Liberal o socialista?”, 14 de septiembre de 1931, pg. 3)

Otra fundamental era el tema de la propiedad, relativizada en general por el socialismo, e impugnada por el comunismo, y cuya anulación o cuestionamiento era visto como un atentado, una falta de honradez por el liberalismo. En tercer lugar, se definió la diferencia en las percepciones acerca de la realidad nacional y la pertinencia de las propuestas ideológicas:

Y decimos que carece de base real el comunismo en el Ecuador, porque en este país no existe lo que propiamente se llama ‘capitalismo’, ni el abandono al ‘imperialismo absorbente’. En este país lo que existe es una grave cuestión agraria, fundamento a nuestro juicio del feudalismo áspero que mantiene anquilosada la vitalidad nacional. Y este problema puede y debe afrontarlo el Estado, sin que sea preciso recurrir a la revolución social anárquica. (Diario El Día, editorial “Del sentimiento de la nacionalidad”, 3 de septiembre de 1931, pg. 3)

Pocos días después de la Asamblea, un artículo de prensa resumía la insalvable distancia entre el liberalismo radical y el socialismo:

El liberalismo, por muy radical que quiera ser, es parte consustancial del capitalismo. El socialismo es el régimen de destrucción capitalista. Y si en lo económico el socialismo es todo lo contrario del liberalismo, en lo psicológico, es también completamente adverso: el liberalismo es individualista, mientras que el socialismo es colectivista. Hay completa separación entre el liberalismo y el socialismo y si esto es verdad, los que se llaman socialistas radicales y liberales a la vez, son y no son, liberales o liberales radicales o netamente socialistas, pero las tres cosas a la vez, imposible. (Diario El Día, editorial “El socialismo puesto en moda”, 30 de septiembre de 1931, pg. 3)

Como fuera, las diferencias se procesaron de tal forma que al final el nombre del entonces Canciller, Modesto Larrea Jijón, se impuso, en mucho gracias a la presión y respaldo del Ejecutivo (Diario El Comercio, 16 de septiembre de 1931, pg. 3). Los socialistas vieron así frustrada la posibilidad de “absorber” la Asamblea liberal.

Distante la base “natural” de apoyo (obreros), y al concentrarse en grupos estudiantiles y profesionistas, la forma y tipo de “lucha” del socialismo cambió: la acción socialista equivalió a la construcción de una identidad particular y distintiva basada en el contraste conceptual y cotidiano con un *Otro*; esto implicó, al mismo tiempo, identificar primero a ese contrincante, y disputar con él el espacio público.

Nuestra hipótesis es que la corriente socialista, precisamente en este momento de casi apogeo, fragmentó sus filas, no sólo en lo ideológico o doctrinal, sino en sus propuestas de acción cotidiana: el comunismo, que apostaba más a la acción directa en pos de evidenciar la lucha clasial; un socialismo activista, irreverente, más orientado hacia el desafío socio-cultural, y otro más institucional, orientado a la impugnación del contrincante, pero a partir del propio campo político institucionalizado.

Esta división es precisamente la que se evidenció en la coyuntura preelectoral de 1931. Mientras el Comunismo apostaba sus cartas a la acción de las masas (como se vio en los sucesos del 1 de septiembre) sin mayores perspectivas electorales, el ala institucional del socialismo procuró aprovechar la coyuntura de la Asamblea liberal de concentración de Izquierdas, a fin de posicionarse e incluso intentar “socializar” al

radicalismo liberal (intento como vimos denunciado en la prensa de la época); al no lograrlo, terminó apoyando la candidatura de Modesto Larrea Jijón. Otros socialistas, especialmente de Guayaquil, postularon por su cuenta a Idelfonso Mendoza, uno de los oficiales más importantes de la asonada juliana en Guayaquil, en 1925. En medio, el socialismo activista afinaba sus habilidades mediáticas, a través de la publicación de hojas volantes y el proselitismo directo.

En cuanto al conservadorismo, la línea básica del partido respondía precisamente a estos principios de “tradicionalismo renovado”, que aceptaba el juego político, aunque reivindicaba permanentemente principios conculcados como los de la pureza del sufragio, y rechazaba la acción directa o no-legal como alternativa. Al mismo tiempo, entendía la importancia de la cuestión obrera y la participación política, dentro claro, de sus principios característicos. Podría sin embargo proponerse la presencia de por lo menos un ala o segmento la interior del partido, que, en sintonía con el ambiente anti-comunista, y la efervescencia de las ideas fascistas, prefería de acciones más rápidas y radicales.

Creemos que precisamente esta segmentación podría explicar parte de la coyuntura conservadora de septiembre de 1931. Tempranamente, el Directorio del Partido había afirmado sus cuestionamientos al proceso electoral, proponiendo su abstención. Sin embargo, tras observar la polémica generada en torno a la Asamblea de Izquierdas, un grupo de líderes habría convocado “a determinados miembros del Directorio para revocar aquella decisión y designar candidato” (Diario El Día, 20 de septiembre de 1931, pg. 5), desatando un amargo debate entre impulsores de la participación electoral (que mocionaron incluso nombres de precandidatos, como Rafael Ma. Arízaga, Jacinto Jijón y Manuel Sotomayor y Luna) y de la abstención, que a su vez reclamaron no haber sido convocados. La segunda posición terminó imponiéndose. ¿Indica esto la preeminencia de una corriente que cuestionaba la posición más tradicional del liderazgo vigente?, ¿fue la abstención una estrategia para favorecer a un tercero en discordia con mayores posibilidades?. Es totalmente posible aunque difícilmente probable.

Sin embargo la candidatura clave fue la de un personaje no vinculado a la trama partidista tradicional (un “outsider” en términos actuales), el reputado terrateniente y

ex - Presidente del Banco Central, Neptalí Bonifaz. La posibilidad de su candidatura no era reciente. Ya en 1929, en el marco de la Asamblea Constituyente, su nombre, junto con el de Rafael Arízaga por el partido conservador, terciaron en la elección de Presidente de la República, que por cierto fue ganada ampliamente por Isidro Ayora (Diario El Día, 1 de enero de 1930). No sorprendía por tanto que para los comicios de 1931, su nombre volviese a sonar, aunque sí sorprende su curso, fuerza y efectividad.

La candidatura era ya una posibilidad cierta entre abril y mayo (antes de la caída de Ayora), y había sido impulsada no por los líderes o instancias del Partido Conservador, sino por propietarios agrícolas acaudalados a la época<sup>17</sup>. Sin embargo – y no tan paradójicamente, como veremos- el propio Bonifaz le restaba piso en esos meses tempranos:

La Presidencia de la República, si no ha de ser un nuevo desastre, exige un político eminente, y no es lógico buscar este hombre entre los que, como yo, no sólo nunca se han ocupado en política sino que sienten por ésta una aversión invencible. Me faltan, pues, para aspirar a ese cargo, la competencia y la voluntad, y nada me haría aceptar una candidatura que repugna a la vez a mi conciencia y a mi carácter. (Bonifaz en Carta Dirigida a la Dirección de Diario El Día, reproducida en su edición del 1 de enero de 1932, pg. 1)

No obstante, los promotores persistieron: “La candidatura de Bonifaz tuvo su origen en la Unión Patriótica Nacional, (UPN) organización formada para propósitos electorales por la Asociación Nacional de Agricultores” (Norris, 2005, vol. 1, pg. 132)<sup>18</sup>. En efecto, dentro de la UPN constaban prestantes hacendados, pero también liberales y progresistas<sup>19</sup>. El mismo Bonifaz declaraba que quienes le empujaron a la candidatura eran los “conservadores de la sierra, los liberales moderados y los terratenientes, asustados con el programa de Larrea Jijón” (declaraciones al diplomático colombiano Ismael Arciniégas, citadas en Paz, 1938: pg. 52), opinión compartida por el periódico liberal El Día (edición del 1 de enero de 1932).

---

<sup>17</sup> Las mismas fuentes (Diario El Día, 1 de enero de 1932) hacen notar la cercanía de dos hechos clave: el Congreso Mariano de abril de 1931 (dedicado a conmemorar el 25 aniversario del Milagro de la Dolorosa del Colegio), y la subsiguiente Asamblea de Agricultores, auspiciada por la Sociedad Nacional de Agricultores, en la que se trató una agenda doble: lucha contra el comunismo y contra la crisis económica desbordada; precisamente en el seno de ésta segunda reunión se habría delineado la posible candidatura de Bonifaz. Por otro lado, es notoria también la referencia a que en esta misma época se mencionaba ya el nombre de Modesto Larrea como posible candidato liberal.

<sup>18</sup> Al parecer el autor equivoca el nombre de la segunda organización, que debería ser Sociedad Nacional de Agricultura

<sup>19</sup> Troncoso, 1958 incluso lista algunos nombres (pg. 127)

A mediados de septiembre de 1931, la UPN propuso formalmente la candidatura a la Presidencia a Bonifaz. Esta vez aceptó.

Parecería entonces que entre estas declaraciones y la aceptación de la candidatura medió, por lo menos, un interesante pero inconocible proceso de negociación. Lo único que puede aproximarse en estas circunstancias son algunos de los argumentos públicos que lo habrían impulsado o sustentado. ¿Por qué resultaba atractiva la candidatura bonifacista?.

Por un lado, la imagen de distancia política, en la que precisamente el choque con los partidos tradicionales implicaba una fuente de credibilidad e independencia respecto a los círculos y mecanismos usuales de distorsión y uso del poder político; en este sentido, las declaraciones críticas que distanciaban a Bonifaz de los “políticos profesionales” resultaba una ventaja particular. En mucho la presunción de independencia se debía a su relativamente reciente retorno definitivo de Europa (se había reinstalado en Quito recién en 1926).

A fines del mes de septiembre, el candidato comentaba así las continuas acusaciones de conservadurismo:

se hace una campaña de mala fe para probar que soy conservador. Si lo fuera no tendría empacho alguno en declararlo. Por mi palabra de honor, jamás desmentida, vuelvo a declarar que no tengo conexión alguna con ese partido. No es vergüenza el ser conservador, como no lo es ser liberal, radical o socialista. Lo vergonzoso es ampararse en uno de esos partidos para medrar (...) Independiente y libre desde que tuve uso de razón, no tolero imposiciones de ningún género, vengan éstas de donde vinieren. (fragmento de carta dirigida a Carlos Freile Larrea, citada en Troncoso, 1958: pg. 130)

De alguna forma, las maneras coléricas, toscas, y no pocas veces descorteses, tan características de Bonifaz (su “cáscara amarga” descrita en medios de la época), y que habían sido tan evidentes en sus pugnas con el gobierno de Ayora desde el Banco Central, le recubrieron de una patina de feroz independencia.

Un segundo elemento explicativo era más particular, y hacía énfasis en torno a los valores cívicos que al parecer caracterizaban al candidato, y para los cuales podría transformarse en un baluarte:

Para los unos, la candidatura Bonifaz significaba el resurgimiento cívico de la Patria con un hombre de antecedentes puritanos de honradez para la Presidencia, que habría de hacer un gobierno sin trincas ni intereses creados, mediante la garantía del derecho de sufragio. (Troncoso, 1958: pg. 128-129)

La honradez pues ocupaba un lugar especialmente importante dentro de esta simbólica bonifacista. Las implicaciones y peso de esta imagen eran patentes aun para los contrincantes: “El mito electoral del conservadurismo consistía en la honradez. El propio candidato declaraba a la prensa, en Guayaquil que la lid política se había entablado entre los honrados y los que no lo eran.” (Larrea Jijón, 1957: pg.16)

Esta polaridad excluyente fue por cierto uno de los puentes que tradujeron la diferenciación política o ideológica al campo identitario cotidiano.

Un tercer elemento, vinculado estrechamente al anterior pero atravesado por contenidos muy específicos, fue precisamente la reivindicación de otras virtudes cívicas: el orden y la disciplina. Y sus formas de expresión fueron muy especiales:

Un distinguido político liberal que fue candidato en oposición, llamó al señor Bonifaz: el García Moreno del portal. Un órgano bonifacista recogió el guante y dijo: agradecemos el epíteto, porque, en realidad, hoy necesitamos de un García Moreno que rompa los intereses creados y enderece la marcha de la República por un buen sendero. (Troncoso, 1958: pg. 129)

A la evocación a García Moreno, se sumó otra más reciente y de gran peso:

Las altas clases sociales, las oligarquías de todo orden, los terratenientes, el clero y la masa fanatizada por éste, soñaron en una especie de Mussolini para gobernante del pueblo ecuatoriano indo-español. En el Ecuador tenía que reproducirse un Mussolini que acabara drásticamente con el socialismo en cuna, con la demagogia, con los insubordinados del pueblo, con la corrupción reinante, con los derroches de los dineros públicos, con los laicos, y con la libertad convertida en libertinaje. (Larrea Jijón, 1957: pg.14-15)

En efecto, quizá el detalle más destacado del bonifacismo sea éste precisamente: su enganche con el renovado espíritu de la virtud republicana, fuertemente difundido a la

época, que traspasaba ya las diferencias partidarias, y que podía, de alguna manera, tender puentes entre ellas. Creemos que este enganche ayudó a construir un puente republicano invisible entre los polos partidarios. El rédito inmediato de este puente fue, por supuesto, la conversión de la candidatura de Bonifaz, no sólo en una alternativa política, sino también cívico-moral, a la que plegaron no sólo liberales y conservadores, sino también activistas populares.

Tras la aceptación por parte del Candidato, se conformó el Comité Central Pro-Neptalí Bonifaz, presidido por Carlos Freile Larrea, presidente además de la Unión Patriótica Nacional, y que se concentró en los contactos proselitistas de “alto nivel”. Por otro lado, sin embargo, se construyó cuidadosamente un andamiaje paralelo que permitiera conectar a la candidatura con “el pueblo”; esta peculiar división de funciones fue precisamente la que daría paso a la Compactación Obrera Nacional (CON), originariamente vista como soporte electoral y guardia de choque bonifacista. Roles evidentes, pero no los únicos que esta peculiar organización desempeñó.

*El fantasma de la CON: ascenso.*

Lamentablemente no son pocos los casos de casi total desconocimiento de los antecedentes e historia de organizaciones “populares”. Este es el caso de la Compactación Obrera Nacional, pese a haber desempeñado un rol clave, corto e intenso en este particular momento de la historia.

Según algunos autores su origen estuvo estrictamente vinculado al proceso electoral de 1931, y de hecho se habría formado recién el 10 de septiembre de ese año, pocos días antes de los comicios (Quintero, op. cit.); según otros, parecería haber existido antes, habiendo sido cooptada estratégicamente por la Asociación de Agricultores:

Miembros de esta asociación se infiltraron en la Compactación Obrera Nacional, integrada principalmente por unos diez o doce mil miembros participantes artesanos, y ganaron así su apoyo para Bonifaz. Bajo la influencia de la UPN, la Compactación Obrera, que antes se inclinaba hacia la izquierda, se hizo más bien conservadora. (Norris, 2005, vol. 1, pg. 132)

Lo cierto es que su aparición pública más temprana es un manifiesto donde plantea sus propuestas básicas (Diario El Comercio, 13 de septiembre de 1931, págs. 9-10),

fruto de la Asamblea (fundacional?) del 10 de septiembre de 1931. Diez días después se realizó otra Asamblea abierta en el salón de la Tesorería Municipal, y a la que asistieron 459 participantes; su objetivo era “lanzar la candidatura del personaje que consideren de acuerdo con los ideales de dicha compactación” (Diario El Día, 20 de septiembre de 1931, pg. 5), para lo cual se realizó una votación abierta, una suerte de “primaria” elemental cuyos resultados reseña Rafael Quintero:

el Conservador Manuel Sotomayor y Luna recibió 73 votos, sus coidearios José Rafael Bustamante y Jacinto Jijón y Caamaño 12 y 6 respectivamente, mientras que el socialista Idelfonso Mendoza fue agraciado con 55 votos y el que sería candidato del Partido Liberal –Modesto Larrea Jijón- obtuvo 47 preferencias. [Un] dirigente del Partido Comunista recibió 3 propuestas, el socialista Luis Maldonado 2, y Colón Eloy Alfaro, hijo del Viejo Luchador, se anotó 5 voluntades (...) Pero el hacendado Neptalí Bonifaz Ascázubi alcanzó la designación con 169 mayorías. (Quintero, 2005: pg. 253)

El mismo día 20, a primera hora, los diarios de la capital reportaban la aceptación de la Candidatura presidencial por parte de Bonifaz.



¿Era la CON una simple estratagema marginalista del Partido Conservador? (Quintero, op.cit.). No existen fuentes ni datos confiables para negarlo completamente, pero tampoco para afirmarlo de manera concluyente. En cambio, sí existen indicios –dispersos e incompletos- para pensar que fue una organización más compleja que una simple pantalla electoralista conservadora.

Primero, en términos objetivos, aparece como una organización compleja y estructurada. Quintero op. cit., a partir de datos de prensa, concluyó la existencia de una densa red parroquial de comités y clubs electorales:

Las parroquias ‘González Suárez’ y ‘Salvador’ tenían en Quito un solo ‘Comité Pro-Neptalí Bonifaz. Habían: el Comité Abdón Calderón, La Chilena, cuyo Presidente fue el Sr. Guillermo Contreras, Santa Bárbara, Libertad, San Roque en Quito. Además ‘Abdón Calderón de Aguarico’, ‘Comité Pro-Bonifaz de Cotacollao’, ‘Chillogallo’ (presidido por Héctor Ternerez). Los hubo también en Ibarra; en Rocafuerte, Manabí; en Alangasí, Píntag, Sangolquí, Machachi, Tambillo, Aloag, etc. (Quintero, op. Cit.: pg. 256, nota al pie 9)

De igual manera Barrera, 1950 confirma la existencia de bien conformados núcleos de la CON en Guayas, Los Ríos y por supuesto, Pichincha. Es evidente también la operación de un sistema de representación vertical que le permitía convocar Asambleas Nacionales con representantes perfectamente acreditados (Ortiz Bilbao, 1989).

Segundo, en términos de contenidos y propuestas, destaca su toma de posición absolutamente contraria al comunismo y al “bolchevismo”, rechazándolos incluso desde una óptica moral, pues desde su primer manifiesto los “compactados” se autodefinían como “los elementos honrados de esta Capital”, para marcar su diferencia con aquellos elementos que propugnaban la anulación y “socialización” de la propiedad. Como veremos, esta actitud no hizo más que aumentar con el paso de los días.

Sin embargo, lo más llamativo son sus propuestas de políticas. Frente al problema económico – social proponen el impulso a la colonización de tierras baldías por parte de trabajadores insolventes, la realización de obras viales estratégicas,

disciplinamiento del gasto público (se proponía el referenciamiento de todas las remuneraciones públicas a la del Presidente de la República), la prohibición de que ex funcionarios del Estado puedan volver a éste “hasta después de un año de haber cesado en sus cargos.”; aprobación de una Ley de Inquilinato “bien meditada”; reanudación de las relaciones comerciales con Colombia; en uno de sus puntos demandaba además:

[La] Afirmación pública del Ejército de que siempre estará por la Constitución, será el guardián de los derechos del pueblo Y GARANTIZARA LA LIBERTAD ELECTORAL para que éste elija a los representantes de la Nación que estimare conveniente. (Diario El Comercio, 13 de septiembre de 1931, pgs. 9 y 10)

Este punto es especialmente importante. Para cuando la Compactación demandaba la pureza electoral, no había expectativas reales de que sucediera. La manipulación del sufragio era una práctica usual que se había instaurado desde el inicio mismo de la época liberal, bajo el razonamiento de no perder con los votos lo ganado por las armas; temor por cierto nada irreal, como con el tiempo descubrió el partido Conservador, que de a poco asumió la libertad de sufragio como una bandera de lucha propia (Varios, 2003).

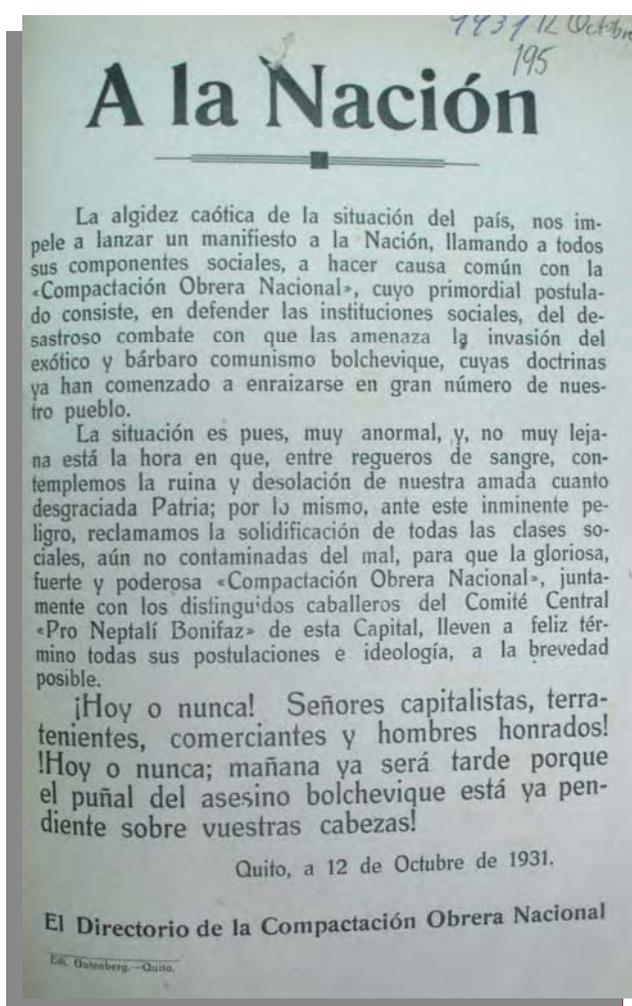
Para este momento, sin embargo, no podía pensarse en que la demanda tuviera éxito, así como tampoco parecía factible que, aún si tal pureza electoral se realizara, y la candidatura preferida ganase, ello implicara, necesariamente, el cumplimiento de las aspiraciones mencionadas. ¿Para qué hacerla entonces?. Creemos que la CON expresaba las demandas y aspiraciones de sus miembros como una forma de reconocimiento, de vinculación, de identificación. Y al tiempo, de descalificación y anatemización del Otro, del contrincante visto como la negación del Uno.

*Las ideas en las calles (I): acción colectiva en el fallido autogolpe de Larrea Alba*

Y el bando opuesto actuó de la misma manera. Así, la lucha proselitista fue más allá de las opciones electorales, hasta sobrepasar las lindes de la doctrina política y rayar en la descalificación y la negación moral del Otro.

Varios testimonios confirman la dureza de la campaña electoral: “Empezó y prosiguió la campaña de propaganda electoral en forma nunca vista. Ataques, contraataques. Hojas volantes sueltas por millares que coloreaba las paredes de los edificios y el pavimento de las ciudades y aldeas.” (Larrea Jijón, 1957: pg. 14). Además,

La candidatura Bonifaz siguió con buen pie, pero los adversarios a ella no eran tampoco escasos en número ni en prestigio social. En la República se prendió la emoción política como no se pudo haber conocido otra época igual (...) La campaña fue formidable, decidida y rencorosa de parte y parte. La prensa chica brotó como por encanto, en su casi totalidad adversa al señor de Guachalá. (Troncoso, 1958: pgs. 128-129).



La propuesta bonifacista a su vez, afirmaba su convocatoria sobre los conceptos de lucha por la honradez y el anticomunismo.

Pronto fue evidente que la propuesta bonifacista, que integraba la habilidad política de las élites tradicionales con el pujante y decidido proselitismo identitario y “popular” de la CON, tenía más fuerza de la esperada. Por otro lado, el Ejecutivo liderado por el Crnel. Larrea Alba asistía como testigo expectante, mientras las demandas por acción contra el deterioro económico aumentaban, en medio de un complejo entramado de legislación e

instituciones entre el que le costaba actuar. Y sobre ello, la insuficiencia de la candidatura de Larrea Jijón, con todo lo que implicaba (frente a la opción bonifacista), le empujó a una disyuntiva difícil: tratar de reeditar las viejas prácticas de fraude electoral, o romper el proceso mediante la declaración de una dictadura; mientras lo primero podía “solucionar” el tema electoral, no influía en su capacidad de manejo

económico; lo segundo sí: “Larrea Alba vio claramente que era menester de una revolución para acabar con el monstruo de la legislación ecuatoriana vigente. Era menester verse libres de trabas para poder elevarse a la altura de las fuentes originales del Derecho” (Paz, 1938: pg. 28)

La alternativa de facto tomó cuerpo: el autogolpe habría significado, al tiempo, concretar una “dictadura económica”, y bloquear la posible victoria “conservadora” en las urnas. Frente a esta coyuntura, se multiplicaron exponencialmente los esfuerzos por provocar un desenlace: el 30 de septiembre se reportaba en la capital el rumor de una carta suscrita por “diez mil firmantes”<sup>20</sup>, en la que se solicitaba al Crnel. Larrea Alba la dictadura; al mismo tiempo, diversos miembros del socialismo, e incluso del mismo Congreso, parecerían haber apoyado la intentona<sup>21</sup>. El lado bonifacista respondía con “meetings” o manifestaciones públicas en las que retaba al gobierno a declarar francamente la dictadura antes que a “imponer” a su candidato (Diario El Día, editorial “El dilema fatal: la dictadura o Bonifaz”, 14 de octubre de 1931, pg. 3).

Al mismo tiempo, los contrincantes desarrollaban una vertiginosa conspiración:

En el mes de octubre de 1931 los oficiales jóvenes del ejército y un grupo de civiles de izquierda y de ideas socialistas, veían con simpatía la dictadura del Coronel Luis Larrea Alba que tenía los buenos propósitos de realizar una profunda reforma económica. Algunas unidades cantonadas en la ciudad de Quito lo respaldaban, pero el regimiento Yaguachi, comandado por un Capitán Alejandro Alvear se oponía. Yo tenía parentesco con la familia Alvear. Se valieron de mi persona los amigos que apoyaban al Coronel Larrea Alba a fin de que me pusiera en contacto con él y le pidiera que respalde el movimiento; cumplí con el encargo y hablé con dicho oficial en una forma sincera, desinteresada y él accedió a todo cuanto le solicité, se comprometió a respaldar la dictadura y subió las gradas del Palacio de Gobierno para ponerse a la disposición del Coronel Luis Larrea Alba. (Muñoz, 1988: pg. 64)

El otro bando, sin embargo, no estaba cruzado de brazos:

Esta compactación [la Obrera] organizó a sus comités (...) empezaron a malear a la tropa, amotinaron a la masa popular compuesta por artesanos, obreros, panaderos, carpinteros, zapateros y demás, que eran fanáticos de la religión, respaldado este movimiento por el elemento femenino que tenía contactos con la tropa. En esa época todos los repartos estaban formados por soldados de línea, era tropa aguerrida, no eran concriptos, por lo mismo dispuestos a la pelea." (ibid. pg. 64)

---

<sup>20</sup> Ver Diario El Día, 30 de septiembre de 1931: pg. 1

<sup>21</sup> Ver Uzcátegui, 1975: pg. 150

Varias semejanzas son dignas de notar, como el uso de las relaciones familiares y personales como provocación de actores, o la importancia fundamental atribuida al ejército como actor dirimente. Pero también diferencias llamativas que adquirirán importancia con el tiempo: mientras el esfuerzo pro-golpe se dirigía o giraba en torno a oficiales, los “compactados” dirigían sus esfuerzos hacia sectores “populares” y soldados profesionales y suboficiales:

Dentro de las filas del Ejército, especialmente del personal de tropa, se hablaba a las claras de las asechanzas del conservadorismo y la necesidad de la intervención de los soldados en mancomunidad con el verdadero pueblo. El doctor Rafael Arteta García era el más empeñoso agente que ponía en contacto a las cocineras y beatas compactadas con los suboficiales. (Larrea Jijón, 1957: pg. 19)

Estos esfuerzos habrían al fin generado frágiles alineamientos de los actores armados. Para mediados de octubre, la percepción de algunos actores era que Larrea Alba había comprometido ya una base de apoyo mínima, pero también importantes rechazos: “Es lo más probable, decían algunos que Larrea Alba ataque con el ‘Carchi’, con la policía y con otros batallones de que dispone, al ‘batallón ‘Constitución’. Habrá cañonazos del ‘Regimiento Bolívar’” (Testimonio del diplomático colombiano Ismael Arciniégas, citado en Paz, 1938: pg. 54). En efecto, al menos estos dos últimos batallones habían mostrado un rechazo frontal a las pretensiones del gobierno.

En la madrugada del 15 de octubre de 1931, parte de la tropa del Batallón Carchi “rodeó” el cuartel del Regimiento Bolívar (calles Montúfar y Olmedo), mientras el resto ocupó posiciones en el Itchimbía, desde donde realizó varios disparos al sitio, esta unidad respondió con una serie de cañonazos. Mientras sucedía esto, diversas comisiones de las otras unidades militares conferenciaban con la oficialidad del Bolívar para negociar una posición común; como resultado, éste batallón obtuvo el apoyo de los Batallones Zapadores Chimborazo, Constitución y Yaguachi; cuando esto fue comunicado a Larrea Alba, reconoció el fracaso y ordenó la retirada del Batallón Carchi (Diario El Día, 16 de octubre de 1931).

Mientras esto sucedía, una “masa de público” se reunió en la Plaza de Santo Domingo:

desde donde se organizó un desfile que recorrió las calles Venezuela, Chile y Guayaquil, hasta la Plaza del Teatro. En el trayecto lanzaban vivas a la Constitución, mueras a la dictadura y a los miembros del Gobierno (...) Llegando al Hotel Metropolitano, la muchedumbre exigió que saliera al balcón el señor Presidente del Senado quien (...) habló al pueblo manifestando que el Congreso iba a reunirse para analizar la situación y hacer todo lo posible por remediarla (...) La comitiva siguió inmediatamente hacia la plaza del Teatro y muchos de los ciudadanos allí presentes desplegaron su actividad, convocando a todos los Senadores y Diputados para que concurran (Diario El Día, 16 de octubre de 1931, pg. 1)

Tras aclamar al Presidente del Senado, Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, el resto de la multitud se concentró en la Plaza Grande.

A las ocho y media de la mañana 'El Carchi' emprendió el repliegue a su Cuartel, una vez abandonado el propósito de dominar al Regimiento 'Bolívar'; al llegar a la Plaza de la Independencia la masa compacta de gente que seguía el curso de los acontecimientos, hizo una ruidosa pifia a 'El Carchi' cuya tropa pasaba por frente al Palacio de Gobierno; no se puede establecer aún si algún oficial dió orden, o fue movimiento espontáneo de los soldados, pero éstos regresaron tendiendo sus rifles e hicieron descargas cerradas consecutivas sobre el pueblo. (Diario El Comercio, 16 de octubre de 1931, pg. 1)

Un testimonio de los propios soldados del Batallón Carchi dice más:

Quienes componemos el Batallón 'Carchi' tenemos muy bien sembrado en nuestras conciencias el sentimiento de vergüenza, de honor y dignidad (...) que sufrieron el más horrible ataque de parte de las multitudes, las cuales llenaban las calles de la ciudad; desde la plaza Marín hasta el cuartel fue un vía crucis que atravesamos resignados; todo vilipendio, todo insulto, toda calumnia caían sobre nosotros sin que nuestra condición de hombres se revelara (...) Mas, si éramos soldados teníamos que cumplir un deber, conservar el arma (...) Cuando el Batallón pasó y ya llegaba a su cuartel, la multitud se precipitó sobre la retaguardia de la última compañía incitada con estas palabras: 'desarmemos al 'Carchi' aunque corra sangre y acabemos con ellos con sus mismos fusiles' (...) Hubo un disparo de pistola y el estrechamiento de la multitud exhaltada, lo cual produjo lo inevitable, la tropa de retaguardia disparó y se impuso. (Diario El Día, 18 de octubre de 1931, pgs. 1-2)

El resultado: 10 muertos y 6 heridos. La multitud permaneció en la Plaza, hasta después de que el Crnel. Larrea Alba abandonara la oficina presidencial, atravesando la multitud enfurecida hasta la legación diplomática argentina, del brazo del Presidente del Senado, Alfredo Baquerizo Moreno, el representante diplomático colombiano y el Ministro de Guerra (testimonio del citado diplomático Ismael

Arciniégas). Poco después Baquerizo Moreno asumía la Presidencia mientras Larrea Alba salía al exilio.

### La pólvora del sufragio libre

El primer paso del nuevo encargado del poder fue ratificar los comicios convocados para el 20 y 21 de octubre. En el transcurso de los días, los diversos candidatos hacían públicos llamados para demandar garantías electorales, mientras sus estructuras proselitistas continuaron con su labor.

En efecto, los comicios se realizaron acorde lo programado, y para diversos analistas de la época, fueron destacablemente ordenados y limpios.



No hay que olvidar, sin embargo, las limitaciones que entonces representaba el ejercicio eleccionario. Compartimos aquí casi por completo las observaciones detalladas realizadas por Quintero, op. cit., en su análisis sobre el sufragio entre 1931 y 1933. Las restricciones formales (ciudadanía factible sólo para letrados) y prácticas (costos en tiempo y dinero del trámite de registro de votantes, por ejemplo), apenas fueron compensadas por la formalización de los derechos ciudadanos de la mujer; la verdad es que la base electoral de 1931 era realmente mínima: apenas el 35% de la población adulta de 1931 cumplía los requisitos habilitantes para el sufragio; el 14% realizó los trámites requeridos de inscripción en los registros electorales, y apenas el 5% concurrió a las urnas. Acordamos también con este autor en que la mayor innovación del momento –la incorporación clara de la mujer al proceso electoral– conllevaba un indudable interés para el Partido Conservador.

Esto, sin embargo, no invalida ni deslegitima el proceso en sí mismo. La época es aún una de ciudadanía restringida, en la que lo reducido de la base electoral aumenta la importancia de los alineamientos partidistas, pero no los vuelve determinantes; en este sentido, mal podría afirmarse que un resultado electoral (por más restringido que fuera), respondía sólo a una mera estrategia partidista.

Esto es particularmente importante al analizar temas específicos, como el peso femenino en los resultados electorales. El mismo Quintero demuestra la importancia particular de la súbita presencia femenina en la base electoral, pero a partir de allí la explica como “una conducta alentada explícitamente por (...) la clase terrateniente y su partido político” (Quintero, 2005: pg. 249). Por lo visto hasta ahora, la sombra de la participación femenina aparece bastante más activa que la de una mera extensión del Partido Conservador: su papel durante el proceso constituyente, en medio de las conspiraciones políticas, y en el mismo proceso electoral<sup>22</sup> pueden indicar una actividad políticamente más proactiva, por parte de mujeres, pudientes, sí, y alineadas con las tesis conservadoras y republicanistas. Pero difícilmente puede imaginárselas como fieles y mecánicas obedientes de directivas partidarias.

---

<sup>22</sup> El Día, en una nota del 22 de octubre de 1931, comenta sobre los intentos de algunas mujeres por duplicar su voto, al sufragar en diferentes parroquias de la ciudad.

Lo cierto es que tras dos días de sufragio, la candidatura de Neptalí Bonifaz se alzó con una victoria clara:

### Cómputo parcial de votaciones del 20 y 21 de octubre de 1931 1/

Detalle provincial de votación en el día 21 de octubre

	Bonifaz		Larrea Jijón		I. Mendoza		C. Carrera		Ruiz		Total	
	Votos	% respecto	Votos	% respecto	Votos	% respecto	Votos	% respecto	Votos	% respecto	Votos	% respecto
Carchi	691	6,3%	532	6,0%	32	0,4%			1	0,7%	1256	4,5%
Imbabura	1780	16,2%	537	6,1%	4	0,1%					2321	8,3%
Pichincha	3361	30,6%	609	6,9%	158	2,1%			57	38,3%	4185	15,1%
Leon	927	8,4%	164	1,9%	30	0,4%			1	0,7%	1122	4,0%
Tungurahua	1690	15,4%	235	2,7%	17	0,2%					1942	7,0%
Chimborazo	734	6,7%	348	3,9%	43	0,6%			3	2,0%	1128	4,1%
Bolívar	277	2,5%	258	2,9%	24	0,3%	1	0,4%			560	2,0%
Cañar	162	1,5%	114	1,3%	70	0,9%	2	0,8%			348	1,3%
Azuay	945	8,6%	137	1,6%	146	1,9%	1	0,4%	18	12,1%	1247	4,5%
Loja	179	1,6%	481	5,5%	87	1,1%	1	0,4%			748	2,7%
El Oro	19	0,2%	384	4,4%	188	2,5%	3	1,3%			594	2,1%
Guayas	113	1,0%	1078	12,2%	2902	38,1%	201	84,8%	56	37,6%	4350	15,6%
Los Ríos	15	0,1%	2389	27,1%	1387	18,2%			11	7,4%	3802	13,7%
Manabí	66	0,6%	1320	15,0%	2446	32,1%	27	11,4%	2	1,3%	3861	13,9%
Esmeraldas	4	0,0%	218	2,5%	79	1,0%	1	0,4%			302	1,1%
Oriente	21	0,2%	13	0,1%							34	0,1%
<b>Total Día 2</b>	<b>10984</b>	<b>100%</b>	<b>8817</b>	<b>100%</b>	<b>7613</b>	<b>100%</b>	<b>237</b>	<b>100%</b>	<b>149</b>	<b>100%</b>	<b>27800</b>	<b>100%</b>
<b>Total Día 1</b>	<b>14385</b>		<b>7131</b>		<b>5081</b>		<b>227</b>		<b>120</b>		<b>26944</b>	
<b>Total D1+D2</b>	<b>25369</b>		<b>15948</b>		<b>12694</b>		<b>464</b>		<b>269</b>		<b>54744</b>	
<b>D1+ D2 respecto a total de votantes</b>	<b>46,3%</b>		<b>29,1%</b>		<b>23,2%</b>		<b>0,8%</b>		<b>0,5%</b>		<b>100,0%</b>	

1/ La fuente no cuantifica, pero se estima que la contabilización será de alrededor de un 90% del total de votos

Fuente: Diario El Día, 22 de octubre de 1931, pg. 8

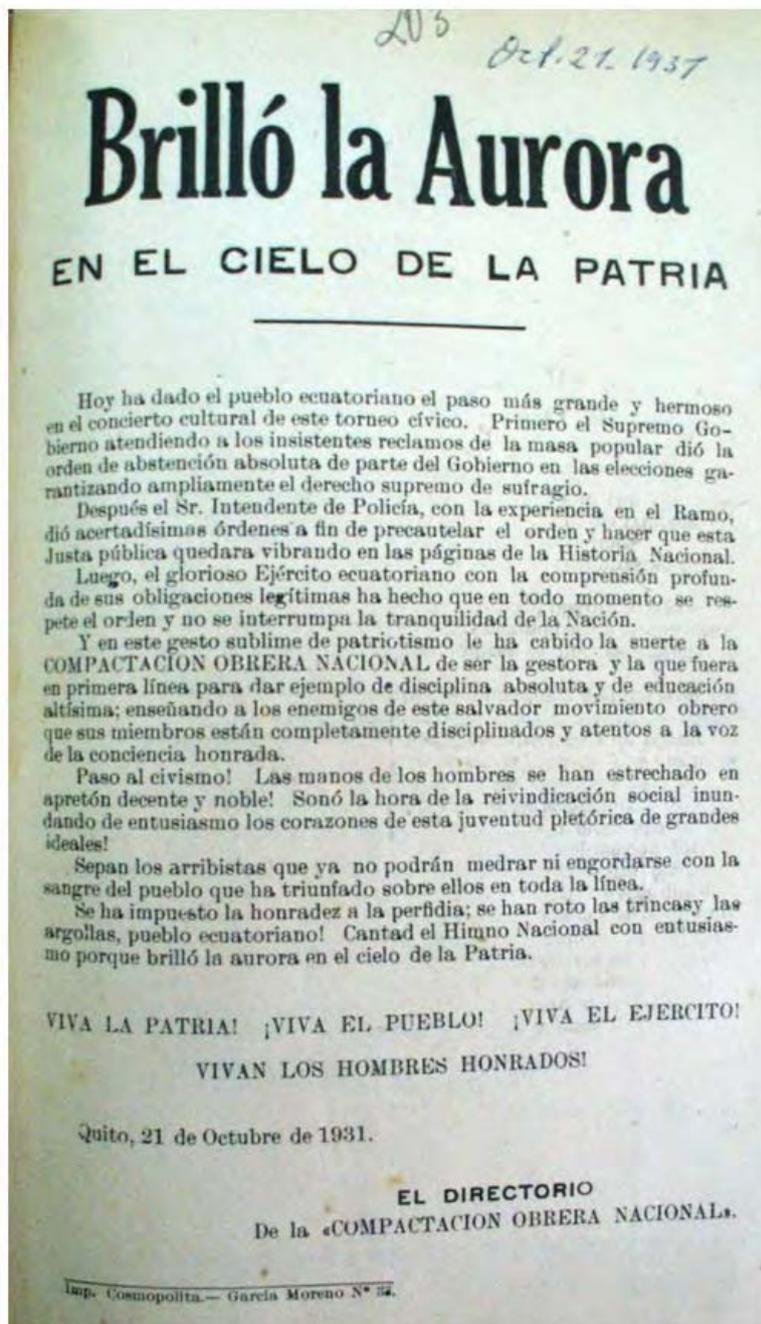
Elaboración: Autor

Es apreciable pues el peso de la variable regional, y los efectos de la fragmentación de candidatos:

Apreciada la votación en conjunto, los votos favorecieron a las candidaturas de Larrea y Mendoza, y superaron a los que favorecieron al candidato conservador (...). Lo de siempre, la mayoría del pueblo ecuatoriano confirmaba su fé en la doctrina liberal; pero los defectos de las leyes electorales y la errada aplicación de los principios democráticos al medio ambiente ecuatoriano ocasionaban el sui-generis y antidemocrático resultado de que el país podía ser gobernado por la minoría. (Larrea Jijón, 1957: pg. 24)

También era comprensible la amarga queja de Larrea Jijón acerca de las “candidaturas divisionistas”, especialmente de Idelfonso Mendoza en la provincia de Guayas (Larrea Jijón, 1957).

La victoria bonifacista fue de inmediato saludada por sus partidarios como una victoria no sólo política, sino también moral.



Hoja Suelta. Ante triunfo electoral de Bonifaz.  
Quito, 21 de octubre de 1931

Era sin embargo una victoria en suspenso. La norma constitucional indicaba que sólo el congreso en periodo ordinario podía conocer y calificar los resultados electorales. Esto quería decir que en este caso, los resultados electorales de octubre de 1931 debían ser conocidos recién por la Legislatura operante en agosto de 1932; diez meses más tarde. Este fue precisamente el tiempo en el que la confrontación política adquirió cuerpo y violencia.

### **3.3 Contra los votos: la lucha post electoral de 1932**

La confrontación fue agravada por la angustiosa agudización de la crisis económica. Pocos días después de las elecciones, se difuminaba en todo el país un peculiar paro de comerciantes, interesados en la eliminación del impuesto a las ventas; el paro empezó el 1 de noviembre, y abarcó a casas y agentes comerciales, especialmente de bienes importados, de todo el país; los comerciantes lograron su cometido cuando el 4 de noviembre la Cámara de Diputados derogó tal impuesto (Diario El Día, 1936). La actitud de los comerciantes apuntaba a paliar los efectos del continuo proceso de reducción de liquidez y deflación, ya no sólo en bienes de consumo interno, sino también de bienes importados y exportados (Carbo, op. cit.).

Además, para febrero de 1932, el gobierno provisional decretó la segunda suspensión del patrón oro, bajo el argumento de proteger las menguantes reservas metálicas del país, asegurándose eso sí un préstamo del Banco Central por 15 millones de sucres.

Las medidas significaban el práctico final del capítulo de la política económica kemmeriana, del espíritu juliano y con ellos, del primer periodo de independencia del Banco Central del Ecuador. Ante la negativa del Banco al préstamo en cuestión, el gobierno decretó, el 4 de marzo de 1932, la inmediata reorganización del Directorio, el retiro de los depósitos del Estado en el Banco y la canalización de los mismos hacia el Banco Hipotecario (Carbo, op. cit.). La inminencia y gravedad de la crisis hizo más notoria aún la mediación del candidato electo. Bonifaz, junto con otros eminentes personajes de la economía del momento, lograron un acuerdo entre el Ejecutivo y el Banco Central, en el que éste acordaba un préstamo controlado de 12 millones de sucres, mientras el primero derogaba el decreto punitivo (Carbo, op. cit.).

Sucesos como éste aumentaban apreciablemente el grado de injerencia y decisión adjudicada al Electo, que desde el primer instante posterior a la elección había mostrado su empeño por asegurar su vínculo con el Gobierno provisional.

Anoche [20 de octubre] a las 9 p.m. visitó el candidato don Neptalí Bonifaz al señor doctor don Alfredo Baquerizo Moreno, Encargado del Poder Ejecutivo, para felicitarle por las garantías ofrecidas por este Gobierno en estas elecciones (...) Díjole también que había creído llegada la oportunidad de expresarle, con la franqueza que le es propia, y para tranquilizar el espíritu de un viejo liberal como el Dr. Baquerizo

Moreno, que las instituciones liberales nada tendrán que temer de su administración; todo lo contrario, él se comprometía consolidarlas y dar lustre al liberalismo, empañado por las últimas administraciones llamadas liberales. (Diario El Día, 21 de octubre de 1931, pg. 1)

*El fantasma de la CON: clímax.*

Poco después del triunfo electoral, la CON accedió a un poder y una visibilidad difícilmente entendibles. Al parecer también generó un debate ideológico interno.. En una actualización posterior a los resultados electorales, la CON de Pichincha desarrolló una agenda o programa particularmente interesante, y que partía de autodefinirse como un

PROGRAMA IDEOLÓGICO, CEÑIDO A LA REALIDAD DE NUESTRO MEDIO, DESLINDADA DE LAS AGRUPACIONES POLÍTICAS MILITANTES, contemplando sólo el panorama Nacional, múltiple y único, complejo y armónico, atendiendo a las necesidades de todos los ecuatorianos, Y DENTRO DEL RESPETO QUE SE MERECE LAS CREENCIAS de sus componentes. (Barrera, 1950: pg. 228 - 230. Destacado en el original)

Poco después afirma:

Como Entidad social, laborará por la RESOLUCIÓN RAZONABLE Y JUSTA de los problemas sociales que afectan al trabajador y a la colectividad en general, en forma de asegurar la armonía nacional. DENTRO DEL DERECHO Y DE LOS INTERESES CONCILIADOS DE LAS DIFERENTES CLASES QUE LA INTEGRAN. (...) Por tanto, Nuestro Programa tiende a FOMENTAR LA ARMONÍA NACIONAL entre las diferentes clases que integran la nacionalidad (...) (Barrera, op. cit.: pg. 230)

Dentro de las propuestas concretas proponía, entre otras cosas, el establecimiento de una carrera administrativa y depuración de la burocracia, enseñanza primaria obligatoria y gratuita, secundaria gratuita y voluntaria; desarrollo de extensión universitaria para organizaciones obreras; llega a proponer también la parcelación de tierras “en beneficio del trabajador”, ofreciendo garantía por parte del Estado de un precio justo para “quienes vendieren los terrenos parcelados”; que el Estado declare el trabajo como obligatorio y se comprometa a proporcionarlo a los trabajadores; propone la creación del Banco Obrero, capitalizado a partir de aportes a un Seguro Social obligatorio para todos los trabajadores; por último, demanda para la raza indígena, educación y “rehabilitación económica” (Barrera, op. cit.: pgs. 232 - 235).

Es notoria además la ausencia de menciones a la baja ralea moral de bolcheviques y comunistas; ¿era entonces un momento de cambio o evolución?..

Al parecer sí. El mismo núcleo pichincharo de la Compactación cuestionó el liderazgo nacional del Presidente en funciones, Domingo Romero Terán, y tras un amago de separación, logró el respaldo de la UPN (Unión Patriótica Nacional), que devino, primero, en la renuncia de Terán al cargo, y luego, el intento de éste de restituirse vía la renovación total del directorio Compactado, en febrero de 1932. Al fracasar este intento, e incapaz de recuperar el control de la organización inicial, Romero Terán reagrupó sus fuerzas, creando la Unión Obrera Republicana (UOR), definida por él como la “ex”, la auténtica Compactación Obrera<sup>23</sup>.

Mientras, la CON original, nucleada alrededor de Pichincha, y sobre todo de su vínculo con la UPN, preparaba el camino hacia la nueva legislatura. A fines de marzo de 1932 se reunió en Quito la Asamblea nacional de la CON, muestra de su clímax, y punto crítico. Más de 500 asistentes, además de sendos delegados provinciales perfectamente acreditados, reunidos por dos días completos, que se iniciaron con la presencia del mismísimo candidato electo, Neptalí Bonifaz (Diario El Día, 28 de marzo de 1932, pg. 1). El cometido central del cónclave era acordar el mecanismo por el cual se definirían los candidatos “oficiales” al nuevo Congreso Nacional, y especialmente, el candidato que postularía a la Senaduría Funcional por los obreros. En esta instancia actuó de nuevo la Unión Patriótica Nacional como enlace directo, y negociador, con y de parte de Bonifaz. Según el mecanismo acordado, una comisión mixta de ambas organizaciones establecería sendas listas en base a las sugerencias provinciales compactadas, mismas que una vez depuradas por la Comisión, se someterían a la aprobación de Bonifaz, y de la Asamblea Compactada (Diario el Día, 29 de marzo de 1932, pg. 2).

---

<sup>23</sup> Una brevísima síntesis de los hechos se tejió alrededor del curioso episodio del Estandarte. De acuerdo a reportes de prensa, tras la reacción al intento de autogolpe de Larrea Alba, un Comité de Damas bordó un estandarte nacional que fue obsequiado como homenaje al Directorio de la Compactación Obrera (entonces presidido por Romero Terán). Tras producirse los sucesos de enero y febrero del 32, Terán retuvo el estandarte, pese a las demandas de las Damas en cuestión; pagando eso sí, cárcel por el desacato. Detenido, Terán anotaba: “el bonifacismo no existe; el señor Bonifaz debe su triunfo a mí más que a nadie y yo soy hombre que no se arredra ante nada ni ante nadie.” (Diario El Día, 25 de marzo de 1932, pg. 8)

Era el reconocimiento del peso político de la CON, y la oportunidad para transformarla en algo más que puente discursivo, base proselitista y fuerza de choque. Curiosamente, el propio electo frustró esta posibilidad. Como lo insinuaron los comentaristas liberales, Bonifaz habría presionado para que la lista de candidatos a la legislatura tuviese mayoría de liberales moderados (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 1), dejando a medio camino la posibilidad de transformar a sus compactados en fuerza legislativa.

En cuanto a la senaduría funcional por los obreros de la sierra, la CON encontró un digno rival. Reactivada gracias precisamente a la polarización generada por el bonifacismo, la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP)<sup>24</sup> salió al paso de las pretensiones compactadas, procurando impedir que la senaduría funcional recayese en la candidatura propuesta por la Compactación. Para esto, desarrolló una intensa actividad que incluyó la generación de un “mandato obrero” a cumplir por el representante electo, así como la convocatoria a tender puentes con las organizaciones obreras de la costa. En alguna parte, algunos de los miembros de la SAIP convocaban además a

Hacer el viraje de los organismos mutuales en sindicatos, porque esta estructura de organización corresponde al periodo actual social, ya que en su modalidad ejerce la acción directa, democratiza la administración, juega la ofensiva y defensiva de la clase, atiende a los subsidios para los organizados y canaliza los sectores obreros para formar el frente único (Diario El Día, 27 de marzo de 1932, pg. 8)

Ideas como estas predominaron en la asamblea interprovincial obrera, convocada por SAIP entre el 10 y 11 de abril de 1932, Asamblea que además de rechazar la candidatura senatorial de la Compactación, desconoció a ésta y a la UOR, cualquier tipo de representación obrera real (ver al respecto Bustos L., 1991). Sin embargo, pese al esfuerzo organizativo de SAIP, la CON logró captar para sí la ansiada curul senatorial. Era, posiblemente, su último triunfo significativo.

---

<sup>24</sup> Cabe recordar que la SAIP contaba con una larga trayectoria (había sido fundada en 1892), dentro de la cual destacaba su persistencia y resistencia ante las presiones liberales, y por ende sus no escasas polémicas con la organización laboral costeña, especialmente la Confederación de Obreros del Guayas (COG). Para los años treinta, la SAIP estaba particularmente alineada con las propuestas socialistas. Al respecto consultar Durán Barba, 1981; Luna Tamayo, 1989

*Las ideas en las calles (II): acción directa contra el bonifacismo triunfador*

Desde el otro lado, la reacción antibonifacista se repartió entre dos grandes corrientes que se entrelazaron durante este periodo: por un lado la acción directa, mediante diversos intentos por provocar una reacción social, especialmente desde el Ejército, que restara piso al Electo; por otro, la campaña discursiva por deslegitimar al candidato vencedor y provocar su descalificación por parte del Congreso de 1932.

Sólo por mencionar los principales intentos de acción directa: el levantamiento de Clotario Paz, antiguo colaborador del gobierno de Gonzalo Córdova y posteriormente partidario del socialismo vanguardista liderado por Luis Larrea Alba, en El Oro (Noviembre 1931); asalto civil cuartel del Batallón Manabí en Tulcán (enero 1932), movimiento promovido por Modesto Larrea Jijón, en rechazo a la elección de Bonifaz; toma de buques de la Armada en Guayaquil y del fuerte Punta de Piedra por partidarios de Idelfonso Mendoza (abril 1932), a fin de rechazar “la funesta amenaza conservadora” y el retorno del General Leonidas Plaza G.<sup>25</sup>

Especial importancia dentro de este tipo de acciones, por la visualización de las tensiones políticas y sociales existentes, tiene la manifestación estudiantil en Quito, del 1 de mayo de 1932. Convocada por los estudiantes de la Universidad Central, éstos mismos mantenían a su interior varias diferencias, atenuadas por una común animadversión frente al bonifacismo; para algunos estudiantes la manifestación sería básicamente anti-conservadora y anticlerical (reivindicando la lógica liberal clásica), mientras para otros representaba parte de la lucha proletariado vs. capitalismo<sup>26</sup>. Con todo y división, la convocatoria generó las reacciones esperables del lado bonifacista, que convocó a su vez al boicot y el vacío<sup>27</sup>. De hecho, las diversas presiones habrían

---

<sup>25</sup> En efecto, el Gral. Plaza y su familia volvían al país de un largo autoexilio, y su retorno fue interpretado por algunos como una estrategia bonifacista para asegurarse el apoyo o la anuencia de figuras liberales históricas, como el mismo Plaza y Colón Eloy Alfaro, a su vez, amigo personal de Bonifaz y a quien se le había ofrecido incluso un cargo en el nuevo gabinete. Ver “Hombres y cosas del día”, Diario El Día, 16 de enero de 1932, pg. 1.

<sup>26</sup> Ver Hoja Suelta “El caudillismo se desenmascara”, 28 de abril de 1932, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 240.

<sup>27</sup> Ver Hoja Suelta “La Unión Obrera Republicana a los Obreros de la Nación por el primero de Mayo”, 30 de abril de 1932, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 241.

logrado que la Policía anticipara la no otorgación de permiso alguno para la manifestación<sup>28</sup>, que se dio, por supuesto, de todas maneras.

Pese a continuos patrullajes del Regimiento Yaguachi durante todo el día de ese domingo 1 de mayo, los primeros grupos de estudiantes se reunieron, a partir de las 20:00, en la Casa del Estudiante, sobre la calle García Moreno, y de allí recorrieron hasta las Plazas San Blas y del Teatro, donde los líderes de la marcha, Jaime Chávez y Ricardo Paredes, pronunciaron sendos discursos, hasta que intervino la Policía y obligó a los estudiantes a replegarse hasta la Casa de la García Moreno (Diario El Comercio, 2 de mayo de 1932). Allí fueron recibidos por unidades militares, policiales y grupos de bonifacistas; algunos estudiantes ingresaron en la Casa del Estudiante; otros en casas vecinas y unos pocos en el local de la Asociación de Empleados, al frente de la primera. Pronto las fuerzas policiales forzaron la entrada a la Casa del Estudiante y reprimieron a quienes se habían refugiado en ella:

A mí me empujaron hacia la Asociación [de Empleados], a cuyos balcones subí y desde allí fui testigo presencial del salvajismo con que las hordas de compactados y policías agredían a los estudiantes inermes. (...) Gendarmes y miembros de la Compactación Obrera se alinearon en los pasillos y el zaguán; empujaban a los estudiantes uno tras otro hacia la calle y descargaban terribles garrotazos donde podían, de preferencia en la cabeza. (Uzcátegui, 1975: pg. 160)

El resultado, múltiples estudiantes y policías golpeados. Frente a la ola de rechazo público, la Policía y la Compactación argumentaron la violencia de parte de los estudiantes, la contradicción a las disposiciones policiales respecto a la marcha, la injerencia de agentes “extraños” al estudiantado, y por cierto, el rechazo a la anarquía y el desacato a la autoridad<sup>29</sup>.

Para los detractores de Bonifaz, estas escenas eran repetitivas y alimentaban la fama de los compactados bonifacistas como “fascistas criollos”, “buenos fascistas” (Uzcátegui, 1975), “camisas sucias” (Muñoz, 1988):

---

<sup>28</sup> Ver Hoja Suelta “Al Público”, firmada por el Intendente de Policía, V. Guerrero, del 2 de mayo de 1932, Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 255.

<sup>29</sup> Ver Hojas Sueltas “Por el orden social y la justicia” (Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 263), “Al Consejo de Estado y la Compactación Obrera Nacional” (Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 268) y “Al Público” (Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, No. 255)

Estas no eran escenas aisladas (...) ¿Podía un hombre consciente de los terribles peligros que se avecinaban y que habían comenzado a desencadenarse con tanta anticipación, contribuir de alguna manera al ascenso de un régimen claramente fascista en su país? (Uzcátegui, 1975: pg. 162)

Mientras la acción directa no logró resultados, el ataque simbólico resultó mucho más eficaz.

### *La lucha simbólica: la nacionalidad del Elegido*

Las elecciones legislativas de 1932 representaron una segunda victoria para el bonifacismo y los liberales cercanos al gobierno provisional. Aparentemente el camino hacia el poder estaba expedito.

Del lado contrario apenas restaba la trinchera del descrédito del Electo. El cuestionamiento a la nacionalidad de Bonifaz apareció muy tempranamente; la primera referencia hallada al respecto data de septiembre de 1931, pocos días después de la aceptación pública de su candidatura, cuando una comisión de partidarios visitaron al encargado del poder, Crnel. Larrea Alba y le entregaron información probatoria de la nacionalidad del flamante candidato (Diario El Día, 24 de septiembre de 1932, pgs. 1-2). Extrañamente, el tema no mostró mayor presencia durante las campañas electorales presidencial y legislativa, y recién retomaría impulso tras el triunfo electoral legislativo del bonifacismo<sup>30</sup>.

Entonces, la actividad antibonifacista se volvió frenética:

entablamos una lucha ardiente, le combatimos a Bonifaz en las calles y plazas del Ecuador con duros enfrentamientos (...) se publicaron seis periódicos de izquierda, cada día circulaba uno, haciendo la campaña contra Bonifaz, acusándolo de peruano, ya que tenía 'fe de bautismo' peruana; se le trataba con toda clase de duros epítetos, era una gran campaña contra el traidor, candidato representante de la plena reacción y que resultó triunfador. (Muñoz, 1988: pg. 65)

---

<sup>30</sup> El debate en torno a la nacionalidad del candidato fue extenso y complejo, y excede el objeto de esta investigación. Sin embargo, para quien interese el tema, quizá su más completa revisión sea la realizada en Barrera, 1950.

Ni siquiera los altos funcionarios públicos se sustrajeron a “la lucha”. Refiriéndose al Dr. Manuel Ma. Borrero González, Presidente de la Corte Suprema de Justicia entre marzo y diciembre de 1932, el historiador Pérez Pimentel relata:

Ese año combatió al Presidente electo Neptalí Bonifaz Ascázubi a través de tres diarios capitalinos que publica a las 8 de la mañana, a las 12 del día y a las 6 de la tarde (...) Bonifaz fue descalificado en el Congreso Nacional por escaso margen de 38 votos a favor y 46 en contra de un total de 84 congresistas. Esa descalificación en gran parte se debió a la prensa chica que hacía conciencia en el país sobre la peruanidad del candidato triunfante. El doctor Borrero estaba feliz, había triunfado su tesis y regresó a las sentencias, con la frente en alto y orgulloso por la labor cumplida. (Pérez Pimentel, 2008a)

A tal punto arreció la campaña, que el mismo Bonifaz hubo de publicar un manifiesto público al respecto, en julio del 32. Su efecto fue sin embargo contradictorio. La interpretación realizada por El Día era apocalíptica:

el señor Bonifaz publicaba un Manifiesto a la Nación en que confesaba que, a causa de mal ponderados intereses y de su despreocupada juventud, se atribuyó en efecto la nacionalidad peruana (...) Añadía que sin embargo, es ecuatoriano y será Presidente, con el apoyo del ejército y de las clases trabajadoras, dispuestas, lo daba a entender, a conseguir por la fuerza ‘la efectividad de la voluntad nacional demostrada en el sufragio’ (Diario El Día, 1 de enero de 1933, pg. 3)

La reacción se dio también al interior de las propias filas: el congresista electo por el bonifacismo en Guayas, Dr. Leopoldo Izquieta Pérez, resolvió, junto con el resto de la bancada provincial, apoyar una eventual descalificación<sup>31</sup>, debido al malestar por las erráticas justificaciones de Bonifaz (éste atribuyó sus declaraciones de ciudadanía peruana a la precaución familiar para resguardar las propiedades familiares de los afanes confiscatorios de Eloy Alfaro, a inicios de siglo).

Considerando los argumentos jurídicos sustentados por el bonifacismo, el periódico liberal El Día resumía bien la situación desde su punto de vista:

El hombre moderno no se halla perseguido por los fueros de la edad media, y es libre para optar por la nacionalidad que le convenga. Basta para ello que sea mayor de edad. El señor Bonifaz, siéndolo, ha elegido indistintamente la nacionalidad peruana en ciertos actos y la ecuatoriana en otros. Jurídicamente las pruebas están equilibradas; pero moral y políticamente esa dubitación habla de la debilidad del sentimiento nacionalista, de la supeditación del sagrado vínculo que ata al hombre

---

<sup>31</sup> Ver Paz, 1938; Troncoso, 1958

con su país, su pueblo y su Estado, a intereses de familia o a consideraciones de cualquier otro orden. (Diario El Día, editorial “El último manifiesto”, 5 de julio de 1932, pg. 3)

Algunos sectores bonifacistas empezaban a sospechar además una eventual “traición” del gobierno provisional de Baquerizo Moreno (Diario El Día, 5 de agosto de 1932). Traición por otro lado, cuidadosamente alimentada por sus contrincantes: “Más de una vez díjele [dice Modesto Larrea Jijón en referencia a Baquerizo Moreno]: ‘No conspiramos contra usted ni su gobierno. Nuestra conspiración es contra el estado de cosas provocado por el triunfo electoral de un extranjero.’” (Larrea Jijón, 1957: pgs. 27-28).

Cuando las “pruebas” (y sin duda las críticas) se volvían más sensibles, al final la posición del Gobierno provisional cedió, dando al traste con el implícito respaldo a Bonifaz:

‘He hecho traer a mi despacho por el Jefe Político señor Enrique Bustamante los Libros del Registro Civil con las partidas de inscripción de los hijos de Bonifaz en las que constan sus declaraciones de ser ciudadano peruano’. Y echándose para atrás en el sillón presidencial, movimiento muy acostumbrado por el Presidente cuando hablaba con importancia, añadió: ‘Bonifaz no subirá a la Presidencia’. Desde aquel momento el destino político del candidato conservador se encontraba maleado. En efecto, desde aquel momento, aunque tardío, el gobierno cambiaba posiciones y, posiblemente, influyó ante sus amigos del Congreso nacional para que el candidato conservador fuera descalificado (Larrea Jijón, 1957: pgs. 30-31)

El 13 de agosto, una carta abierta dirigida a Bonifaz por el entonces Ministro de Obras Públicas, Jerónimo Avilés Aguirre, resumía la reacción pública que se multiplicaba rápidamente:

Abandonó usted la ciudadanía ecuatoriana por mandato de su Mamá y por el temor de los desmanes de Alfaro, del padre de su AMIGO<sup>32</sup>, para precautelar sus intereses! Cambió Ud. su nacionalidad por el apego a la materia que constituía su fortuna! (...) Si la causa de esa nacionalidad dual la atribuye usted al General Don Eloy Alfaro; al temor de confiscación de sus bienes, ¿cuál fue entonces la raigambre que lo unía a usted a las glorias de nuestra pequeña pero altiva patria? La nacionalidad de usted ¿en qué estaba fundada? (Diario El Día, 13 de agosto de 1932, pg. 1)

La oposición a Bonifaz había encontrado, al fin, su piedra de toque.

---

<sup>32</sup> Referencia a Colón Eloy Alfaro, amigo personal de Bonifaz.

### *Las ideas en las calles (III): acción colectiva en vísperas de la descalificación*

Para este momento, agosto de 1932, el nuevo Congreso estaba instalado ya y su primer reto era precisamente realizar el escrutinio oficial y la calificación de la candidatura triunfadora. Y mientras las cartas se echaban en las altas esferas, la lucha pública se multiplicaba. Una de las alternativas era negociar la renuncia de Bonifaz, a cambio de que el Congreso sellara definitivamente el asunto de la nacionalidad y reconociese su victoria en las urnas. Sin embargo, Bonifaz pretendía también debilitar la oposición en la Cámara del Senado, demandando la correspondiente renuncia de su presidente, Alberto Guerrero Martínez, ante lo cual ésta resistió. Uno de los legisladores inmiscuidos en las negociaciones, relató al Diario El Universo las palabras del Electo:

'Mis condiciones son sine qua non. Si el Senado no las acepta, que me descalifiquen si pueden ... pero yo les garantizo que mañana correrá sangre por las calles de Quito que llegará hasta los tobillos. Yo tengo en estos momentos quince mil hombres, toda gente decidida. Saldrán tropas a contenerlos, pero, por mi palabra, la tropa no me refiero a los Jefes y a los oficiales, que son mis enemigos, sino a la tropa, no disparará pueblo contra pueblo.' (Diario El Día, 25 de agosto de 1932, pg. 3, citando al Diario El Universo del 24 de agosto)

La maquinaria parlamentaria continuó. El Ministerio de Gobierno y la Intendencia de Policía lanzaron públicas advertencias, especialmente a los “compactados”, de evitar actos violentos en las barras del Congreso, y el mismo Bonifaz se sumó a los pedidos; en las calles, sin embargo el ambiente era poco auspicioso.

La noche del sábado 13 de agosto, una manifestación de bonifacistas se concentró en los bajos de la sede de la CON (Chile No. 53, frente al entonces ministerio de Relaciones Exteriores); según Diario El Comercio (14 de agosto de 1932, pg. 1), entre los manifestantes se hallaban representantes de las diversas Compactaciones de barrios urbanos y parroquias rurales, “presididas por sus respectivas banderas”, y diversas agremiaciones. Aproximadamente a las 19:30 empezó el desplazamiento, siguiendo las calles Pichincha y Rocafuerte hasta llegar la Plaza de Santo Domingo; en este punto, El Comercio estimó los participantes en 6.000 personas, que “cubrían

unas siete cuabras, ordenadas en hileras apiñadas de unos ocho o diez en fondo” (ibid.)<sup>33</sup>.

Diario El Día llamaba la atención sobre los participantes:

muchísima gente había sido traída de diferentes campos y haciendas de esta provincia en autobuses y con el halago de un premio pecuniario consistente en dos y tres sures (...) elementos perfectamente desconocidos, campesinos (...) que estaban bien para abultar la manifestación (...) En todo el trayecto vivaban al señor Bonifaz, al Ecuador, el Ejército, la Constitución y otros gritos producidos por la muchedumbre que desconoce el valor de los términos que enuncia. (Diario El Día, 14 de agosto de 1932, pg. 1)

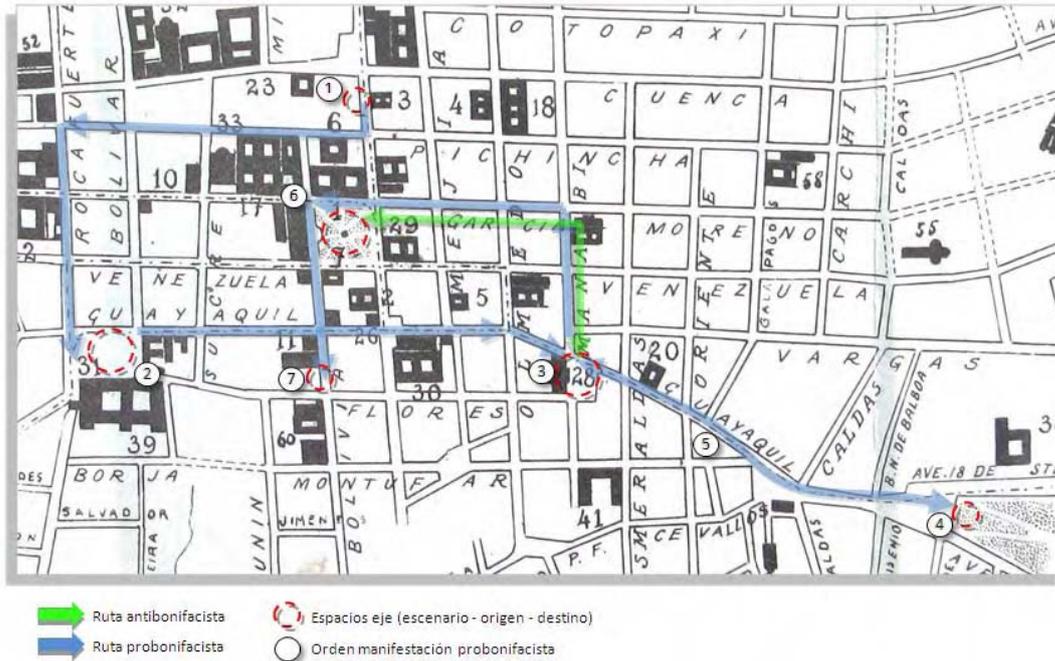
Al llegar a la Plaza del Teatro, la manifestación bonifacista se encontró con otra de izquierdistas, más pequeña, que se habían reunido para hacerle contrapeso. Para El Día, los manifestantes de izquierda eran, en cambio, “un gran núcleo de elementos de valor intelectual”, que tras reunirse en la Plaza de la Independencia, desfilaron por las calles García Moreno y Manabí, hasta la Plaza del Teatro, en donde se enfrentaron con los bonifacistas. El resultado: un bonifacista muerto de bala, y múltiples heridos y golpeados. Las cosas no se complicaron más, gracias a la pronta y ruda intervención de efectivos de la policía y de la Caballería Yaguachi. Tras los enfrentamientos, el grupo de izquierdas retornó por la misma ruta hasta la Plaza de la Independencia.

Mientras, la manifestación bonifacista continuó hasta el parque de la Alameda, para retornar luego por la Guayaquil, Manabí, García Moreno y Bolivia, para terminar en un meeting bajo el balcón del domicilio de Bonifaz, en la Bolivia y Flores; allí el cierre lo protagonizaron sendos discursos del Electo y algunos de sus colaboradores, en medio del canto a coros del himno nacional.

---

<sup>33</sup> Estimado confirmado por Diario El Día, en su memoria anual de estos hechos, en su edición del 1 de enero de 1933.

Detalle de Plano de la ciudad de Quito  
Circuito de manifestaciones pre-descalificación (13-10-1931)



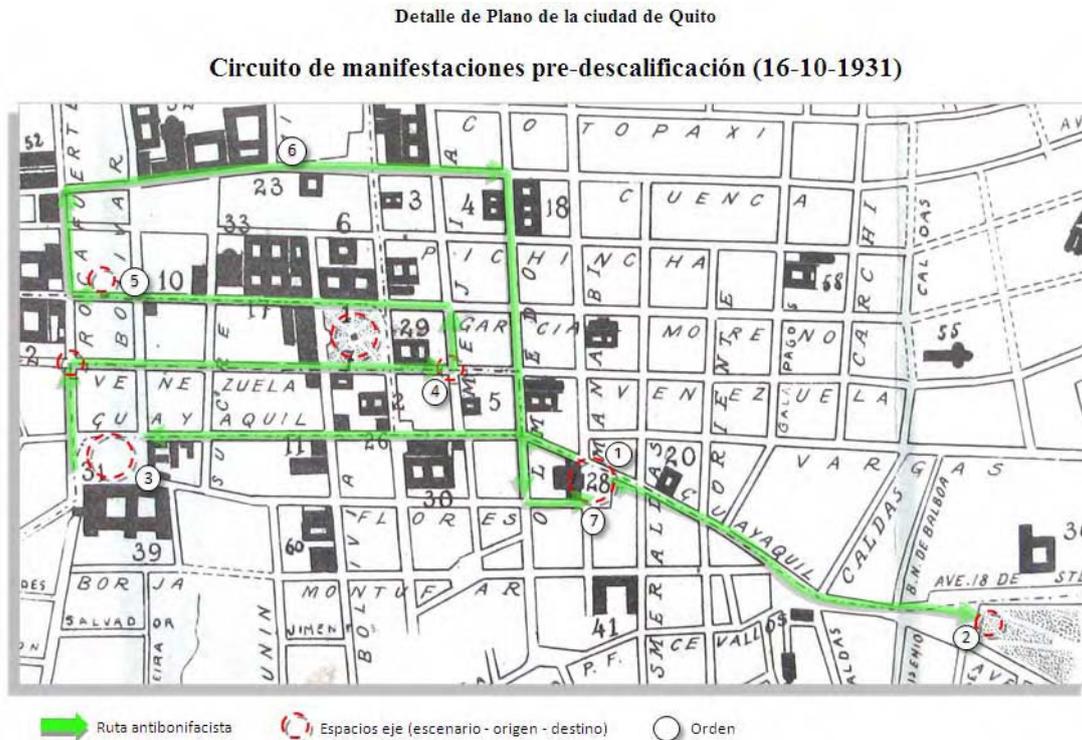
Detalle del "Plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931". Mapoteca de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit  
Elaboración: Autor

El pulso de fuerza en las calles no podía terminar sino en empate. El 16 de agosto, los grupos antibonifacistas convocaron a una amplia manifestación, cargada de símbolos y discursos. Convocados inicialmente en la Plaza del Teatro, a partir de las 16:30, se reunieron representaciones de estudiantes universitarios, docentes secundarios y universitarios, militares retirados, funcionarios públicos y obreros hasta sumar suficientes personas como para llenar cuatro cuadras<sup>34</sup> (Diario El Comercio, 17 de agosto de 1932, pgs. 1-8). Desde la Plaza del Teatro, la multitud se dirigió a la Alameda, donde se escucharon varios discursos, para después volver los pasos hacia la Plaza de Santo Domingo, por la calle Guayaquil; en el trayecto se cantaba el Himno Nacional, y se vivaba “al Ecuador, al Honor Nacional y a la República Socialista” (ibid.).

De Santo Domingo la manifestación continuó por la calle Rocafuerte hasta entrar en la Venezuela, donde se hicieron dos paradas, una para escuchar más discursos desde los balcones del Hotel Savoy, y otra frente a las instalaciones del Diario El Día

<sup>34</sup> Para Diario El Día, en su edición del 1 de enero de 1933, el número de manifestante habría sido de 10.000 personas “urbanas”

(Rocafuerte y Mejía), para de allí tomar la García Moreno hasta la Rocafuerte, haciendo una nueva parada con más discursos, frente a la Casa del Estudiante. De allí pasó hasta la intersección entre Cuenca y Olmedo, desde donde retorno a la Plaza del teatro, por la Flores.



Detalle del "Plano de la ciudad de Quito. Hecho para actividad. 10 de agosto de 1931". Mapoteca de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit  
Elaboración: Autor

No puede saberse cuánto de esto repercutió en el Congreso. Lo cierto es que pocos días después, precisamente este Congreso, originalmente formado en base a listas revisadas y aprobadas por el propio Electo, en sesión reservada y nocturna, resolvió, a la vez, reconocer el triunfo electoral de Bonifaz, y descalificarlo por no reunir “las condiciones que requieren la Constitución y las Leyes” para el desempeño presidencial. La votación final fue de 48 votos a favor de la descalificación, y 38 en contra. Era la medianoche del 20 de agosto de 1932.